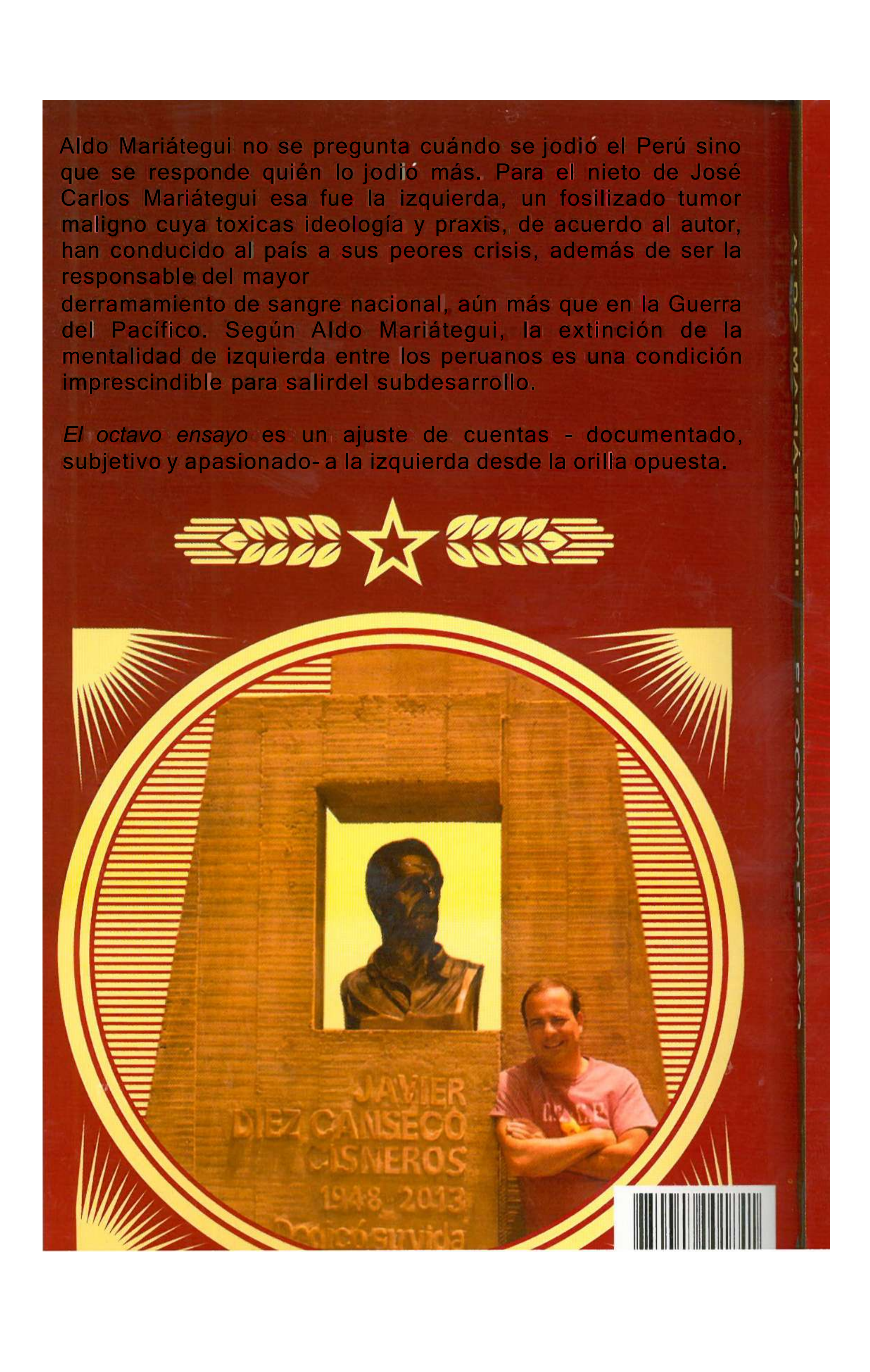

ALDO
MARIÁTEGUI
EL OCTAVO ENSAYO

Aldo Mariátegui no se pregunta cuándo se jodió el Perú sino que se responde quién lo jodió más. Para el nieto de José Carlos Mariátegui esa fue la izquierda, un fosilizado tumor maligno cuya toxicas ideología y praxis, de acuerdo al autor, han conducido al país a sus peores crisis, además de ser la responsable del mayor
derramamiento de sangre nacional, aún más que en la Guerra del Pacífico. Según Aldo Mariátegui, la extinción de la mentalidad de izquierda entre los peruanos es una condición imprescindible para salirdel subdesarrollo.

El octavo ensayo es un ajuste de cuentas - documentado, subjetivo y apasionado- a la izquierda desde la orilla opuesta.





ALDO MARIÁTEGUI

Aldo Mariátegui (Lima, 1964). Abogado de profesión y periodista en ejercicio. Se graduó de la Facultad de Derecho de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Siguió un Máster en Periodismo en el diario El País de España. Empezó un Doctorado de Ciencias Políticas en la Universidad Complutense de Madrid que no terminó. En periodismo escrito, se ha desempeñado como director del diario Correo, subdirector del Expreso y editor de Economía y columnista dominical en El Comercio. Ha sido conductor de los programas de televisión Conexión Económica y del noticiero matutino A Primera Hora. Además, fue consultor en el Instituto de Libertad y Democracia. Actualmente, es columnista en el diario Perú 21 y conduce, junto a Mónica Delta, el programa periodístico Sin Medias Tintas.

El octavo ensayo

ALDO MARIATEGUI

El octavo ensayo



A Madeleine, un ángel hecho ser humano.

«La sorpresa de sus sustentadores será extraordinaria cuando se enteren de que la función del socialismo en el gobierno de la nación, según la hora y el compás histórico a que tenga que ajustarse, será en gran parte la de realizar el capitalismo —vale decir las posibilidades históricamente vitales todavía del capitalismo—, en el sentido que convenga a los intereses del progreso social».

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI
Prólogo a *Tempestad en los Andes,* Luis E. Valcárcel (Lima, 1927)

índice

ALDO MARIATEGUI

Introducción

¿Por qué detesto tanto a la izquierda?

Dos debacles recientes grafican estupendamente el deplorable estado actual de la izquierda peruana. La primera ocurrió en el 2014 con el cierre definitivo —sin gloria y con mucha pena— de la emblemática revista zurda *Quehacer,* publicada desde 1979 por la rojimia ONG Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo (Deseo). Podríamos decir que esta primera debacle fue intelectual.

La segunda fue de gestión, ejecución y de praxis política con el estrepitoso fracaso de Susana Villarán en la alcaldía limeña. Así fue como la izquierda desperdició una inesperada oportunidad histórica de reconstituirse y de volver a ser una robusta opción autónoma electoral con la llegada sorpresiva de Villarán al municipio de Lima. Ello les hubiera eximido de la necesidad de apostar ciegamente por terceros, como ocurrió con el desconocido Alberto Fujimori en 1990 o el camaleónico militar aventurero Ollanta Húmala en el 2011.

Si Villarán hubiese hecho una buena o, por lo menos, una «aceptable» gestión edil, la izquierda peruana —hablo de su más cualificada variante limeña— podría haber acumulado fuerzas propias para las elecciones del 2016. Podría haber reunido a los ahora veteranos de lo que otrora se llamó «la nueva izquierda» de los años 60 con los desilusionados disidentes del humalismo (como Sergio Tejada y Verónika Mendoza) y a algunos tercos cachorros burgueses (como Augusto Rey y Marisa Glave). Siempre con Salomón *Siomi* Lerner como el mánager capitalista tras bambalinas.

Felizmente, para los que abominamos de la zurda local por todo el daño conjunto que le viene haciendo al país desde hace años, la administración edil de Villarán no pudo ser peor al frente de la comuna limeña y por eso apenas arañó el 11% de votos, tras haber ella sobrevivido —no sus regidores— por un pelo a un proceso revocador. Gracias a Villarán es que la izquierda clásica está prácticamente erradicada en Lima, la capital que constituye un tercio del electorado nacional y que tiene un peso decisivo en la vida política del país.

Cuidado: no descarto que tendencias izquierdistoides no vayan a tener peso, y hasta protagonismo, en las próximas elecciones presidenciales del 2016. Todo indica que si eso llegara a ocurrir sería desde un candidato «telúrico» de provincias, sobre todo del sur andino, de ese tercio resentido del electorado que suele votar en clave de protesta, probablemente solo por darle la contra a la odiada Lima, la capital a la que tan injustamente culpan siempre de todas sus cuitas.

La izquierda capitalina se halla más desmoralizada, alienada y dividida que nunca. Unete, como se denomina al sector siomista (villaranistas, moscovitas, Patria Roja y otros grupúsculos más), carecía de inscripción electoral propia a nivel nacional, por lo que tuvo que ir a una alianza, oportunista y delirante, con los fonavistas, una boda entre rojos desesperados y ancianos aburridos que ofició el congresista Sergio *El Chamán* Tapia. El aranismo antiminero de Tierra y Dignidad/ Frente Amplio eligió en unas desordenadas primarias internas a la desfasada chavista Verónika Mendoza como su gran esperanza *pulpina,* mientras que el más astuto Yehude Simón se las olió y decidió abrirse de la zurda con su inscrito Partido Humanista, cuyo candidato presidencial ha resultado ser Nano Guerra García, el otrora fujimorista director de *El Peruano.*

Es una izquierda capitalina profundamente desengañada por la «traición» del presidente Húmala, pues creyeron que él sería la versión peruana de Hugo Chávez o un Velasco II, y el supuesto nacionalista de izquierdas resultó más bien un clon del expresidente ecuatoriano Lucio Gutiérrez, un militar confuso y tetelemeque, con el agravante de ser Húmala un títere de su esposa Nadine.

Además de ser una izquierda sumamente desprestigiada en Lima por la deficitaria gestión de Villarán, ahora sufre de una actual pugna generacional para tomar el relevo a quienes integraron la sesentera Nueva Izquierda, ya en rumbo a ser septuagenarios.

Un sida peruano llamado MEV

En lo que a mí respecta, no puedo menos que alegrarme de las cuitas de este ofidio, porque vaya que la izquierda perjudicó —y sigue perjudicando— mucho al Perú. Durante casi dos décadas (1968-1992) esta izquierda maldita destrozó económicamente al país (gracias a su inspiración, asesoría e insistencia) al instaurar el Modelo Económico Velasquista (MEV) y mantenerlo por tantos años, un engendro patológico muy similar al apocalíptico chavismo actual que ha destrozado Venezuela.

La aplicación de las recetas marxistas a nuestra economía y ese perenne obstruccionismo demagógico de la izquierda para impedir las rectificaciones necesarias en nuestra economía tras el vendaval velasquista provocó un proceso de empobrecimiento continuo en el Perú, cuyo desenlace fue una de las hiperinflaciones más altas de la historia de la Humanidad.

Al MEV, creado por la izquierda, es que les debemos tantas frustraciones, tantas colas, tantos dolores, tantas quiebras, tantos pobres, tantos emigrantes, tanto tiempo perdido entre 1968-1992, tragedia que se cerró con la necesaria aplicación de un impresionante *shock* económico en 1990 y de un lamentable corte antidemocrático en 1992 para poder de una vez desmontar total y rápidamente ese modelo. Porque tanto el *shock* como el «autogolpe» fueron resultados de la terquedad de los izquierdistas —y sus comparsas de los demás partidos políticos, especialmente el APRA— para no aceptar la realidad y seguir impidiendo cualquier enmienda al MEV.

Este MEV provocó que —salvo Cuajone, inaugurado en 1976— desde 1968 hasta bien entrada la década de 1990 no se hayan puesto en marcha nuevos proyectos mineros de envergadura, pues las estatizaciones (Cerro de Pasco Corporation y Marcona Mining), la restrictiva Ley de Minería velasquista que limitó los contratos de explotación a escasos cinco años, y la creación del monopolio comercializador estatal Mineroperú espantaron a los inversionistas. Por eso Southern Perú devolvió Quellaveco, Anaconda a Cerro Verde y American Smelting a Michiquillay, mientras otros pasaron a dormir el sueño de los justos. Es difícil cuantificar cuánta riqueza en divisas e impuestos el país habría podido ganar si la actividad minera hubiera seguido un ritmo normal de exploración y explotación. Hubo que esperar hasta entrados los 90 para que se reactivara.

Otras dos áreas económicas primarias vitales que el MEV arrasó por décadas fueron la agricultura y la pesquería. La primera por culpa de la

reforma agraria, gracias a la cual nuestra emergencia como potencia agroexportadora se postergó durante décadas: llegamos al extremo de importar azúcar, arroz y hasta ipapa de Holarida! El algodón jamás pudo recuperar su importancia anterior, la de un cultivo que generaba tanta riqueza que los agricultores lo llamaron «el oro blanco».

La pesquería se arruinó, a su vez, por una criminal sobrepesca de la anchoveta, descomunal error que cometió el ministro Javier Tantaleán tras la estatización del sector y de la creación de entes burocráticos como Pesca Perú y la Empresa Pública de Comercialización de Harina y Aceite de Pescado (Epchap).

Otro error fue la construcción del oleoducto desde la selva, un inútil y gigantesco emprendimiento que costó mil millones de dólares de la época y que fue parte del enorme lastre de la agobiante deuda externa que nos dejó el velascato, la que atormentó a varios gobiernos sucesivos hasta la gestión de Alberto Fujimori. Se estima que el coste de este «elefante blanco» llegó a representar el 40% de la deuda con el extranjero. El consultor alemán Gerhard Bischoíf prometió a Petroperú que el país sería una nueva Venezuela petrolera; sin embargo, ni siquiera igualamos a Ecuador en producción.

El despilfarro improductivo bajo el velascato fue a todo nivel, hasta en la construcción de edificios faraónicos, como el Ministerio de Guerra (hoy el Pentagonito), el antiguo Ministerio de Pesquería (hoy el Museo de la Nación) y el edificio central de Petroperú (sede matriz que debería estar en Talara o Iquitos, no San Isidro).

Otros dos desatinos siderales del MEV fueron la compra descomunal de armamento para una posible demencial guerra con Chile y el mantenimiento de un costosísimo y absurdo sistema de subsidios a los combustibles y productos de primera necesidad, esquema que colapso en 1976 por insostenible.

Ambos yerros también alimentaron groseramente a nuestra impagable deuda externa, que pasó de representar el 15% del PBI con Belaunde a casi el 50% al final del gobierno de Velasco Alvarado.

Y además una gran asesina...

Una parte importante —los maoístas y casuistas radicales— de esta misma izquierda peruana provocó, además de una colosal destrucción masiva de activos, el derramamiento de sangre más elevado de la historia del Perú, pues desató una ideologizada y extremadamente sangrienta ofensiva terrorista, liderada por el demente Abimael Guzmán, un criminal megalómano que se hacía llamar «la cuarta espada de la revolución mundial» dentro de su fanática y primitiva secta Sendero Luminoso, que tuvo su cubil principal en la estatal Universidad San Cristóbal de Huamanga. Uno paga impuestos y subsidia así con su esfuerzo a estos claustros para que catedráticos serios formen profesionales capaces, no para que pongan a jugar a los revolucionarios y generen idiotas asesinos ideologizados, que se tragan cuentos absurdos como el maoísmo y siguen a charlatanes mediocres como Guzmán y su pandilla.

La orgía sangrienta de Sendero Luminoso aumentó con la colaboración de los gánsteres del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA), una banda casuista que en sus inicios jugó a Robin Hood, pero que terminó en los más crueles secuestros (como el del empresario Héctor Delgado Parker o el del minero torturado hasta la muerte, congresista aprista, Manuel Tafur y como el del congresista fújimorista Gerardo López). También cometieron sonadas ejecuciones selectivas, como el asesinato en San Isidro del general Enrique López Albújar en enero de 1990, en venganza porque este ilustre militar infringió al MRTA lo que fue su definitiva derrota como operativos guerrilleros en Los Molinos (Junín) en abril de 1989, cuando su mejor columna militar iba a intentar ocupar la ciudad de Tarma. Posteriormente, intentarían capturar el Congreso (noviembre de 1995) y lograrían ocupar por varios meses la embajada de Japón (diciembre de 1996-abril de 1997).

Esta castristoide gavilla de rufianes llamada MRTA se formó de la unión del MIR-facción Voz Rebelde, liderada por Alberto Gálvez Olaechea, con el grupúsculo propiamente llamado MRTA, cáfila encabezada por Víctor Polay Campos —sujeto proveniente de una familia aprista y muy amigo en su juventud de Alan García—, y constituida por un sector radicalizado del velasquista PSR (PSR-Marxista Leninista) y el MIR-facción El Militante).

El primer hecho de sangre de la banda MIR-Voz Rebelde fue la toma y

constitución de un soviet en la fábrica textil Cromotex/Filamentos Industriales del Grupo Musiris, cuyo desalojo costó la vida a seis ocupantes y un oficial de le policía en febrero de 1979, siendo aquí el protagonista Néstor Cerpa Cartolini, próximo «capo de tutti capi»-del MRTA en sus años finales). A fines de los setenta toda esta gente del MIR-Voz Rebelde estuvo muy cercana al partido legal marxista Unidad Democrático Popular (UDP), que participó en la Asamblea Constituyente.

No menos responsabilidad le cabe a la «izquierda legal», cuyo agresivo lenguaje marxista para justificar la lucha armada como praxis y para descalificar a la «democracia formal» motivó que la violencia fuera vista como una alternativa «normal» de juego político. Claro que esa «izquierda legal» no fue valientemente consecuente con los postulados violentos del marxismo de tomar el poder por las armas y solo fue pura boca, pero emponzoñó así a muchas mentes.

El historiador José Carlos Agüero, atormentado hijo de senderistas, describe bien el lenguaje ultraviolento de los marxistas criollos en su libro *Los rendidos:* «Que por medio de su discurso y su influencia sensibilizaron a sus estudiantes y discípulos y los alentaron a una radicalización terrible. Estudiantes que luego entraron a Sendero y murieron o fueron desaparecidos o se pudrieron en la cárcel. Y ellos se quedaron en sus vidas de provocadores, radicales de la palabra [...] Algunos irresponsablemente siguieron clamando un discurso de violencia armada hasta que la destrucción de Izquierda Unida los destruyó a la vez».

Lo más trágicamente paradójico es que este sector de la izquierda peruana produjo una gigantesca masacre en el paupérrimo campesinado provinciano indígena, los más pobres y olvidados por los que supuestamente luchaban para su bienestar (aunque esa exagerada cifra de 69 mil muertos dada por el analista estadounidense Patrick Ball peca de exagerada por aplicar un método utilizado para estimar anchovetas en el mar o ciervos en los bosques).

A todos esos muertos por el terror hay que sumar a los tontuelos jóvenes románticos, que ofrendaron o estropearon sus vidas al tomar las armas para intentar imponer a balazos una utopía y mostrar su hombría. El talentoso poeta Javier Heraud es el ejemplo máximo de estos candidos muchachos (el poeta Rodolfo Hinostroza contó que Heraud le había dicho en Cuba que había entrado a la lucha armada por haber sido una víctima acomplejada del *bullying* escolar, el «punto» de la clase. Necesitaba demostrar que no era «un gringo cojudo»).

Lo más increíble es que aún hoy algunos izquierdistas como el moscovita Gustavo F,snino7fl Montesino«; soctienpn mip ^pnH^rn T nminncn

fue una creación de la CÍA. ¡Una payasada total para evaluar una tragedia sangrienta!

7 lacras izquierdistas

La izquierda hizo mucho daño al Perú en aspectos vitales:

1. Degradó a mínimos a la educación pública peruana con el sindicato magisterial Sutep, un ente gremial siempre opuesto a cualquier mejora en la calidad del profesorado, concentrado únicamente en exigir aumentos salariales y ascensos automáticos por tiempo de servicios y más ocio. Controlado por el partido maoísta Patria Roja, el Sutep incluso saboteó con éxito a la misma reforma educativa socialistoide de Velasco y desde entonces se dedicó a hostigar, con paros recurrentes y violencia callejera, a todos los gobiernos. Recién en el segundo gobierno aprista es que se pudieron iniciar mejoras reales en la calidad de la educación peruana, desde que el ministro José Antonio Chang doblegó definitivamente al Sutep con una política inflexible que impuso una carrera magisterial basada en la evaluación por méritos y no por antigüedad. ¡Posiblemente, el Sutep le ha hecho más daño a los cerebros de muchos escolares peruanos que el PBC o la marihuana!
2. Envenenó las relaciones laborales y legitimó al vandalismo callejero y al sabotaje industrial como armas de presión política válida con las violentas huelgas continuas de la CGTP, el Sutep, Construcción Civil, FEB, CITE y Sitramun. Estas no solo llevaban a tensiones continuas en calles y oficinas, sino que también hirieron de muerte a grandes industrias peruanas, como Moraveco, Diamante y Manylsa, entre otras firmas que colapsaron por culpa de sindicatos que sabotearon diariamente la gestión empresarial.
3. Impidió que se concretara el megaproyecto gasífero de Camisea en 1988, cuando la transnacional angloholandesa Shell ya estaba por iniciarlo, pues hostigaron de tal manera al primer régimen aprista que este optó por paralizarlo. Los protagonistas de este inmenso Hañn ni nnís fnemn el alralrle r.iKnnefío v roncrre<ii<ita Daniel

Estrada (el peor de todos en esta campaña), Gustavo Mohme Liona, Manuel Dammert, Alfonso Barrantes y Javier Diez Canseco, acompañados por el parlamentario aprista Alfonso Ramos Alva. Se perdieron casi 20 años de energía barata y millonarios ingresos de divisas y tributos al país.

La izquierda tomó como bandera propia el necio intento aprista de estatización de la banca en julio 1987. Fue una iniciativa aconsejada por los asesores del presidente Alan García, Carlos Adelino Franco Cortez (un otrora dirigente del Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social, Sinamos, del velasquismo, que murió en el 2011 al poco tiempo de dejar el cargo de embajador peruano en Uruguay, un muy bien remunerado puesto dorado que le otorgó el segundo alanismo con el dinero de todos los contribuyentes. Años después, Nadine Heredia imitaría a García y nombraría allí a su exministra comunista *Mocha* García Naranjo) y por Daniel Carbonetto, un estrafalario economista argentino recientemente fallecido. El gran protagonista desde la izquierda en este descabellado intento estatizador fue el entonces parlamentario Enrique Bernales Ballesteros, quien ardorosamente sustentó, defendió y empujó esta norma en el Congreso junto al resto de sus camaradas.

La izquierda también tiene una cuota inmensa de responsabilidad en los actuales niveles elevados de inseguridad pública, ya que castró a la Policía, el Poder Judicial y la Fiscalía con una fofa permisividad frente al crimen y la violencia callejera, emasculación que escondió bajo la coartada de los derechos humanos, teorías penales blandengues supuestamente modernas y frases efectistas como «la criminalización de la protesta». La venta de la imagen de la Policía como un «agente represor» al servicio solo de los intereses de los ricos mermó su autoridad y respeto. Además, la izquierda desmoralizó a la Policía al cargarle responsabilidades en cualquier incidente ocurrido y al perseguirla judicialmente a través de sus ya tan conocidas ONG caviares.

Que Lima se haya vuelto una hiperconcentrada capital invivible de nueve millones de habitantes se debe en gran medida a la izquierda, pues las dos más grandes oleadas de migrantes campesinos a la capital se debieron a la desestructuración, la pobreza y la violencia en el campo que generaron la reforma agraria en la década de 1970 y el terrorismo en la década de 1980. Ninguna ciudad del mundo, menos una ubicada en un país pobre

como Lima, estaba preparada para pasar explosivamente de poco menos de dos millones de habitantes (según el censo de 1961) a los casi nueve millones en poco más de 50 años.

7. La izquierda actuó como la peor prostituta de la política local al venderse primero al dinero venezolano (campaña presidencial del 2006) y luego al brasileño (campaña presidencial del 2011), al aceptar que tanto Caracas como Brasilia se inmiscuyan abiertamente en la política local peruana.

De rojos marxistas a verdes «derechohumanistas»

Hoy la izquierda radical se ha reconvertido ideológicamente al ecologismo y es por eso «antiminera». Se opone a un supuesto «extractivismo» basándose en las ideas del uruguayo Eduardo Gudynas y del catalán Joan Martínez Alier, los padres del novísimo rojerío verde latinoamericano moderno.

Las asonadas izquierdistas en proyectos como Conga, Tía María, Santa Ana, etc., impidieron que, gracias a los momentáneos altísimos precios de los metales, se desarrollasen aceleradamente la mayor cantidad de proyectos posibles aprovechando esa ventana de oportunidad para ser un país más rico. Ahora ya nos llegaron las vacas flacas en los precios y fue por la izquierda que no pudimos compensar esas menores cotizaciones merced a una mayor producción, perdiendo así miles de millones de dólares en inversión, impuestos, exportaciones y divisas.

Según un informe del Instituto Peruano de Economía, publicado en el diario *Perú 21 a* finales de junio del 2015, la izquierda peruana le habría costado 67 mil millones de dólares al Perú en el lapso 20082014, al obstaculizar la expansión minera.

Tal como sucedió con el proyecto gasífero de Camisea en 1988, la izquierda impidió de esta forma que un país pobre explote las ventajas comparativas de sus recursos naturales en un momento clave.

La hegemonía ideológica

Desde finales de la década de 1960 hasta entrada la década de 1990, se instauró una suerte de «pensamiento único» entre la intelectualidad, la prensa y el estudiantado, con la idea matriz subyacente de que la mayor parte del planeta iba inexorablemente rumbo a la izquierda. Eso dividió a la población entre «buenos» (ellos) y «malos» (los que no pensaban como ellos), imposibilitando el diálogo político y polarizando la sociedad, además de anquilosar y empobrecer el debate desde una sola óptica.

Ese falso «sentido común», sustentado en postulados izquierdistas, generó una mentalidad muy nefasta, que contaminó a la población en varios puntos:

1. Mucha gente creyó que solo tenía «derechos» frente a todos los demás y que respecto a esos «derechos» no existían unos «deberes» correlativos a cumplir. Cualquier ventaja obtenida devino en un «derecho», o una «conquista social», sin tomar en cuenta para nada cuánto y a quién costaba. La «cédula viva» fue tal vez el mejor paradigma. Este era un sistema pensionario por el cual un jubilado bajo el régimen de la Ley 25530 debería ganar exactamente igual a un trabajador activo, algo imposible de financiar. Y aún está en vigor la imposible disposición, inspirada por el aprista Luis Alberto Sánchez, de que miles de catedráticos públicos deben ganar igual a... una veintena de vocales supremos. ¡Ha tomado muchos años de que el sencillo axioma «no hay lonche gratis» devenga en un elemental «sentido común»!
2. Otro concepto nefasto inoculado por la izquierda desde aquellos tiempos fue el llamado «costo social», lo que en cristiano significaba que no podía tomarse ninguna medida económica sensata porque se afectaría los intereses de algún grupo de presión de la sociedad, que solía investirse de la condición de representante de todo el «pueblo», que podría ponerse violento en las calles y carreteras. El «costo social» fue la gran coartada para el inmovilismo del modelo económico velasquista. ¡Y aún subsiste!
3. La izquierda generó una mentalidad antiprogreso entre los peruanos, con la idiotez de hacerle creer a las masas que quienes generaban capital eran unos crueles vampiros, dado que uno era pobre porque algún rico se estaba apoderando indebidamente de lo suyo.

4. Otro perjuicio que la izquierda causó en la mentalidad peruana es haberle reforzado esa vieja mentalidad confrontacional, basada en los «antis». Así como antes hubo «antipierolismo», «antimilitarismo», anticivilismo» o «antiaprismo», ahora la izquierda ha sembrado el «antifujimorismo» y el «antialanismo», impidiendo crear consensos. Todo eso nace de su lógica política militarista, sustentada en la lucha armada marxista y en la violenta destrucción leninista del contrario. Sus incesantes ataques a la «democracia formal» y a la «farsa electoral» impidieron la formación de una cultura democrática dialogante y respetuosa del voto.

Decadencia intelectual

Afortunadamente, la izquierda perdió la «hegemonía ciútural» a fines de la década de 1980. La caída del Muro de Berlín en 1989 fue indudablemente el hecho más importante desde el exterior en este proceso: salvo Fidel Castro, hasta el más necio de los izquierdistas se convenció del impresionante fracaso del comunismo soviético. Esto fue acompañado de la aceleración del exitoso proceso de reformas liberalizadoras en China, iniciadas por Deng.

Desde el interior, se conjugaron dos factores fundamentales:

1. La falta de un deslinde tajante con la violenta praxis y la misma raíz izquierdista del terrorismo senderista y emerretista le desprestigiaron ante la opinión pública, así como también el lenguaje ambiguo de sus políticos y partidos más radicales (Javier Diez Canseco, Ricardo Letts, Horacio Zeballos, PUM, UDP, PR) frente al dogma marxista de la lucha armada.

2. El cambio de la agenda ideológica del país que suscitaron Hernando de Soto y Mario Vargas Llosa. El primero de ellos trajo a varias figuras notables del liberalismo al país (Friedman, Hayek, Revel) y remeció al mundo intelectual con el libro *El otro sendero* (escrito en colaboración con Enrique Ghersi y Mario Ghibellini), obra que derrumbó la idea del peruano pobre como un proletario explotado y le descubrió como un microempresario emprendedor informal que deseaba entrar al mercado formal y no podía por falta de derechos de propiedad, barreras burocráticas y falta de crédito (el fujimorismo es hasta ahora el grupo político que mejor ha entendido esto).

Si bien Vargas Llosa fracasó como candidato presidencial por sus increíbles torpezas, su prédica política liberal y sus indudables dotes intelectuales hicieron mucha mella al «sentido común» izquierdista.

Lamentablemente, la izquierda no fue completamente erradicada en la década de 1990 y tanto el ingenuo paniagüismo como el toledismo alentaron su regreso a los centros de poder, esta vez en la versión «caviar».

Además, hubo una reconversión: los miembros de los que se llamó la «nueva izquierda» pasaron en su mayoría de militar en sus minipartidos políticos radicales al sueño de la ONG «caviar» propia, que les proporcionaba confort material con los nutridos fondos que les llegaban del exterior e influencia política. Desde allí, la izquierda le hizo unos nuevos tipos de perjuicios al país, como la satanización y persecución judicial a las Fuerzas Armadas y la minería.

Hay que sumar la edificación de un Museo de la Memoria en Miraflores, en un terreno donado sin consultar a los vecinos por el entonces alcalde Manuel Masías, financiado por Alemania a instancias de Heidemarie Wieczorek-Zeul, la entonces ministra germana de Cooperación Económica y Desarrollo.

Para conocimiento del lector, Wieczorek-Zeul es conocida en Alemania como *Heide, La Roja* por pertenecer al ala más izquierdista del Partido Socialdemócrata alemán. Es una especie de Susana Villarán teutona, de esos personajes a los que les gusta hacer sus culposos safaris ideológicos por el Tercer Mundo. En cuanto a Masías, era muy rechazado por el mundo caviar, especialmente por un incidente con unos chicos en Larcomar que fueron acusados injustamente de criminales por sus fenotipos. Probablemente pensó que se los ganaría con este gesto.

El presidente Alan García dudó en impulsar este proyecto, pero su tan complicado pasado en cuanto a derechos humanos (casos Penales, Comando Rodrigo Franco) y la presión de Mario Vargas Llosa —quien posiblemente querría atenuar así su imagen derechista ante el «progre» jurado que nombraba los Premio Nobel, amén de que colaboraba en una causa crítica a su odiado fujimorismo— vencieron su resistencia inicial.

Para terminar esta introducción, quiero describir el espíritu del marxismo, como la evolución de la izquierda en América Latina tras la caída del comunismo a fines de la década de 1980.

Sobre el marxismo, a mi parecer, es virtualmente una religión. Una tan extremista como el islam o el antiguo catolicismo inquisitorial en su pretensión de imponerse violentamente a todos sin aceptar lo distinto y darse aires de superioridad moral.

Es una religión laica, porque carece de divinidad, pero se disfraza de ciencia y filosofía. En realidad, no es más que una creencia de corte cristianoide, expansionista, militarista y determinista, que sostiene que el paraíso queda en la Tierra y no en el más allá, donde todos seremos iguales y felices en un régimen de redistribucionismo cuartelario. Muestro algunos símiles para ilustrar mi punto:

- Marxismo = dogma religioso
- Marx = Moisés o Jesús. Es el profeta que anuncia la buena nueva
- *El capital* = las Sagradas Escrituras

  Paraíso Celestial = la sociedad sin clases en la Tierra

  Moscú = el Vaticano
- La hoz y el martillo = el crucifijo
- Politburó = el cuerpo cardenalicio

  Partido Comunista = la Iglesia
- Cisma Occidente y Oriente = Ruptura entre Moscú y Pekín

  Papas = Stalin, Brézhnev, Kruschev...
- Maoístas y trotskistas = herejes, sectas, protestantes
- Lenin = San Pedro
- El Che = el mártir máximo, el San Juan Bautista
- Santos y beatos = Rosa Luxemburgo, Salvador Allende, Patricio Lumumba, Mossadegh, Javier Heraud, etc.

  Inquisición = KGB rusa, G-2 cubano, Stasi de la RDA, etc.

Por supuesto que tras la Caída del Muro en 1989 todo esto se recfiguró. Solo quedan en Latinoamérica arcaísmos del anterior universo comunista como Cuba o las FARC. Corea del Norte es un régimen excéntrico y aislado, donde las hambrunas y el militarismo histérico son moneda corriente. China ha devenido en una dictadura donde el capitalismo es tolerado y fomentado mientras que no se cuestione el control político del partido único, lo que cada vez la acerca más a su rival histórico, el Kuomintang, refugiado en Taiwán. Vietnam experimenta una situación similar a China. En realidad, fue una pena que Estados Unidos no haya podido derrotar y extirpar a Norcorea y Vietnam del Norte en esas guerras.

Pero la izquierda ha regresado bajo otros ropajes a Latinoamérica. Venezuela es el caso más extremo, donde primero el desaparecido maníaco de Hugo Chávez y después su folclòrico sucesor Nicolás Maduro han intentado instaurar un populismo izquierdista de corte redistribucionista, estatista, marxistoide, plebiscitario, antiyanqui, procubano, caudillista, nacionalista y militarista, engendro al que llamaron «Revolución Bolivariana» bajo el ideario del «Socialismo del Siglo XXI» (término acuñado por el ideólogo radical alemán Heinz Dieterich Steffan, quien tildó a Maduro de «inepto mimètico» en el 2014. Steffan radica y enseña en México), con mucha cercanía ideológica en varios aspectos al experimento político del gobierno militar de Velasco en nuestro país, al que titularon «Democracia Social de Participación Plena» dentro del «Binomio Pueblo-Fuerza Armada» (el joven Hugo Chávez estudió en la Escuela Militar de Chorrillos durante el velascato y evidentemente quedó muy influenciado por lo que vivió en aquel entonces).

Este proceso venezolano pronto fue capturado por el castrismo cubano, que dominó las palancas políticas oficialistas y se aseguró un flujo de petróleo subsidiado por precios ínfimos y trueques de asistencia profesional para subsistir tras el fin del protectorado comunista ruso (Cuba siempre ha dependido en su historia de un poder externo para existir: el Imperio español, Tos Estados Unidos, el Imperio soviético y ahora Venezuela).

Hugo Chávez quiso exportar su «revolución» y sus intentos estuvieron muy cerca de hacerse realidad en nuestro país, donde su obvio candidato Ollanta Húmala estuvo a punto de ganar las elecciones del 2006 bajo sus banderas. Entonces obtuvo la primera minoría con 30% o 3.700.000 votos en la primera vuelta y perdió con 47% o 6.200.000 votos en la segunda. jPor poco no tuvo éxito!

El pésimo manejo económico, la muerte del carismàtico caudillo Chávez, la corrupción extendida, el desplome de los precios del petróleo, la represión, la maxidevaluación encubierta, la escasez de productos y misma torpeza política de Maduro parecen haber condenado a la Revolución Bolivariana a una inminente implosión. Sin embargo, .V^rónika Mendoza, la nueva gran esperanza de la izquierda peruana, no considera ni fracasado ni dictatorial a este régimen.

Otros países sudamericanos han coqueteado con el chavismo, pero sin llegar a sus formas extremas: Bolivia con el demagógico estatismo indigenista de Evo Morales, Ecuador con la Revolución Ciudadana del autócrata Rafael Correa, Argentina con el intervencionismo peronista de izquierda de los Kirchner...

La izquierda peruana crevó encontrar a nn mor^lr»

presentable y moderno en el lulismo brasileño. Así, por años no se escuchó más que elogios desmesurados a Lula y al gobernante Partido de los Trabajadores, que habría instaurado un modelo económico y político de izquierdas casi perfecto, donde se combinaban políticas de mercado con redistribución agresiva bajo una democracia. Incluso el economista Jim OTSíeill de Goldman Sachs alucinó a Brasil como una potencia mundial en el año 2050 dentro del término BRIC (Brasil, Rusia, India y China) que acuñó.

Y Brasil tuvo sueños imperiales —no por gusto fue Imperio de los dos Pedros en el siglo XIX—, así que trató de exportar su modelo y liderar Sudamérica a través del Unasur en lo político y el Mercosur en lo económico, apoyando al chavismo venezolano, adulando a la Cuba casuista, distanciándose de Estados Unidos e inmiscuyéndose en procesos políticos de países ajenos, como sucedió groseramente con dinero y asesores en el Perú durante las elecciones generales del año 2011, las elecciones ediles del 2010 y la revocatoria municipal del 2013.

Toda esa mascarada se ha derruido en estos años: el modelo brasileño está carcomido por la compra de los políticos a manos del oficialismo (el escándalo de los pagos mensuales ó *«mensaláo»,* al mejor estilo montesinista), por un asistencialismo clientelista que genera parasitismo, por un insano crecimiento económico mercantilista-proteccionista basado solo en el inmenso tamaño del mercado interno y no por una eficiencia competitiva, por un burocratismo asfixiante, por un mundial de fútbol y unas olimpiadas groseramente sobrevaluadas en costos, una corrupción gigantesca dentro de una telaraña PT-Constructores-Petro-bras...

¡Tanto Venezuela como Brasil se desplomaron como referentes de una política izquierdista ejemplar de gobierno!

Testimonio de parte

Soy un «hijo de la revolución» velasquista, así que de niño vestí uniforme escolar único como si fuera un militar, tuve a Papa Noel y Mickey Mouse prohibidos y me ahogaron con un país cerrado al exterior y una televisión gris y repleta de discursos militares con transmisión «en cadena» (en todos los canales en simultáneo). De niño vi a mi apolítico padre sufrir confiscaciones injustas y persecuciones por parte del ministro del Interior Armando Artola y su prepotente jefe de la PIP Hércules Marthans. Sentí y olí el miedo de la gente durante la dictadura. Viví una crisis económica perpetua durante la mayor parte de mi vida, originada por el MEV.

Aguanté de la izquierda la demagogia más ramplona en la universidad y en la esfera política. Escuché las mayores estupideces de la boca de Velasco, sus militares, el Sutep, la CGTP, Hugo Blanco, Javier Diez Canseco y otros especímenes zurdos de ese tipo. Experimenté el horror de lo que es una la hiperinflación. Me agredió Sendero Luminoso y el MRTA. Húmala amenazó regresar toda esa bazofia a mi vida desde el 2006.

Ahora han ahogado la Minería desde ataques a Conga y Tía María. Y tipos como Gregorio Santos, Marco Arana, Pedro Francke, Rocío Silva Santisteban, *SiomiLemer,* Francisco Durand, Humberto Campodónico, Manuel Dammert, César Lévano, Juan Manuel Robles, Sergio Tejada, Verónika Mendoza, Marisa Glave siguen con esas mismas absurdas ideas. Y lamentablemente no sabemos aún si en el 2016 volveremos a tener otro intento neovelasquista como en el 2006 o el 2011.

Soy muy sincero: detesto a la izquierda peruana. Aborrezco a ese fósil abominable, primitivo, violento y necio; a ese parásito que ya debe de dejar de hacernos tanto daño.

Primer capítulo

La aurora roj a

La izquierda peruana, y también el APRA, suele reclamar como su padre al pensador anarquista Manuel González Prada (Lima, 1844-1918), sujeto de buena prosa, porte aristocrático, iconoclasta, desilusionado con lo peruano, amargádo por la derrota ante Chile y a todas luces un desadaptado a su medio social burgués.

Fue un personaje que zahirió sin piedad al Perú de su época, al que vapuleaba desde temas menores, como la manera que comían tanto los limeños («Lo que hacen ahora en Lima es comer [...] Los grupos no se constituyen por asociación de individuos bien intencionados, sino por aglutinación de vientres famélicos. No se alian cerebros con cerebros, se juntan panzas con panzas», escribió en «Nuestros ventrales»... ¡Qué diría de la obsesión peruana actual por la gastronomía!), hasta su valiente oposición al golpe del posterior mariscal Óscar Raimundo Benavides en su último escrito «Bajo el oprobio».

Desde las corridas de toros, el carácter nacional o la guerra con Chile, no hubo casi tópico de la vida criolla que no examinase para apabullar a la clase dirigente local. Manuel González Prada expresa tanto desagrado respecto a su patria que uno llega a preguntarse por qué regresó de Francia, donde vivió desde 1891 a 1898 con su familia. Según contó su viuda Adriana, dejaron el Perú para que su único hijo Alfredo naciera sano y sobreviviera la infancia, pues habían muerto ya dos hijos suyos.

De prosa tremebunda y límpida, su célebre «Discurso en el Politeama» es simplemente portentoso. Manuel González Prada nos ha dejado sentencias potentes como «El Perú es un organismo enfermo, donde se pone el dedo salta la pus», «los jóvenes a la obra, los viejos a la tumba», «el niño quiere rescatar con el oro lo que el hombre no supo defender con el hierro», «una raza que se adormece bajo la tiranía del juez de paz, del gobernador y del cura, esa trinidad embrutecedora del indio», «no hay quizá opresores tan duros del indígena como los mismos indígenas españolizados», «al que diga: "la escuela", respóndasele: "la escuela y el pan"», «la historia de muchos gobiernos del Perú cabe en tres palabras: imbecilidad en acción», y varias otras impactantes por ese estilo tan hiriente y preciso.

Anticlerical extremo, el pío Nicolás de Piérola y la Iglesia fueron sujetos particulares de sus dardos. También fue notoria su preocupación por el indio y su postergada situación, a pesar de constituir la población mayoritaria del país: «No forman el verdadero Perú las agrupaciones de criollos y extranjeros que habitan la faja de tierra situada entre el Pacífico y los Andes; la nación está formada por las muchedumbres de indios

diseminadas en la banda oriental de la cordillera». «No merece llamarse república democrática un Estado en que dos o tres millones de individuos viven fuera de la ley». «El indio se redimirá merced a su esfuerzo propio, no por la humanización de sus opresores. Todo blanco es, más o menos, un Pizarro, un Valverde o un Areche».

Extraordinario como crítico, pero inútil como hombre de acción y de organización, González Prada participó en la Unión Nacional, una agrupación política muy marginal en la política peruana de entonces, muy lejana en poder e influencia al civilismo, al pierolismo y aun al cacerismo.

Tampoco pudo fundar el gran diario que anhelaba y se negó —ya por exceso de idealismo— a entrar a la política activa al rechazar el cargo de senador que le ofreció el presidente Remigio Morales Bermúdez. Siempre consecuente con sus principios, renunció a la dirección de la Biblioteca Nacional tras el golpe del entonces coronel Osear R. Benavides contra el presidente Guillermo Billinghurst, en febrero de 1914.

Manuel González Prada fue un excelente francotirador individualista, pero no tenía la madera política necesaria para conducir masas. No pasó de ser un «criticólogo» muy ducho en señalar defectos ajenos, sin proponer soluciones efectivas a los problemas nacionales o sistemas alternativos realistas (el anarquismo es algo sencillamente infantil e inaplicable), o participar en la arena política o en dejar una organización política robusta.

Lo más cerca que estuvo a las masas fue cuando leyó su ensayo «El intelectual y el obrero» ante el sindicato de panaderos el 1 de mayo de 1905: «Los intelectuales sirven de luz, pero no deben hacer de lazarillos [...] El mayor inconveniente de los pensadores [es] figurarse que ellos solos poseen el acierto y que el mundo ha de caminar por donde ellos quieran y hasta donde ellos ordenen [...] Toda revolución arribada tiende a convertirse en gobierno de fuerza; todo revolucionario triunfante degenera en conservador».

Pero su prosa magnífica, su vanguardismo social en muchos temas y su prodigiosa capacidad para demoler con una frase las taras nacionales le dejaron un sitial político relevante en nuestra historia. González Prada fue la mayor conciencia crítica de su época, una especie de George Orwell peruano por su lucidez penetrante y su fraseo de estilete.

Los anarquistas y el primer Partido Socialista

Aparte de la figura de Manuel González Prada, se podría decir que los primeros embriones de la izquierda peruana se manifestaron a través de los movimientos obreros de protesta y reivindicaciones laborales (portuarios chalacos en 1904, choferes en 1907, textileros en 1908, obreros chalacos en 1910), liderados por los anarquistas, que pronto se impusieron a sus más moderados rivales del «mutualismo».

Hay que recordar que la primera huelga registrada en el Perú fue la de los tipógrafos en 1883, a la que le siguió otra de panaderos en 1887.

La primera federación laboral que surgió del anarquismo fue la panadera Estrella del Perú en 1905. El primer paro general limeño auspiciado por estos se dio en abril de 1911. En 1912, el anarquismo constituye la Federación Obrera Regional Peruana (FORP) y continúa la agitación y paros.

Las condiciones económicas desmejoraron mucho por la recesión que se generó localmente tras el fin del auge de las exportaciones de materias primas al acabar la Primera Guerra Mundial, y eso abonó mucho al éxito de una masiva y violenta movilización obrera por una jornada laboral de ocho horas entre el 13 y el 15 de enero de 1919, un tiempo de jornada que ya se le había otorgado antes solo a los portuarios y obreros chalacos tras un paro en 1913.

El anarquismo pierde fuerza en la década de 1920, tanto por la mano dura del autócrata Augusto B. Leguía como por la aparición del comunismo y el aprismo. Los dirigentes anarquistas más importantes fueron Delfín Lévano, Manuel Caracciolo Lévano, Nicolás Gutarra y Adalberto Fonkén. Su órgano de expresión más importante fue *La Protesta.*

Otro intento de configurar una izquierda peruana en aquellos años fue la fundación de un Partido Socialista en 1919. Lo hicieron Luis Ulloa, historiador y posterior catalanista en España (incluso acuñó la teoría de que Cristóbal Colón era catalán), y el artesano joyero Carlos del Barzo, basados en una especie de club de activistas izquierdistas llamado Comité de Propaganda Socialista.

Pero aquel intento tuvo una vida brevísima y no dejó mayor huella. Lo mismo ocurrió con el espurio Partido Obrero de José Carlos Bernales. Esa huella la dejaría otro personaje, cuya vida fue también brevísima pero muy fecunda: José Carlos Mariátegui, quien también había integrado al fugaz

Comité de Propaganda Social, al que apoyó además desde su diario *La Razón.*

Llega el Mesías

El lugar de nacimiento de José Carlos Mariátegui fue objeto de controversia y él, posiblemente, se murió sin tener esa certeza. Se aseguró, durante años, que había sido Lima o Huacho, pero las investigaciones del mariateguista Guillermo Rouilíon Duharte finalmente determinaron que nació en Moquegua, donde su madre vivió unos meses en la casa de una familia amiga (Bermúdez Chocano) durante un periodo de aguda estrechez económica.

Es que Mariátegui fue fruto de un matrimonio bastante azaroso. Según esas pequeñas historias que siempre se cuentan en familia, su padre Francisco Javier Mariátegui Requejo era, como llamaba Ricardo Palma a los incorregibles, un «calavera», y su correcta burguesa familia limeña de jueces y abogados lo había enviado a esconderse a la hacienda azucarera Andahuasi, de propiedad de los parientes Swayne Mariátegui, hasta que pasara el problema del momento (desafortunadamente, se ignora en qué lío se había metido).

Por esa zona es que Mariátegui Requejo conoce a Amalia La Chira, hija de un talabartero (un artesano de equipos de cuero para montar caballo) e inicia una relación, fruto de la cual nacerían dos varones y una mujer (otros murieron al nacer o muy pequeños, algo muy común en la época). El padre miente con desparpajo en varios detalles al redactarse el acta de matrimonio (como decir que nació en Macao) y finalmente desaparece definitivamente de la vida del hogar tras algunas visitas intermitentes (tendría dos matrimonios más en Lima). Muere relativamente joven y ejerciendo un oficio menor.

A pesar de poseer un ancestro tan destacado como el procer, jurista y político Francisco Javier Mariátegui Tenería y de provenir de una familia de distinguidos hombres de leyes, el padre de José Carlos fue muy poca cosa en la vida y seguramente, en su picara mediocridad, jamás se imaginaría que había engendrado a un portento intelectual, así como también a un habilísimo y acaudalado empresario como Julio César

(1895-1982), que cofundaría y gestionaría exitosamente Librerías Minerva, un negocio editorial y de útiles de escritorio que lideró su ramo por décadas en el país. Julio tenía una línea política de derechas situada en las antípodas de su hermano y así fue, sin fortuna, candidato congresal por el pradismo en 1939 y por el lavallismo en 1956.

Mi abuelo y Julio tenían una hermana mayor, Guillermina (1885-1930), quien introduciría a José Carlos desde muy niño en la literatura, pues le leía cuentos y más tarde le regalaría novelas clásicas.

Mariátegui crece con el estigma de ser un chico abandonado, un hijo ilegítimo (en su partida de nacimiento figuraba así, a pesar del matrimonio anterior de sus padres), un pobre niño mestizo de provincias en el extremadamente clasista y racista Perú de finales del siglo XIX. En 1902, peloteando durante el recreo, un compañero de colegio, José Marcenara Bisso, lo golpea casualmente y José Carlos cae aparatosamente. A raíz de ese accidente contrae osteomielitis crónica en una pierna que, años después, le amputarían. Posteriormente moriría también a causa de esa enfermedad.

La osteomielitis crónica es una enfermedad infecciosa causada casi siempre por el temible estafilococo dorado, que corroe lentamente los huesos, causa repentinas fiebres elevadas, agitación, escalofríos y es acompañada de numerosos abscesos purulentos. Incluso hoy es una enfermedad de curación larga, a base de potentes antibióticos, como la vancomicina y la tetraciclina, que en la época de mi abuelo no existían. Este mal crónico fue una ordalía eterna para José Carlos y ocasionó que, a diferencia de sus sanos y robustos hermanos, tuviera una constitución física muy precaria.

A pesar de sus problemas de salud, Mariátegui brilla desde niño por su inteligencia. Según otra historia familiar, un día su madre, que era maestra y costurera, le pidió que le alcanzara un diario y él, que no había tenido ninguna instrucción, se ofreció a leerlo. Ella no le cree y le insta a hacerlo. ¡Y el niño lo lee lenta, pero correctamente!

José Carlos Mariátegui se muda a Lima e ingresa en 1909 a trabajar al diario *La Prensa* como «alcanzarrejones» (como se denominaba al asistente de oficina y taller en aquel entonces), para ayudar al sustento familiar. Luego trabajaría como ayudante de linotipo. Juan Campos, linotipista, se queda impresionado por el inesperado intelecto de este chiquillo, al que escucha decir durante un brindis que «los ejemplares salen de la prensa como si manos invisibles moviesen esas hojas en que el pensamiento iba a expandirse», de modo que lo recomienda como ayudante de redacción.

En redacción se dedica a telefonista y a escribir notas a escondidas para

suplir a compañeros incumplidos. Así, un día escribe anónimamente una crónica sobre un incendio para suplir a un amigo reportero que no había alcanzado a cubrir y redactar el suceso. Al director Alberto Ulloa Cisneros le llama la atención un artículo tan bien escrito sobre un incendio e inquiere sobre su verdadero autor. Un temeroso Mariátegui confiesa, pensando que iba a ser despedido. Pero en lugar del castigo, Ulloa Cisneros lo contrata como periodista.

De 1914a 1916, Mariátegui vive unos años bastantes frivolos, de dandi intelectual y de producción epidérmica, con mucha afición a la hípica (similar a la que tuvo de niño por la tauromaquia). Escribe en las ligeras revistas *Mundo Limeño, Lulúy El Turfi lanza Las tapadas,* una fallida obra teatral a la que la crítica satiriza como *Las patadas* por mala; redacta poesías melancólicas y experimenta una profunda crisis religiosa, por lo que cumple un retiro en el convento de los Descalzos, lo que no evita que pierda su fe católica.

Alfredo González Prada, el único hijo de Manuel González Prada, exdiplomático que se arrojó de un rascacielos en Nueva York, cuenta que José Carlos Mariátegui solía ir al Barrio Chino a fumar pipas o «cachimbas» de opio para hallar «paraísos artificiales», junto a Abraham Valdelomar, Federico More y otros intelectuales en conocidos fumaderos («yinquén»), como los administrados por los conocidos ciudadanos Aurelio Chang, dueño de esa «mansión amarilla» en el 830 de la otrora calle de Hoyos, que buscó César Vallejo en su cuento «Cera», y Octavio Kukín.

Quizá la última travesura de esos años ligeros fue la que ocurrió el 4 de noviembre de 1917 en el Cementerio Presbítero Maestro, donde la bailarina Norka Rouskaya danzó solo tapada por vaporosos velos la «Marcha fúnebre» de Chopin y la «Danza macabra» de Saint-Saéns para una pequeña audiencia formada por mi abuelo, César Falcón, Sebastián Llórente, Guillermo Ángulo, un violinista de apellido Cáceres y el funcionario de la Beneficencia Juan Vargas Quintanilla. Tras el escándalo, se les abrió un proceso por profanación, que pronto fue archivado pues ese delito no existía, y se aceptó la explicación de que se trataba de una inusual velada artística.

Es al final de estos alegres y despreocupados años a los que Mariátegui llamó despreciativamente «su edad de piedra» que opta abruptamente por la vía socialista, probablemente impulsado por el resentimiento social, ese poderoso motor que ha alimentado a tantos revolucionarios durante la historia.

Explico mi poco científica, pero muy peruana intuición: si bien Mariátegui era un protagonista de las veladas en el divertido Palais Concert A* i« i T,, !An V fno i^pntoHr* pn la viHa H6l liinÁflromn ppntrn HP la

alta sociedad, por su ingenio y apellido, no tardó en experimentar un virulento rechazo cuando quiso enamorar a las jóvenes burguesas que frecuentaban las carreras, ingresar más a esos círculos sociales y ser de verdad uno de ellos.

Una cosa era disfrutar a un provinciano cholito entretenido e inteligente (pero sin fortuna) para conversar de libros, chismear de política y divertirse, y otra aceptar a un aspirante a «igualado» en esa burguesía blanca a la que perteneció su ausente padre y que le atrajo tanto en esta etapa de su vida. Y si ¿ún hoy hay algo de eso en este Perú del siglo XXI..., ¡cómo sería a comienzos del siglo XX!

Lo más paradójico es que la familia paterna de mi abuelo —que es una sola, proveniente del caserío vasco del mismo nombre, cerca de Oñate, Bilbao— ostentaba títulos nobiliarios (marqueses de Peñaflor, condes de Quintana de las Torres y el ducado de Almazán, lo que les daba la categoría de «Grandes» frente a la realeza española). Incluso, un linajudo Manuel. Mariátegui, conde de San Bernardo, había sido ministro de Relaciones Exteriores y alcalde de Madrid hacía solo una década (1895). Sin saberlo, el posteriormente socialista José Carlos Mariátegui estaba «muy por encima» socialmente de la oligarquía y los burgueses limeños que lo rechazaban al estar emparentado con estos nobles españoles. ¡Cosas raras que tiene la vida!

No niego que el formidable intelecto de Mariátegui se haya enamorado absolutamente de una teoría racional con pretensiones de ciencia, que indicaba hacia dónde evolucionaba indefectiblemente la Historia y cómo se podía organizar la sociedad de tal manera que todos fuéramos iguales, sin abusos ni explotación entre los hombres. Tampoco hay que descartar qulé el vacío que experimentó al abandonar la religión católica fue llenado por una doctrina que él mismo afirmó que le satisfizo como una religión y como un mito movilizados Pero creo que lo emotivo, lo subjetivo, lo psicológico pesan mucho en las decisiones y caminos que se toman en la vida y que el resentimiento por rechazo social es un poderosísimo ingrediente en la constitución de alguien que pretende demoler el orden establecido que detesta. Ya los pensadores Federico Nietzsche, Max Scheler, Gregorio Marañón y Peter Sloterdijk han escrito sobre lo poderosamente movilizador que puede ser el resentimiento. En el actual terrorismo islámico actual se descubre la vigencia de este sentimiento contra Occidente, así como en el indigenismo de Evo Morales o la negritud de Malcom X.

Sus inclinaciones socialistas se detectan claramente desde que emigra del diario pierolista *La Prensa* a *El Tiempo,* donde revela abiertamente una reciente fascinación con la aparición de los bolcheviques rusos y escribe «Voces», su muy leída columna de trascendidos políticos. También por

entonces publicó la fugaz revista *Nuestra Época,* que solo tuvo dos números y donde publicó un texto muy crítico al Ejército, titulado «Malas tendencias. El deber del Ejército y el deber del Estado». Como consecuencia, un grupo de militares al mando del prepotente teniente José Vásquez Benavides le propinó una pateadura. Incluso fue azotado con un fuete ya caído en el suelo, sin respetarse su condición de minusválido. Este incidente originó la renuncia del general César de la Fuente, ministro de Guerra. Mariátegui renuncia a *El Tiempo* y funda *La Razón* en mayo de 1919, para expresar libremente sus convicciones izquierdistas. El resto ya es historia conocida.

Que quede claro que José Carlos Mariátegui era definitivamente un comunista con todas sus letras. Eudocio Ravines, en su libro *La gran estafa,* cuenta que mientras discutían el nombre del partido que estaban por fundar en 1928, Mariátegui le dijo: «Si le llamamos Comunista, la Policía nos va a perseguir más. Si le llamamos Socialista, quizá nos persiga menos. A esto se reduce todo. ¿No le parece?». José Carlos fue, pues, un comunista muy alejado de la socialdemocracia, a la que cuestionó absolutamente en su obra *En defensa del marxismo.* ¡Yerran totalmente aquellos que quieren ver en Mariátegui a un «socialista *light»* o a un socialdemócrata! No lo era.

Sin embargo, su comunismo era singular para Latinoamérica, en cuanto era mucho más cercano a las tesis del ideólogo comunista italiano Antonio Gramsci que al ruso Lenin. Mariátegui había sido muy influenciado por su experiencia italiana, donde fue testigo del nacimiento del Partido Comunista Italiano en Livorno. Prefería el camino gramsciano de capturar el «sentido común» para orientar el pensamiento político de determinada sociedad hacia una hegemonía de la izquierda para tomar el poder, antes que la vía violenta de los bolcheviques de Lenin.

Benedetto Croce y Piero Gobetti son los otros pensadores italianos que moldearon su pensamiento político, así como el francés Georges Sorel, quien postulaba la necesidad de creer en el «mito» revolucionario como herramienta imprescindible para entusiasmar a las masas, así como la idealización de la huelga general como momento inspirador cumbre de la lucha socialista.

Pero Mariátegui no creía en un trasplante automático de la experiencia marxista europea a un periférico y atrasado país latinoamericano como el Perú, «ni calco ni copia sino creación heroica». Por eso, el protagonista de su análisis marxista es el indio y su condición social: le era inviable un socialismo que no tuviera en cuenta las características esenciales de quienes constituían las entonces cuartas quintas partes de una población peruana, donde el 66% de un total de cinco millones y medio de habitantes (1930) vivían en el campo y eran los más postergados

El idealista Mariátegui estaba convencido de que en los indígenas peruanos existía una predisposición vital hacia el socialismo, dadas sus costumbres productivas en comunidad (ayni, minka), las reparticiones de los excedentes producidos, el paternalismo estatal y la ausencia del concepto de lucro.

Así, en el incario se ha^ía dado una suerte de protosocialismo que facilitaba mucho que el socialismo marxista se implantara con éxito en el Perú del siglo XX. Se trataba de un romanticismo total y un acto de fe antes que úc un hecho comprobable. Eudocio Ravines describió maravillosamente el marxismo mariateguista en *La gran estafa:* «El marxismo de José Carlos era sobre todo una vigorosa inclinación sentimental más que una ortodoxa posición ideológica. Emotivo y romántico, seducido por la belleza de la forma, alma sedienta de las refinadas complacencias del espíritu, Mariátegui no pudo ser jamás un marxista lógico, materialista consecuente, dogmático y acabado. Su obra ha sido rudamente vapuleada por los críticos rusos, a causa de sus devaneos sorelianos, de sus amores con el idealismo de Benedetto Croce, el amigo por quien tenía verdadera devoción, y de sus analogías teóricas e ideológicas con otro italiano, Piero Gobetti».

José Carlos Mariátegui no fue el único intelectual de izquierdas de su época que cayó en este romanticismo cuasi adolescente con el indio. Luis Valcárcel habló de la inminente llegada de un «Lenin andino» en *Tempestad en los Andes.* Mariátegui, en total sintonía con el autor en esa mezcla de indigenismo con marxismo, escribe estas palabras en el prólogo:

La fe en el resurgimiento indígena no proviene de un proceso de «occidentalización» material de la tierra quechua. No es la civilización, no es el alfabeto del blanco, lo que levanta el alma del indio. Es el mito, es la idea de la revolución socialista. La esperanza indígena es absolutamente revolucionaría. El mismo mito, la misma idea, son agentes decisivos del despertar de otros viejos pueblos, de otras viejas razas en colapso: hindúes, chinos, etc. La historia universal tiende hoy como nunca a regirse por el mismo cuadrante. ¿Por qué ha de ser el pueblo incaico, que construyó el más desarrollado y armónico sistema comunista, el único insensible a la emoción mundial? La consanguinidad del movimiento indigenista con las corrientes revolucionarias mundiales es demasiado evidente para que precise documentarla. Yo he dicho ya que he llegado al entendimiento y a la valoración justa de lo indígena por la vía del socialismo. El caso de Valcárcel demuestra lo exacto de mi experiencia personal. Hombre de diversa formación intelectual,

influido por sus gustos tradicionalistas, orientado por distinto género de sugestiones y estudios, Valcárcel resuelve políticamente su indigenismo en socialismo. En este libro nos dice, entre otras cosas, que «el proletariado indígena espera su Lenin». No seria diferente el lenguaje de un marxista.

Esta extraña creencia de un ser andino proclive al socialismo desnudaba en Mariátegui un serio desconocimiento del marxismo, por cuanto Karl Marx había ya teorizado en *Formaciones económicas pre-capitalistas* sobre cómo ciertos gobernantes déspotas asiáticos centralizaban el control de los excedentes en la producción originada por los trabajos colectivos de sus gobernados, que son luego repartidos por el gobernante («Modo de producción asiático»).

Sin embargo, quedaría en el haber de Mariátegui la respuesta ambigua (marzo de 1881) del mismo Marx a una poco conocida carta de la revolucionaria rusa Vera Zasulich donde ella planteaba si partiendo de la comuna rural rusa se podía obviar el paso por la propiedad privada antes de llegar al socialismo. Marx se limita a contestarle que de la comuna rusa emanará la regeneración social rusa.

José Carlos Mariátegui había caído en el mismo error de los populistas rusos del siglo XIX con respecto a que antiguas formas comunales de producción eran un germen para impulsar el socialismo en el gigante país euroasiático. Ni los medios de producción ni lo producido son propiedad de una clase social (socialismo), sino del déspota y de su funcionariado.

Hay que sumar su absoluta falta de riguroso trabajo de campo o de, por lo menos, una somera comprobación empírica para sustentar estas tesis que mezclaban el indigenismo con el socialismo. Se sabe que su única visita a la sierra peruana fue a Huancayo en 1918. No parece muy riguroso construir una tesis política sobre determinado grupo humano sin abandonar el escritorio limeño. Mariátegui conocía más Europa, pues vivió ahí como corresponsal diplomático durante el gobierno de Leguía. En realidad se trató de una deportación encubierta. El escritor indigenista cusqueño Luis E. Valcárcel cuenta en *Memorias* que él fue la principal fuente de información de Mariátegui sobre la realidad del indio y de la sierra peruana. Por eso la revista indigenista radical *La Sierra* lanzó furibundos ataques contra mi abuelo por aquellos años.

También fue un error considerar que el fin del gamonalismo serrano y el latifundismo costeño era la única solución al «problema del indio». Este problema tan complejo abarcaba muchas áreas extras por atender, como

unlversalizar la educación, mejorar las comunicaciones y la conectividad vial, extender el derecho al voto, integrar mercados.

La mejor prueba de que Mariátegui fallaba con esta solución fue el posterior fracaso de la reforma agraria, que no remedió ni la pobreza ni la exclusión de las masas rurales, ni el asfixiante centralismo. Más bien lo intensificó al eliminar a las él ites provincianas.

Sin embargo, a pesar de sus errores en su propuesta política, vaya que José Carlos Mariátegui, con menos de 36 años, nos dejó un importante legado.

Como escribí en *Perú 21* respecto a un reciente aniversario de su nacimiento: «Caído el Muro de Berlín, desprestigiado el marxismo como una seudociencia violenta que ha llevado a millones de seres humanos a la muerte, con los hermanos Castro convertidos en dos dictadores caribeños, finalizado el gamonalismo serrano con Velasco..., ¿qué nos deja José Carlos Mariátegui al día de hoy? Nos deja una enseñanza de cómo la voluntad y el arduo estudio puede superar la cárcel de un físico eternamente enfermo. Nos deja una actitud heterodoxa, crítica, apasionada, comprometida y curiosa de analizar y vivir la vida. Nos deja un amor por todas las artes, que lo llevó a promocionar siempre la cultura. Nos deja una inquietud por buscar fórmulas originales («Ni calco, ni copia...»), un actuar decente frente al adversario, un rechazo a la demagogia y un buscar amar más a nuestro país («peruanicemos al Perú»). ¡Ya me imagino la vergüenza que hubiera tenido de ver a la izquierda peruana que lo siguió, desde los moscovitas que nombraron el «Stalin peruano» a Manuel Prado, pasando por las bestias asesinas senderistas y los gánsteres del MRTA, hasta a quienes terminaron intentando jugar a la Bolsa con normas que ellos mismos impulsaban en el Congreso!».

El ideario y el misterio del libro perdido

Aparte de sus artículos de prensa, el núcleo de las ideas socialistas de Mariátegui están contenidas básicamente en tres obras: 7 *ensayos de interpretación de la realidad peruana, Defensa del marxismo* e *Ideología y política.* Con este último título ocurre un misterio particular, aquel del «libro perdido de Mariátegui».

Según diversos testimonios, José Carlos había decidido escribir un libro orgánico, a diferencia de 7 *ensayos de interpretación de la realidad peruana* y *Defensa del marxismo,* que son una suma de escritos de prensa. Tenía el propósito de sancionar definitivamente su matriz ideológica propia. Se supone que esta obra había sido enviada a su amigo César Falcón a España, para que la editora local Historia Nueva la publicara en la península.

El mismo Mariátegui preanuncia en su «Advertencia» al comienzo de 7 *ensayos de interpretación de la realidad peruana* que va a escribir un libro autónomo sobre la evolución política e ideológica en el Perú. Y en una respuesta a un cuestionario de la revista *La Sierra* refiere que un libro suyo de estas características iba pronto a aparecer en Madrid. Lo cierto es que Mariátegui murió repentinamente y este libro nunca llegó a librerías. Falcón siempre negó que le haya sido enviado, mientras que el asistente de José Carlos, Ricardo Martínez de la Torre, aseveraba que el libro sí había sido despachado.

¿Quién miente, Falcón o Martínez de la Torre? ¿Fue destruido en el camino por los agentes rusos a causa de su heterodoxia, como más de uno ha aventurado? ¿Falcón lo desapareció por órdenes del argentino Victorio Codo villa, jefe regional del comunismo soviético en Latinoamérica? Nunca lo sabremos. Hubiese sido muy interesante contar con un corpus ideológico mariateguista sancionado por el mismo Mariátegui en lugar de tener tantas interpretaciones interesadas de otros.

La única débil esperanza de que este valioso libro aparezca algún día se sustenta en una afirmación del biógrafo mariateguista Guillermo Rouillón, quien asevera que el texto había sido publicado en Montevideo por una revista uruguaya de aquellos tiempos y que había que buscarlo por esas tierras.

Por todo lo anterior, el libro *Ideología y política* (1969) es en realidad una compilación hecha por los editores de todas las tesis mariateguistas llevadas a los congresos comunistas de Buenos Aires y Montevideo por sus

emisarios Hugo Pesce (alias «Señor Saco») y Julio Portocarrero (alias «Señor Zamora»). Esto además de diversos escritos sueltos, así como también artículos publicados en la revista Amauta y el diario *Labor.*

En cuanto a *Defensa del marxismo,* Mariátegui solo pudo estructurar su primera parte sobre la base de artículos suyos publicados en Amauta, antes que la muerte le alcanzara. La segunda parte de esta obra —que Mariátegui anunció que se llamaría Teoría y práctica de la reacción— fue también organizada por los editores basándose en otros artículos.

La primera sección de *Defensa del marxismo* es a la vez una crítica y deslinde con la socialdemocracia continental europea y el laborismo británico (además de una aproximación a Freud), mientras que la segunda trata de los fascistas italianos y los extremistas de derecha franceses, además de consideraciones sobre Estados Unidos y el destacado escritor conservador español Ramiro de Maeztu, fusilado años después por los republicanos en la Guerra Civil Española (la izquierda siempre recuerda el bárbaro asesinato del poeta Federico García Lorca a manos de los franquistas, pero oculta el crimen rojo cometido con Maeztu en Aravaca, Madrid. El anciano Maeztu le espetó valientemente al pelotón comunista de fusilamiento «Vosotros no sabéis por qué me matáis, pero yo sí sé por lo que muero: ¡para que vuestros hijos sean mejores que vosotros!»).

Los últimos años de la existencia de Mariátegui son políticamente muy amargos. Por un lado, se da una pelea definitiva con Haya de la Torre (mayo de 1928), con quien discrepa de sus tesis ideológicas tan centradas en el protagonismo de la clase media como líder opositora principal al imperialismo, y con sus prematuros y protagonistas intentos políticos caudillistas, como el lanzamiento del abortado Partido Nacionalista Libertador para enfrentar al rerreeleccionista Leguía en los comicios de 1929.

Por otro lado, sus tesis políticas («El problema de las razas en América Latina» y «Punto de vista antiimperialista») enviadas en junio de 1929 a las dos citas sindicales y políticas del comunismo latinoamericano en Montevideo (mayo) y Buenos Aires (junio), y sustentadas, como se mencionó, por sus delegados Hugo Pesce y Julio Portocarrero, habían sido completamente rechazadas por Victorio Codovilla.

Sin embargo, en Cusco se afirma que allá hubo un autónomo primer PC anterior, fundado por Sergio Caller el 1 de febrero de 1929 como Partido Socialista en una casa barranquina situada en el jirón Lima, del comerciante judío Bernardo Regman (7 de octubre de 1928), tras la prefundación en La Herradura (16 de setiembre de 1928). Su oposición a ideas disparatadas

administrativoétnico soviético, su enfoque del factor racial en la política sudamericana, su visión de que el campesino indio era proclive al socialismo, o tratar a Latinoamérica como una región colonial, y no como una zona ya de cierto incipiente capitalismo propio, le valieron el anatema de Moscú.

En cuanto a lo personal, Mariátegui andaba muy desengañado por el poco impacto de 7 *ensayos de interpretación de la realidad peruana* (su tiempo llegaría en la década de 1950, como veremos más adelante), publicado por Minerva, la empresa familiar que fundase junto a su hermano Julio el 31 de octubre de 1925, en la calle Sagástegui 669 (lo que hoy es la avenida Abancay).

Precisamente, el poco éxito de Minerva solo como editorial había decidido a Julio, que poseía el 75% del accionariado, a reorientarla al segmento de útiles escolares, negocio que no le atraía particularmente a José Carlos. Minerva había publicado 46 libros entre 1925 y 1930, de autores locales como Manuel Beingolea, Luis Alberto Sánchez, Luis Valcárcel, Antenor Orrego, Lizardo Alzamora, Alcides Spelucín, Magda Portal, Manuel Pablo Olaechea, Juan Pedro Paz Soldán y el mismo José Carlos, así como extranjeros (Máximo Gorki, Panait Istrati, Waldo Frank).

Otros factores que ahondaban el desánimo de José Carlos eran una situación económica aún más angustiosa al nacer su cuarto hijo, Javier (tenía además a Gloria Mariátegui Ferrer, una hija extramatrimonial nacida en 1919, de quien siempre estuvo cerca) y el convencimiento de que el autocràtico régimen leguiista tendría aún una larga vida por delante, pero siempre endureciéndose cada vez más, y que por eso no cesarían los hostigamientos, los cierres de sus publicaciones (como le sucedió a la undécima edición del periódico *Labor* en setiembre de 1929 por criticar a la International Petroleum Company) y las redadas a su casa en Washington 544, como la ocurrida el 11 de noviembre de 1929 a raíz de un supuesto «complot judío» comunista internacional. Sufrió detención domiciliaria por nueve días, mientras la Policía apresaba a 180 personas más, la mayoría judíos (en junio de 1927 ya le había sucedido algo similar, cuando se requisó la revista Amauta y Mariátegui fue retenido en el hospital San Bartolomé por unos días).

A contramano, José Carlos tenía esperanzas de volver a caminar gracias a una técnica ortopédica nueva que había llegado a Argentina. Por eso decide aceptar la vieja oferta de su amigo judío-argentino Samuel Glusberg (seudónimo askenazi del sefardí Enrique Espinoza) de emigrar a Buenos Aires, junto a toda su familia, para trabajar en una revista, idea que arariríahíi He<?He 1Q97 **V** en una universidad («Ollería, además, tener aleo

definitivo que decirle respecto a mi viaje a Buenos Aires, y en estos días me era difícil avanzar en la organización de este viaje, totalmente decidido, pero cuyo plazo preparatorio depende del arreglo de algunas cuestiones [...] Creo que en abril próximo estaré en aptitud de partir». Carta a Glusberg del 9 de febrero de 1930).

La idea era detenerse unos días en Santiago de Chile («Hágale usted saber[1] que probablemente en mayo estaré en Santiago, en viaje a Buenos Aires». Carta al pintor argentino José Malanca del 10 de marzo de 1930) pa.ii dar unas charlas conseguidas por Luis Alberto Sánchez en la capital chilena. Glusberg le había contestado: «Lo recibiremos como se merece: con todas las luces encendidas» (carta del 4 de marzo de 1930).

Es durante estos preparativos que la muerte le sorprende el 16 de abril de 1930 en la Clínica Villarán, a los 35 años, durante una crisis febril e infecciosa más de su osteomielitis, centrada en su pierna derecha (la izquierda le había sido amputada en mayo de 1924).

Premonitoriamente, el 10 de febrero Mariátegui había escrito a Malanca: «Solo una inesperada falla en mi salud u otro accidente puede frustrarlo (el viaje)».

La visita de la muerte fue ese accidente.

[1] A Mannel Senanf

Segundo capítulo

Las años del Stalin peruano

Antes de la abrupta muerte de José Carlos Mariátegui, desde febrero de 1930, el Partido Socialista estaba liderado por Eudocio Ravines. El ingenuo Mariátegui había apoyado a este sinuoso personaje como secretario general en marzo de 1930, lo que motivó el alejamiento del dirigente piurano Luciano Castillo Colonna, quien posteriormente fundó un Partido Socialista propio que no pasó de tener solo cierta influencia entre los obreros petroleros de Talara.

Con la muerte de mi abuelo, y por órdenes de Codovilla, el partido pasa por una etapa de «desmariateguización». En 1930 el Partido Socialista cambió de nombre a Partido Comunista del Perú (PCP). Poco después se expulsa simbólicamente a Ricardo Martínez de la Torre, el secretario personal del Amauta y autor de *Apuntes para una interpretación marxista de historia social del Perú.* Con él se fue el último de los mariateguistas.

Esta «desmariateguización» acabó en 1946, cuando el jerarca comunista Jorge del Prado toma el control del Partido y resucita la figura de Mariátegui, pero enmarcándola en una versión estalinista propia, sin ninguna alusión a las heterodoxias ideológicas mariateguistas. (Hubiese sido interesante saber cuál habría la reacción de José Carlos al Pacto Mólotov-Von Ribbentrop de 1939 entre nazis alemanes y comunistas rusos. ¿Habría abandonado al socialismo o se hubiera alineado con Moscú?).

La década de 1930 es penosamente olvidable para la izquierda peruana: la CGTP es disuelta, mientras el PCP pasa a la clandestinidad en 1936 y las masas proletarias se alinean con el aprismo o con el fascismo criollo de Sánchez Cerro y la Unión Revolucionaria de Luis A. Flores. Salvo algunos intelectuales militantes, el marxismo no cala nada en la política peruana. A causa de la represión, el PCP experimenta las muertes prematuras de dirigentes promisorios como Gamaniel Blanco y Pompeya Herrera.

Tal vez lo más resaltante que le ocurrió al comunismo criollo en aquellos años fue la cinematográfica fuga de Ravines de su reclusión en el Real Felipe en julio de 1933. Meses atrás había tomado brevemente las instalaciones de la poderosa minera Cerro de Pasco Copper Corporation en La Oroya con toda la gerencia yanqui. Tras su huida, Ravines parte al exterior y se dedica a labores de agitación en Argentina, Chile y España, mientras que el PCP languidece, con Julio Portocarrero fungiendo de secretario general en su ausencia.

El comunismo vuele a asomar a la luz pública en el Perú cuando, motivado por las órdenes moscovitas de constituir frentes electorales con otros partidos de distinta clases sociales, protagoniza una alianza contranatura con el candidato oligárquico Manuel Prado para las elecciones de 1939. Gracias al pradismo el eterno dirigente comunista de los choferes Juan E Luna, el agricultor camanejo Gustavo Gorriti Butrino (marxista que no militó en el PCP hasta 1945) y otros camaradas son electos al Congreso.

La maniobra del siempre astuto Prado fue perfecta para mostrar legitimidad democrática a pesar de encabezar una «dictablanda» que perseguía a los apristas. Cuentan que cuando desde el extranjero lo acusaban de ser un dictador civil de derechas, él solía responder: «Qué voy a ser un dictador si tengo a comunistas en el Parlamento, con plenos derechos y sin ser perseguidos. ¿Acaso Estados Unidos tiene comunistas en el Capitolio?».

El PCP realiza abiertamente su primer Congreso Nacional el 19 de mayo de 1942, donde el dirigente Nicolás Terreros sucede a Ravines, quien es purgado junto a Julio Portocarrero. Ravines ingresaría al Partido Socialista de Luciano Castillo en 1945 como secretario general, pero también fue expulsado dos años después de allí y jamás volvería a la izquierda.

En 1946 el PCP tendría su segundo Congreso Nacional sin, mayores problemas, pues el nuevo presidente constitucional, José Luis Bustamante y Rivero, mantendría su estatus legal y también permitiría la reelección parlamentaria de Gorriti Butrón como la elección de los comunistas Sergio Caller, José Caller y Juan Jacinto Paiva, quienes conformaban la llamada Fracción Comunista Peruana.

Sin embargo, el PCP no sería más que un pequeño partido de cuadros escasos y de influencia marginal, un grupúsculo aplastado totalmente por el APRA, que copaba monolíticamente esa parte del espectro político, la izquierda local. Sin lugar a dudas, el APRA impidió por décadas que surgiese una izquierda robusta en el Perú, algo similar a lo ocurrido en Argentina con el peronismo y en México con el PRI.

El APRA versus el PCP

Estos dos acérrimos ri\ales entrarían juntos a las catacumbas durante ocho largos años, debido al golpe del general Manuel Odría en 1948, que inauguraría una política de represión hacia ellos. La vida clandestina del PCP en la universidad de San Marcos durante el odriismo está magistralmente reflejada por Mario Vargas liosa en *Conversación en La Catedral,* donde describe su ingreso y militancia en la célula Cahuide, junto a Isaac Húmala, entre otros. Otra víctima comunista del odriismo fue el periodista César Lévano, que pasó varios años en prisión durante el Ochenio.

La izquierda local seguiría hibernando hasta que una serie de hechos, no relacionados entre sí, serían las primeras gotas de agua que generarían su florecimiento: el derrocamiento del presidente guatemalteco Juan Jacobo Árbenz, el pacto APRA-Prado de 1956, el satélite ruso Sputnik (1957), la difusión de 7 *ensayos de interpretación de la realidad peruana* en ediciones populares (1958) y la aparición de Fidel Castro.

Sin embargo, en esta misma época un fenómeno fundamental fue ignorado por la izquierda, como por el APRA y el resto de actores políticos: el inicio de las migraciones desde el campo y las invasiones urbanas de terrenos, el germen de un nuevo protagonista político futuro («el emprendedor» o «el informal»).

El izquierdista Jacobo Arbenz fue defenestrado en una operación coordinada entre el embajador estadounidense John Peurifoy, la CIA y los militares guatemaltecos. Su caída provocaría una fuerte ola antiyanqui en el mundo intelectual y estudiantil latinoamericano. Por ello la posterior visita del vicepresidente estadounidense Richard Nixon a Lima en 1958 fue tan accidentada, cuando fue abucheado —y hasta escupido— afuera del Hotel Bolívar por unos dos mil estudiantes san-marquinos (hay veteranos que sindican al después célebre Alberto *Don Bieto* Químper, entonces fogoso líder izquierdista estudiantil, como el posible autor del histórico gargajo que alcanzó las mejillas de Nixon).

Tras el fin de la dictadura odriísta, el APRA logró salir en 1956 de las catacumbas gracias a un acuerdo político con el entonces candidato a la presidencia Manuel Prado: votos por legalidad. A este periodo se le conoció como la «Convivencia». Fue un pacto demasiado faustiano para un gran sector del aprismo, que abominaba del conservadurismo elitista de Prado y

recordaba con amargura las persecuciones policiales contra el APRA ocurridas en su primera administración (1939-1945).

El apoyo aprista le permitió ganar holgadamente al resurrecto Prado con el 45% de los votos, seguido por Belaunde (37%) y un muy distante Hernando de Lavalle (18%), que inicialmente era el candidato de Haya, pero que perdió el favor aprista a muy poco de celebrarse los comicios, por no atreverse, como sí lo hizo Prado, a prometer la legalización del APRA apenas asumiese el poder. El costo político de este pacto para el APRA fue perder su condición de partido revolucionario para muchos y, con ello, la gramsciana «hegemonía cultural» que gozaba en la política peruana como su referente máximo.

Este descontento dentro del partido fue creciendo, hasta que todo estalló en la convención nacional aprista realizada en octubre de 1959, meses después de la victoria de Fidel Castro en Cuba.

Allí los disidentes Carlos Malpica, Gonzalo Fernández Gaseo y Luis de la Puente exigieron que todos los «compañeros» que ejerciesen cargos públicos, concedidos por el pradismo, renunciasen a estos y que el partido volviese a sus fuentes originarias revolucionarias, las cuales se encontraban básicamente en *El antiimperialismo y el APRA,* el primer libro de Haya, que era bastante más radical que la posterior obra *Treinta años de aprismo,* publicada en 1956 y escrita durante el largo asilo en la embajada de Colombia

Fue una afrenta grave a la disciplina fascistoide del APRA (no por nada dentro del partido se corean aún lemas como «¡Disciplina, compañero!» o «¡Fe, unión, disciplina y acción!»), pero aún mucho peor fue que estos disidentes abiertamente sostuviesen que el APRA estaba sirviendo a los intereses de la oligarquía y defraudando al pueblo, en claro desafio a Haya. Eso les valió la expulsión. Fue así como formaron el APRA Rebelde, embrión del posterior grupo guerrillero castrista MIR.

El lanzamiento del Sputnik 1 (o «compañero de viaje» en ruso) en 1957, el primer satélite hecho por el hombre en la Unión Soviética, puso en entredicho la superioridad tecnológica de Occidente. Le siguió el Sputnik 2, que puso con éxito en órbita por primera vez a un ser vivo: la perra Laika.

Estos hechos motivaron que Estados Unidos entrase decididamente a la carrera espacial, proceso que se aceleró posteriormente con el presidente John E Kennedy y su promesa de poner a un hombre en la Luna antes de acabar la década de 1960.

Un poco después (1958), los cuatro hijos de José Carlos Mariátegui

reeditaron las obras de su padre desde la editorial Minerva, en versiones masivas y muy baratas. Eran otros tiempos, distintos a la década de 1920, y los mensajes de Mariátegui eran muchos más atractivos para una juventud que se alejaba del APRA y que buscaba una nueva ideología.

Pero indudablemente, el triunfo de Fidel Castro y su captura de La Habana el 8 de enero de 1959 fue lo que tuvo un impacto nuclear en el crecimiento de la izquierda peruana. El entonces guerrillero Castro ya había adquirido la calidad de leyenda mundial en febrero de 1957, gracias a la generosa entrevista del ingenuo periodista yanqui Herbert Matthews, publicada en *The New York Times,* quien lo retrató como un romántico rebelde absolutamente demócrata («Sus ideas de libertad, democracia, justicia social, necesidad de restaurar la Constitución, de celebrar elecciones, están bien arraigadas [...] Puedo asegurar que no tenemos animosidad contra los Estados Unidos y el pueblo norteamericano. Sobre todo estamos luchando por una Cuba democrática y por la conclusión de la dictadura»). Además, Matthews exageró tremendamente el poderío de su fuerza guerrillera, candidez de la que Castro se burlaría posteriormente.

El triunfante Fidel pronto colisiona con Estados Unidos al promulgar una ley de reforma agraria en mayo de 1959, que afectaría directamente a propiedades rurales estadounidenses, mientras que en junio de 1960 confiscaría las refinerías de las petroleras Texaco, Shell y Exxon, al negarse estas a procesar petróleo de origen ruso. En agosto de ese mismo año le seguirían las compañías de teléfonos y electricidad de accionariado mayoritario yanqui, además de todas las haciendas azucareras controladas por empresas de ese país. Por ello, Estados Unidos vedaría las exportaciones a Cuba en octubre de 1960 y dejaría de comprar azúcar cubana a fines de año. Poco antes, Castro viajó a Nueva York y propinó otro golpe espectacular de relaciones públicas al alojarse en Harlem, desafiando la segregación racial estadounidense. Este enfrentamiento con Estados Unidos llegaría en abril de 1961 a su apogeo, con la victoria casuista sobre un contingente invasor de exilados cubanos, alentados y luego desamparados por Kennedy, en Bahía Cochinos. La supervivencia de Castro a la Crisis de los Misiles de 1962 reforzaría esta impresión de ser un paladín invencible frente al imperialismo yanqui. Y la Radio Habana, que emitía «desde el primer territorio libre de América», fue una eficaz arma de propaganda.

La creencia en la viabilidad de la lucha armada en Latinoamérica fue un descomunal error de óptica, pues el pequeño, corrupto, desmotivado y *amateur* ejército de Fulgencio Batista no tenía punto de comparación con las fuerzas armadas de los países continentales. Solo en Nicaragua se repetiría

20 años después una situación similar a la de Cuba, donde un clon del dictador Batista, Anastasio Somoza II, y su débil Guardia Nacional serían fácilmente derrotados por las bien apertrechadas guerrillas sandinistas. Felizmente, la determinación del presidente yanqui Ronald Reagan y una fuerte oposición democrática interna impidieron que Nicaragua se convirtiera en otro peón soviético como Cuba.

Esta falta de perspectiva alentó a que miles de jóvenes ilusos se embarcasen por años en aventuras militaristas rurales (el salvadoreño Frente Farabundo Martí, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, el argentino Ejército Revolucionario del Pueblo y el sandinismo nicaragüense entre los más conocidos) y de terrorismo urbano (los tupamaros uruguayos, el Movimiento de Izquierda Revolucionario y el Frente Patriótico Manuel Rodríguez chilenos, los Montoneros argentinos, etc.) en los siguientes años en nuestro continente. Lamentablemente, el Perú no fue ajeno a estos movimientos que tantas lágrimas, pérdidas y destrozos generarían por décadas.

ALDO MARIATEGUI

Tercer capítulo

Nuestra izquierda juega a la guerra

I. Con curas y militares

Si bien el hecho que maica a la izquierda peruana en la década de 1960 es el recurso a la violencia, también tentó el camino electoral. Es por eso que para las elecciones de 1962, al terminar el segundo gobierno de Manuel Precio, se presentaron tres listas de izquierda. Una de ellas era la integrada por el militar nacionalista César Pando Egúsquiza y el pintoresco sacerdote Salomón Bolo Hidalgo, bajo la bandera del Frente de Liberación Nacional. Los comunistas criollos apostaban así a una entrada al sistema a través de dos de sus columnas vertebrales: un uniformado (Fuerzas Armadas) y un cura (la Iglesia).

Sin embargo, el resultado fue fatal y el FLN solo obtuvo el 2% de los votos. Víctor Raúl Haya de la Torre fue quien ganó ajustadamente esas elecciones con el 33%, seguido por Fernando Belaunde (32%) y Manuel Odría (28%).

Otro grupo izquierdista «duro» que tentó la presidencia fue el Partido Socialista del veterano Luciano Castillo Colonna, que tan solo tenía cierta implantación en Piura. Castillo apenas llegó al 1% de la votación.

Otro grupo entonces caviarón (luego sus militantes se radicalizarían hacia posturas cercanas al castrismo) fue el Movimiento Social-Progresista, un elitista grupúsculo nacido en 1955 y que compitió en 1962 con. Alberto Ruiz Eldredge de candidato presidencial. De allí salieron los también después radicalizados Humberto Damonte, Francisco Moncloa, Efraín Ruiz Caro, el antropólogo José Matos Mar, Guillermo Sheen, Santiago Agurto, Jorge Bravo Bresani, Germán Tito Gutiérrez, Guillermo Figallo, Abelardo Oquendo y Augusto Salazar Bondy. Los socialprogresistas se inspiraban en las ideas del cura francés Louis-Joseph Lebret. Su órgano de prensa se llamaba, curiosamente, *Libertad.* Ruiz Eldredge y su MSP tan solo obtuvo el 1 % de votos, lo que motivó su desbande.

Si bien a la Democracia Cristiana, liderada por Héctor Cornejo Chávez, no se la podía calificar estrictamente como de izquierda clásica, al no tener raíces marxistas («ni capitalismo ni comunismo: por el bien común») y poseer entonces todavía un ala derecha cercana al liberalismo político (el posterior PPC), bien podríamos calificar a su orientación dominante en aquel entonces con el término de nuestros días: «caviar». Su nada carismàtico candidato Cornejo Chávez solo obtuvo el 3% de los votos.

Así, la izquierda «dura» del FLN y el PS no pasaron juntos del 3% de los votos, mientras que la DC y el MSP sumaron un 4%. Forzando las cosas un poco, se podría concluir que la izquierda «dura» y «caviarona» poseía junta alrededor del 7% de simpatías del electorado. Empero, la izquierda pudo lograr controlar alguna alcaldía provinciana por designación, como fue el caso del trotskista Genaro Ledesma en Cerro de Pasco, quien ocupó ese cargo por dos años (1958-1960) antes de ser destituido y encarcelado una temporada en la prisión selvática del Sepa por el gobierno de Prado, al haber alentado desmanes en la ciudad.

Como ningún candidato obtuvo el 36% mínimo para ser proclamado presidente y al no existir la figura de la segunda vuelta, le tocaba al Congreso, con mayoría aprista, elegir al nuevo mandatario.

Haya decide, entonces, apoyar a Odría y ambos llegan a un acuerdo que motivó un golpe de Estado militar, apoyado entusiastamente por el belaundismo y la revista *Caretas,* a tan solo diez días de las Fiestas Patrias de ese año. La excusa fue un supuesto «fraude electoral» y firmas falsificadas para inscribir candidatos, hechos que fueron sustentados en un Libro Blanco por nada menos que el entonces coronel Francisco Morales Bermúdez. Fue el militar Ricardo Pérez Godoy quien asumió la cabeza de la Junta Militar.

El «demócrata» Belaunde tuvo en sus manos evitar este golpe, pues le favorecía. Odría le había hecho saber que su bancada votaría por él para presidente y le daría la mayoría congresal a cambio del título de mariscal por su labor a cargo del Estado Mayor en la guerra contra el Ecuador de 1941, donde desobedeció órdenes para impulsar un exitoso avance peruano. Odría consideraba que él se merecía mucho más ese cargo que su superior Eloy Ureta, finalmente nombrado mariscal al término del conflicto. Belaunde rechazó el cargo de embajador en la España franquista, posiblemente ya enterado de que las Fuerzas Armadas se la iban a jugar por él.

Belaunde se presentaba entonces como una especie de centroizquierdista, nacionalista telúrico y «desarrollista», que prometía una reforma agraria y encarar a la petrolera yanqui International Petroleum Company por el crudo de Talara. No faltaron los desubicados que lo consideraban «comunista». Incluso hay quien asevera que ya en 1956 el PCP y la izquierda aportaron con el equipo de organización de movilizaciones y personaros de Acción Popular en Lima para frenar al odiado Haya, todo esto a través de un Frente Democrático de Trabajadores. Algo similar había sucedido en 1962.

En esa ubicación «progre» es que Belaunde obtuvo el 32% de la votación en 1962 y ganaría las elecciones del año siguiente con el 39% (le

siguieron Haya con el 34% y Odría con el 25%), mientras que el candidato izquierdista caviar Mario Sámame Boggio apenas alcanzaría el 1,6%, por lo es muy posible que algunos votantes de Belaunde hayan sido izquierdistas.

Además, Acción Popular ya contaba entre sus filas con personajes anticapitalistas, que terminaron migrando al marxismo de Vanguardia Revolucionaria (como Ricardo Letts, que integró al comienzo el programa estatal acciopopulista Cooperación Popular) y al neovelasquismo colaboracionista de la posteriormente cismática Acción Popular Socialista, fundada por el vicepresidente constitucional Edgardo Seoane en 1967, junto a Gustavo Mohme Liona, José Navarro Grau, Benjamín Doig, Juan Mármol y Mario Villarán, entre otros, personajes que fueron apodados los «termocéfalos» (o «cabezas calientes») por los medios, debido a su fogosidad izquierdista.

Fue también durante la primera mitad de la década de 1960 que se da la ruptura ideológica entre la URSS y China. Para Pekín, Moscú se apartó del estalinismo y viró hacia el «socialimperialismo» revisionista. La consecuencia en el Perú fue un cisma en el Partido Comunista local entre la línea oficial moscovita de Jorge del Prado, que adoptó el logo PCP-Unidad, y una facción maoísta propekinesa, que tomó el nombre de PCP-Bandera Roja y fue liderada por Saturnino Paredes.

Esta ruptura sucedió básicamente durante la IV Conferencia Nacional del PCP peruano (1964). La línea oficial seguía con la idea de que el sector obrero urbano debería ser el eje de la revolución, mientras que los maoístas le adjudicaban ese papel al campesinado indígena y por eso se harían posteriormente muy fuertes en la Confederación Campesina del Perú (CCP).

Es que, a diferencia del resto de Latinoamérica, el maoísmo y el trotskismo tendrían una fuerte presencia en la izquierda peruana por muchas décadas. Del maoísta PCP-Bandera Roja saldría el PCP-Patria Roja (1969), que controlaría por décadas al gremio magisterial, y el horrendamente célebre PCP-Sendero Luminoso (1970). Paredes se tornaría «albanés» o seguidor del excéntrico tirano balcánico Enver Hoxha, que creó el único Estado oficialmente ateo del planeta y enclaustró a Albania por décadas dentro del comunismo más puro que jamás se haya practicado: Fidel Castro era un derechista a su lado.

No podemos dejar de mencionar al también influyente trotskismo, que aparece en el Perú desde un grupúsculo formado por el pintor Francisco Abril de Vivero y los obreros Félix Zevallos y Leoncio Bueno. Estos forman el fantasmal Partido Obrero Revolucionario en 1943. Tras la dictadura odriista, el trotskismo peruano se escinde en dos corrientes: una liderada por el otrora aprista y posteriormente áulico-velasquista Ismael Frías Tónico

(Partido Revolucionario Obrero Campesino), y otra de la cual saldrían Hugo Blanco y su entonces escudero Nicolás Lúcar (Frente de Izquierda Revolucionario). Ricardo Napuri Shapiro sería otro dirigente relevante (Partido Obrero Marxista Revolucionario y Partido Socialista de los Trabajadores).

El trotskismo latinoamericano solo tendría una evolución relevante en Perú y Argentina.

Vanguardia Revolucionaria, un nuevo hongo

Otro hecho de importancia dentro de la izquierda peruana fue la aparición de la llamada «nueva izquierda» con el nacimiento de Vanguardia Revolucionaria el 30 de mayo de 1965. Los fundadores fueron Ricardo Letts, Edmundo Murrugarra, Ricardo Napuri, entre otros.

Integrada por gente joven y a menudo de orígenes acomodados («izquierda miraflorina»), Vanguardia Revolucionaria estuvo alejada tanto de los viejos ortodoxos soviéticos que seguían al comunismo ruso, como de los disidentes comunistas maoístas (de extracción mucho más humilde, lo que sigue siendo Patria Roja al día de hoy).

Vanguardia Revolucionaria se concentró en el campesinado serrano con su gremio político la Confederación Campesina del Perú (CCP) y alentó numerosas tomas de tierra hasta bien entrada la década de 1970. Curiosamente, estas tomas alentaron la generación de la propiedad privada a través de minifundios y desarticularon las grandes comunidades asociativas campesinas velasquistas, llamadas Sociedades Agrarias de Interés Social (SAIS). Así, del latifundio del patrón al posterior latifundio asociativo se pasó finalmente al minifundio individual.

Vanguardia Revolucionaria estuvo muy influenciada por el castrismo, el anticolonialismo, las guerras de Argelia y Vietnam, y por ideólogos radicales, como Frantz Fanón (ultraviolentista que escribió *Los condenados de la tierra*, una apología del asesinato por fines políticos) y Jean-Paul Sartre, talentoso filósofo francés que fue de eterno rebelde por la vida.

Precisamente, un admirador de Sartre como Mario Vargas Llosa fue postulante a militante de Vanguardia Revolucionaria en 1966, según cuenta Ricardo Letts. Según la misma fuente, Vargas Llosa se aleja de este partido

cuando le pide una contribución para el partido de parte de un premio de 50 mil dólares que había ganado en un concurso literario.

Posteriormente, Vanguardia Revolucionaria fue influenciada por los disparates escritos por los chilenos Marta Harnecker (con sus infumables, por pesados y ortodoxos, rr anuales de «materialismo histórico») y Ariel Dorfman *(Para leer al pato Donald,* donde resultaba que el Tío Rico McPato era la encarnación del capitalismo y bobadas de ese calibre), así como el uruguayo Eduardo Gaicano *(Las venas abiertas de América Latina,* obici maniquea donde todas las desgracias del continente son siempre por culpa ajena, básicamente de Estados Unidos. Hasta el mismo Galeano manifestó en abril del 2014: «No tenía los suficientes conocimientos de economía ni de política cuando lo escribí»).

Vanguardia Revolucionaria fue muy influenciada por hechos externos, como los movimientos contestatarios juveniles que fueron apareciendo en Occidente, como el parisino Mayo del 68, las revueltas en la universidad californiana de Berkeley, el hippismo, la descolonización, las marchas masivas contra la guerra de Vietnam, la muerte del líder comunista Patrice Lumumba en la guerra civil congolesa, etc.

Localmente, esta «nueva izquierda» buscó resucitar al Mariátegui original, en su pensamiento indigenista, peruanista, heterodoxo, gramsciano. Se trataba de una mirada absolutamente ajena a la forzada reinterpretación ortodoxamente soviética que el PCP-Unidad de su pupilo y amigo Jorge del Prado había hecho de la obra de Mariátegui. El intelectual argentino José Aricó fbe especialmente influyente en esta revisión.

Asimismo, la «nueva izquierda» se nutrió de un absurdo y profundo sentido de culpa frente a la pobreza, lo que su burguesa educación privada a manos de curas católicos (especialmente los jesuítas) les inoculó desde pequeños, además de las lecturas de Gustavo Gutiérrez y de su rojaza teología de la liberación. El cura marxistoide Carlos Alvarez Calderón también fue bastante relevante en este proceso.

Ejemplos: José María Salcedo, Henry Pease, Luis Peirano, Santiago Pedraglio, Marcial Rubio y Federico Velarde egresaron del colegio La Inmaculada, mientras que Carlos Iván Degregori, Alberto Flores Galindo, Enrique Bernales, Javier Iguíñiz y Manuel Dammert son de La Salle.

Ricardo Letts, Mariano Valderrama (ese actual chef fue el primer experto de la izquierda en conseguir cuantiosos fondos para las ONG) y Javier Diez Canseco egresaron del Santa María Marianistas. En La Recoleta fue muy importante el cura Gastón Garatea para formar izquierdistas como Alberto Adrianzén y Gonzalo Portocarrero. Finalmente, Nicolás Lynch fue

una rara avis del miraflorino colegio Champagnat, donde sí era más raro encontrar rojos. Se trata de la llamada «catolización de la izquierda», según lo definió el mismo sociólogo velasquista-marxista Luis Pasara. La PUCP, dirigida por el jesuíta Felipe Mac Gregor (virtual padre de la «caviarada»), y la roja universidad belga jesuíta de Lovaina fueron las canteras universitarias posteriores entre estos marxistas burgueses, que no solían ir a San Marcos.

Antes de escindirse en varias facciones durante el 70 (el trotskismo con el POMR de Ricardo Napurí fue el primero en irse. Luego le seguirían el PCR de Manuel Dammert y Trinchera Roja), Vanguardia Revolucionaria tuvo una política de perenne confrontación con el velasquismo, al que consideraban reformista o hasta «fascista».

Por esos choques con el velasquismo es que uno de sus líderes más relevantes como Ricardo Letts —quien tuvo una eterna pugna ideológica con Edmundo Murrugarra— fue deportado a México en setiembre de 1970, mientras que un tribunal militar le impuso severas condenas a varios militantes de una escisión violentista llamada Vanguardia Revolucionaría-Político Militar en octubre de 1974 por homicidio, asalto a bancos e invasiones de tierras acaecidos dos años atrás.

Otro de su líderes más conocidos fue Julio Mezzich, un burgués limeño que se mimetizó con el campesinado andahuaylino, donde hizo familia con una comunera y participó en tomas de tierras. Mezzich, del que se dice llegó a estar muy cercano a Sendero, desapareció misteriosamente en los 80 y nunca más se supo de él.

Indudablemente, los dos retoños más importantes de Vanguardia Revolucionaria fueron sus honguitos UDP en los 70 (el nombre UDP lo acuñó Carlos Iván Degregori) y el PUM en los 80. La revista *Marka* fue su órgano de comunicación durante años, junto a su suplemento cultural *El Caballo Rojo.*

II. ¡Todo a balazo limpio, como Capone!

Vayamos a los hechos violentistas e ilegales que marcaron el actuar de la izquierda peruana en la década de 1960: las tomas de tierra en el valle de La Convención en Cusco, donde el trotskista Hugo Blanco sería el protagonista, y los conatos de una amplia lucha guerrillera casuista del Movimiento de Izquierda evolucionarla (MIR) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN).

Primero a las guerrillas. Estas aparecieron dentro del dogma marxista leninista de que el poder debe ser tomado por la fuerza y no por los votos, de que una pequeña minoría iluminada «sabe» lo que le conviene al resto y que los problemas sociales pueden empezar a solucionarse a balazo limpio, asesinando opositores, destruyendo y robando bienes ajenos, obligando a los jóvenes a integrar sus filas, ocupando territorios, alentando la injerencia de extranjeros en los destinos del país y otras acciones criminales similares. ¡Toda una lógica digna de mañosos, enmascarada bajo el concepto de «lucha armada»! Bastó un cóctel compuesto por un grupo de jóvenes románticos y de fracasados políticos radicalizados para que este fenómeno azote por primera vez a nuestro país.

Los líderes en el MIR fueron Luis de la Puente Uceda, Guillermo Lobatón, Máximo Velando, Elio Portocarrero y Gonzalo Fernández Gaseo.

De la Puente Uceda y Fernández Gaseo provenían de las canteras del APRA rebelde, grupo que en 1962 deviene en el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR, que significa también «comunidad campesina» en ruso. Este tan poco original nombre ha sido usado incontables veces por la izquierda en distintos países).

El MIR se lanzó a la violencia en junio de 1965 y se organizó en tres frentes, que recibieron nombres incaicos:

- Pachacútec: en el sur (fusco), a cargo de Luis de La Puente Uceda y Rubén Tupayachi.
- Túpac Amaru: en el centro (Junín), comandado por el limeño Guillermo Lobatón y el ayacuchano Máximo Velando.

Manco Cápac: en el norte, dirigido por Gonzalo Fernández Gaseo,

Elio Portocarrero y Pedro Macines: no llegó a entrar en acción por la temprana detención del coordinador Macines.

El Frente Atahualpa, en Cajamarca y Lambayeque, dirigido por Emiliano Sánchez Lora, y el César Vallejo, en La Libertad, abortaron. Fernández Gaseo intentó reconstituir una columna en Ayabaca (Piura), pero terminó huyendo al Ecuador ante el asedio militar.

El MIR combinó aventurensmo, voluntarismo, romanticismo y mucha estupidez: este grupo se lanzó a la guerra sin bases partidarias sólidas, soportes urbanos, circuitos clandestinos de financiamiento (aunque se hablaba de dinero de Pekín), apoyos campesinos, flujos de armamento y conocimientos geográficos profundos de los teatros de operaciones, imitando a la ya estudiada táctica militar casuista y esperando que a sus acciones se repliquen en todo el territorio nacional, en un país donde la izquierda no llegaba ni al 5% de votos ni existía un impopular dictador como el derrocado Fulgencio Batista (es más, Odría arrasó en las llamadas *barriadas* limeñas).

Además, las fuerzas del orden ya estaban advertidas que De la Puente iba a intentar esta aventura. El mismo la anunció el 7 de febrero de 1964 durante un minúsculo mitin en la limeña plaza San Martín. Meses después también se lo comunicó, entre brindis, a un grupo de corresponsales extranjeros, y fue así como esa información se filtró a los Servicios de Inteligencia. Incluso un recientemente desclasificado informe de la CÍA daba cuenta de estas intenciones. El diario de derecha *La Prensa* no dejó de adelantar información bastante exacta de que se venía un rural movimiento insurreccional castrista.

Sin embargo, el ministro del Interior belaundista Miguel Rotalde, que era marino, cometió el error de llamarlos «abigeos» al inicio de sus operaciones, dado que las primeras acciones guerrilleras fueron de robo de ganado y de cosechas para alimentarse. Años después se le atribuyó erróneamente este dicho a Belaunde respecto a los primeros brotes senderistas en la década 1980. Incluso la revista *Caretas* se burló de estos dichos ingenuos de Rotalde al calificar de «guerrigeos», en su portada de junio de 1965, a los guerrilleros del MIR. Luis de la Puente respondió a un cuestionario escrito en esa misma edición. Allí, ingenuamente, reveló su estrategia militar.

Según Philip Agee, un agente de la CIA que luego reveló secretos de esta organización en varios libros, sus colegas lograron infiltrar un «topo» peruano en el MIR poco antes del inicio de operaciones, quien proporcionó inteligencia vital para derrotar a esta banda criminal. Su nombre en código

fue DUHAM-1 y tanto Agee como otros izquierdistas especulan con que este "topo" habría sido Enrique Amaya Quintana o Julio Colán Castillo. En retribución, la CIA habría ocultado a este infiltrado después en México, junto a su familia, tras recibir un generoso pago.

Con toda esa información, el Ejército liquidó muy rápidamente la demencia! aventura de estos *«boys scouts»* comunistas: la columna de la Puente, Rubén Tupayachi, Edmundo Cuzquén y Paúl Escobar fue exterminada en octubre de 1965 en Mesa Pelada, Cusco (los restos del aventurero marxista De la Puente fueron hallados en el año 2005, por la revista *Caretas,* en la zona de Choquellohuanca).

Petardos colocados en el interior del Club Nacional y el Hotel Crillón (4 de julio de 1965) deciden al gobierno a actuar con la mayor severidad contra la guerrilla. Así, hasta se ejecutaron bombardeos con napalm (gelatina incendiaria). La columna de Lobatón y Velando, que los medios estimaban que estaba formada por 60 hombres, fue desalojada de su fortín en Pucutá en agosto de 1965, tras asaltar la hacienda Runatullo y la mina Santa Rosa, además de volar los puentes Mareniyoc y Canchapalca. Al replegarse lograron una fugaz alianza con los asháníncas.

La mayor «victoria» de la banda armada «Lobatón-Velando» se registra en la emboscada del desfiladero de Yahuarina, donde el mayor GC Horacio Patino y nueve guardias civiles pierden la vida. El 9 de junio de 1974 unos rojos cobardes dinamitarían el monumento limeño a estos héroes. Los Lobatón-Velando son gradualmente cercados y mermados por el Ejército, hasta que son cazados en enero de 1966.

Así, en ocho meses terminó la infantil aventura del MIR, que el intelectual comunista francés Régis Debray, famoso por haber sido capturado en Bolivia junto a elementos de apoyo guevaristas, calificó como "el mayor fracaso (guerrillero) de Latinoamérica". Sin embargo, siempre se sospechó que la sofisticada voladura total del auto Mustang de Enrique Zileri, director de *Caretas,* en enero de 1966, fue el último coletazo del MIR.

Como dato curioso, el futuro candidato presidencial liberal Mario Vargas Llosa firmó en París, junto a Julio Ramón Ribeyro, Hugo Neira, Alfredo Ruiz Rosas y otros intelectuales, un comunicado de apoyo a estas guerrillas en julio de 1965, titulado «Toma de posición». O sea, vivan las balas y abajo los votos... Vargas Llosa tampoco ahorraría loores a Lobatón, a quién calificó de «extraordinario» en una carta al posteriormente periodista «parametrado» Francisco Moncloa, quien fue años después uno de los «mastines de la revolución» en el *Expreso* confiscado a Manuel Ulloa por Velasco junto a Alberto Ruiz Eldredge, Rafael Roncagliolo (ahora engreído de la presidenta Nadine), Hernando Aguirre Gamio, Efraín Ruiz Caro, Paco

Landa, Guillermo Sheen Lazo, Humberto Damonte, el filósofo Leopoldo Chiappo, el escritor José Adolph, Luis Pasara, más los colaboradores cegetepistas (Gustavo Espinoza) y otras «joyas» más de ese infame periodismo rojo-velasquista, flor de insulto y agresividad.

Otro mesiánico grupúsculo comunista que intentó su «safari» guerrillero fue el Ejército de Liberación Nacional (ELN: la izquierda siempre ha sido repetitiva y poco original para designar a sus bandas armadas), fundado en 1960.

Sus líderes fueron Juan Pablo Chang Navarro (quien murió abatido junto al *Che* Guevara en 1967), Héctor Béjar (futuro colaborador de la dictadura velasquista tras ser amnistiado por esta) y Edgardo Tello. Curiosamente, lo que queda de Sendero Luminoso opera en estos días en la zona del Vraem, donde otrora el ELN emprendió su mañosa aventura ideologizada.

Pero el héroe emblemático del ELN fue el poeta miraflorino Javier Heraud Pérez, un tímido y chancón muchachito burgués miraflorino, que fue fácilmente abatido en Puerto Maldonado (el 15 de mayo de 1963) cuando, después de un precario entrenamiento militar en Cuba, quiso jugar a la guerra bajo el seudónimo «Rodrigo Machado», tal como el poeta Lord Byron cuando participó de la revolución griega contra el Imperio otomano. Al parecer, la idea de Heraud y esta columna armada de 15 «elenistas» era contactar con Hugo Blanco en La Convención y armar allí una orgía de violencia.

Heraud fue acribillado por la Policía y los pobladores, indignados por el asesinato del sargento Aquilino Sam Jara, abatido por uno de esos seis «elenistas» —Héctor Béjar, Alain Elias, Pedro Moróte y el posterior periodista Abraham Lama estaban entre ellos—, que habían entrado a la ciudad como «avanzada» y que fueron detectados por los uniformados al solicitarles documentos de identidad. El talentoso Heraud murió a los 21 años y fue una de las primeras víctimas jóvenes de las miles que siguieron después, promesas de vidas sacrificadas irresponsablemente por un dogma totalitario políticamente y absurdo económicamente.

En diciembre de 1965, el ELN estableció su Frente Javier Heraud en Ayacucho e inició su violencia homicida: ocupan la hacienda Chapi y ejecutan cobardemente a su propietario Gonzalo Carrillo Rocha, junto a su joven sobrino Miguel Carrillo Cazoria. El execrable crimen genera una fuerte reacción de repudio en Lima y el Ejército inmediatamente parte tras los asesinos.

El ELN es rápidamente rodeado y exterminado en enero de 1966. El

cabecilla Béjar logra huir, pero es detenido en Lima y encarcelado hasta que el dictador Velasco lo libera en 1970 y le da trabajo en el tristemente célebre Sinamos, el brazo político del régimen militar, ente conocido también como «La Aplanadora» por el dogmatismo de los izquierdistas que lo integraban. Ya hablaremos de ellos posteriormente.

La lucha contra estas bandas criminales comunistas le costó al Ejército la vida de un oficial y 14 soldados, mientras que la Policía perdió dos oficiales, 18 agentes y un sanitario. Se estima que el Estado peruano gastó unuí> 10 millones de dólares de la época en financiar la lucha antiguerrillera, equivalente a unos 70 millones de dólares actuales.

No hay que olvidarnos del grupo trotskista local POR o la Banda Roja, que quiso iniciar una guerrilla en el Perú junto a «troskos» argentinos. En busca de financiamiento, asaltaron (llamaban «expropiar» al acto de robar bancos) primero una sucursal del Banco Popular (diciembre de 1961) y otra del Banco de Crédito (abril de 1962) en plena avenida Larco.

Como actuaron de una manera bastante *amateur,* uno de los empleados reconoció a uno de los asaltantes como un condiscípulo de la UNI, lo que facilitó la identificación de toda esta célula trotskista.

Acosada en Lima, la Banda Roja fuga desordenadamente al Cusco, con sus miembros escondidos en un camión, y allí es totalmente desmantelada por la Policía. Los incidentes de esta aventura criminal fueron benevolentemente retratados en el libro *Abisa a los compañeros* (el terrorista escribió su advertencia con ese error ortográfico), de Guillermo Thorndike, del que también se hizo una bastante olvidable película en 1980, protagonizada por Orlando Sacha y dirigida por Felipe Degregori.

También los «troskos» tuvieron otra acción armada en mayo de 1962: asaltaron un banco y las dos comisarías de Jauja. El ataque fue desbaratado y murieron el cabecilla Francisco Vallejos (que era policía), junto al radical dirigente campesino Humberto Mayta. Sobrevivió el sindicalista «trosko» Jacinto Rentera.

Hugo Blanco y la agitación campesina

Antes de ser líder agrario trotskista, Hugo Blanco simpatizó con el APRA en su juventud, influenciado por un hermano. Hijo de un juez, el joven Blanco parte a la Argentina entonces peronista a estudiar Agronomía en 1954, donde se vuelve trotskista. Regresa al Cusco y, tras formar un sindicato con los canillitas, se dedica a hacer «trabajo político» («agitación», en buen romance) en el valle semiselvático de La Convención. En 1962 dirige la parcelación de tierras de la hacienda Santa Rosa, ubicada en Chaupimayo, de propiedad de la familia Romainville.

En Lima, el diario *La Prensa* magnifica a Blanco como si este fuera un nuevo Fidel Castro. Con tanta publicidad gratuita, el ejemplo se extiende por toda La Convención y la vecina Lares. Los comunistas urbanos cusqueños fueron especialmente críticos con Blanco, seguramente por ser este un hereje trotskista.

La agitación generada provoca que la junta militar de Pérez Godoy y Lidley disponga una especie de reforma agraria, circunscrita solamente a La Convención. Blanco y un grupo de campesinos atacan el puesto policial de Pucyura, donde el cabecilla trotskista, que usaba el alias *Condón,* asesina personalmente al guardia civil Briceño, cuando este se negó a abrir la armería. Otros dos policías caerían abatidos en una emboscada en Mesacancha por la columna de Blanco. Las fuerzas del orden reaccionaron, desbarataron al grupo y capturaron a Blanco, que se había escondido en una cueva como la fiera peligrosa que era.

Juzgado en Tacna, Blanco salvó por poco de la pena de muerte (le ayudó mucho el libro *Cusco, tierra* y *muerte,* de Hugo Neira, y las cartas de Jean-Paul Sartre a Belaunde) y fue condenado a 25 años de prisión en 1966, tras un proceso mediático que duró dos años. Indultado por Velasco, Blanco partió pronto desterrado a México (1971). De su actuación política posterior hablaremos más adelante.

Otros hechos más destacan en la historia de la izquierda de los años 60:

1. El tercer lugar con 14% de los sufragios (106 mil votos) obtenido por el candidato Carlos Malpica y su Unidad de Izquierda, en las elecciones complementarias de noviembre de 1967. Estas se convocaron con motivo de la muerte del escritor Ciro Alegría, que era diputado oficialista por Lima. En aquella época no había, como ahora sí, la figura del diputado accesitario para ocupar una curul

que hubiese quedado vacía. En estos comicios es que el candidato opositor (Coalición APRA-UNO) Enrique Chirinos Soto derrotó holgadamente (45%) al candidato oficialista Carlos Cueto Fernandini (38%), debilitado políticamente por los efectos de la tuerte devaluación (50%) del sol peruano acaecida en agosto de ese año. Como anécdotas: Alfonso Barrantes casi, casi es el candidato de UI en lugar de Malpica. Y el mitin de lanzamiento del exaprista Malpica (el 6 setiembre de 1967), en la plaza San Martín, fue brevemente interrumpido por un violento ataque de los «búfalos» apristas.

2. La refundación de la central obrera comunista CGTP, sobre el Comité de*Unificación Sindical (CDUS), gremio constituido en 1966 sobre la base de los sindicatos de Construcción Civil, Gráficos, Telefónicos y Bancarios. Con ello se inicia un proceso de auge gremial comunista frente a la por entonces hegemónica Confederación de Trabajadores del Perú aprista.
3. La captura de las representaciones estudiantiles en la mayor parte de universidades públicas y privadas, desde su triunfo en la Federación de Estudiantes del Perú en 1959 y 1963.
4. El inicio de una larga hegemonía en el mundo artístico e intelectual, lo que aún lamentablemente subsiste y nos hace escuchar las peores estupideces de gente supuestamente muy inteligente y educada.
5. El copamiento ideológico de amplios sectores de la Iglesia peruana, particularmente los jesuítas, de donde incluso salieron varios colaboradores del velasquismo (Romeo Luna Victoria, Ricardo Morales) o Felipe Mac Gregor, el rector de la PUCP que tanto ayudaría a la formación de la «caviarada». Se formó además el movimiento clerical Oficina Nacional de Información Social (ONIS), muy cercano al régimen y liderado por los sacerdotes de izquierda Gustavo Gutiérrez, Gastón Garatea y Jorge Alvarez Calderón, mientras que el cuasi eterno cardenal limeño Juan Landázuri Ricketts fue un aliado pasivo por su tibieza ante los atropellos y abusos.

Pero un inesperado golpe militar cambiaría radicalmente la suerte de la hasta entonces marginal al poder izquierda peruana.

Cuarto capítulo

«Sudaremos, sudaremos, sudaremos»

Desde comienzos de 1968, todos los rumores callejeros hablaban de un posible golpe militar. Hasta la revista cómica La Olla ponía la noticia en su portada el 5 de setiembre de ese año como casi un hecho inminente. Un cuartelazo más era, por entonces, muy factible, desde que el sistema democrático se había desprestigiado colosalmente por la dubitativa gestión del presidente Belaunde, su desgastante parálisis frente al contencioso con la IPC, la maxideValuación del 31 de agosto de 1967 (que desató un proceso inflacionario), el asedio continuo del Legislativo al Ejecutivo, y la conjunción de muchas poderosas voluntades en contra de la posibilidad de que Haya de la Torre ganara las cercanas elecciones presidenciales de 1969, pues no tenía ningún rival al frente, dado que Acción Popular estaba irremediablemente fracturada en dos facciones irreconciliables: la tradicional línea belaundista y el cada vez más poderoso izquierdista seoanismo de los llamados «termocéfalos».

Asimismo, el acciopopulismo estaba muy desgastado por el ejercicio del poder. El apogeo de Belaunde se dio en abril de 1967, cuando tuvo una actuación espectacular como orador (para eso nomás servía...) en la reunión de presidentes americanos en Punta del Este, Uruguay.

De allí para él todo fue en declive. Desde comienzos de 1968, el izquierdista Edgardo Seoane (luego embajador del velasquismo) controlaba la mayoría del aparato partidario al haber sido elegido secretario general en la convención de Cajamarca y manejar al 60% de la bancada. Incluso, el rebelde Seoane fue proclamado por mayoría como el candidato presidencial oficialista en junio de 1968 y su facción intentó capturar a golpes la sede central de AP a finales de setiembre de ese mismo año.

Por otro lado, el ajuste económico, implementado por el ministro Ulloa, basado en aumentos de impuestos y aranceles, amén de recortes de gasto público, no favoreció precisamente la popularidad de Belaunde. Se sabía además que Seoane contaría posiblemente con el apoyo del casi nonagenario e intensamente antiaprista Luis Miró Quesada de la Guerra, director de *El Comercio* desde 1932.

Ala UNO le sucedía algo similar. Estaba fracturada entre los seguidores del exdictador Manuel. Odría y aquellos alineados con el senador Julio de la Piedra en el Grupo de Acción Parlamentaria Independiente (GAPI) o Movimiento Social Democrático Nacionalista. La ruptura de la UNO se aceleró cuando Odría persistió en apoyar infructuosamente la candidatura del también odriista Rafael Puga contra el disidente De la Piedra para la

presidencia del Senado en 1967. Inclusive, esa división les costó perder la presidencia de Diputados en 1968. Posteriormente, a pesar de varios puentes tendidos para limar asperezas, Odría anunció que De la Piedra y sus disidentes jamás volverían a la UNO.

Por otro lado, la Democracia Cristiana seguía siendo muy marginal —siempre serían los célebres «4 gatos», como les bautizó el humorista Sofocleto—, mientras que el Partido Popular Cristiano era aún relativamente desconocido en el país, salvo en Lima, por la buena gestión del alcalde metropolitano Luis Bedoya Reyes (se rumoreó por aquel tiempo que este quiso ingresar a AP y que fue vetado por el dirigente acciopopulista Osear Trelles). Desde aquel tiempo comenzó la injusta fama de elitista de este partido, que años después sería bautizado como el «Partido de los Gerentes» por la izquierda. Una conocida broma política limeña de 1980 fue: «¡Si eres pituco y bacán, vota por el Tucán!».

En todo caso, se especulaba que Bedoya sería el candidato del belaundismo en 1969, aunque el ministro de Economía Manuel Ulloa y el expremier Raúl Ferrero Rebagliati también eran voceados para este difícil encargo. Cabe remarcar que para esta ocasión no se avizoraba un inesperado *outsider.* Para horror de Luis Miró Quesada de la Guerra, el todopoderoso director de *El Comercio,* y de los sectores antiapristas, todo indicaba que esta vez Haya de la Torre ganaría casi por W, O. en los cercanos comicios presidenciales de junio de 1969.

Don Luis aborrecía y había instigado todas las persecuciones al APRA desde que su hermano José Antonio y su esposa habían sido asesinados por un aprista en la puerta del Club Nacional el 15 de mayo de 1935. Desde entonces haría todo lo posible por impedir que Haya sea presidente, lo que había logrado por varias décadas. Eso explica en gran parte las inaceptables portadas golpistas que tuvo *El Comercio* en las semanas previas al *putsch* velasquista, como también el apoyo a Velasco en sus primeros años.

Bajo la administración de don Luis, *El Comercio* tuvo una línea política «caviarona», mientras que en lo económico era proteccionista en cuanto al comercio internacional, intervencionista en el mercado, estatista en cuanto consideraba «estratégicos» a algunos sectores de la economía y partidaria del control de cambios en cuanto al dólar. La línea editorial era cucufata y conservadora; siempre apelaba al concepto de «cultura occidental y cristiana», de simpatías muy cercanas a la Iglesia. Lo peor de todo en Luis Miró Quesada era su aceptación del militarismo como algo normal dentro de la vida política del país. Sin embargo, Velasco terminó confiscando su diario en 1974.

A Un imnortante sector de la derecha prnnñmirn nn If* /HpcíjcrrarlaKa noria

otro dictador «que pusiera orden» como Odría y que asumiera el poder en lugar de los aún poco confiables apristas. Se decía que el por entonces preponderante «Imperio Prado», posiblemente el grupo económico más importante del país, había apadrinado por años al general Juan Velasco Alvarado, tal como lo hacía con otros militares, y que este era su carta para retomar el poder y sanear así las cada vez más complicadas cuentas del Banco Popular, su buque insignia.

Estas versiones aseguraban que el «Imperio Prado» había estado detrás de los ascensos de Velasco hasta la actual presidencia del Comando Conjunto, que le habían ayudado económicamente tanto para un tratamiento médico como para construir su residencia en la calle Roca y Bologna (Miraflores) y que habían gestionado que sea nombrado en la apetecida agregaduría militar en París (curiosamente, por los pasillos de la embajada peruana en París han caminado las botas de cuatro presidentes militares: Benavides, Sánchez Cerro, Velasco y Húmala).

No menos importante era la situación interna del Ejército, que se sentía acorralado por una sería denuncia de contrabando masivo desde Panamá para los bazares militares, que involucraba en realidad a gran parte de las tres instituciones armadas: una toma de poder impediría, como efectivamente ocurrió, que las pesquisas progresasen y muchos generales y almirantes terminasen presos.

El excongresista aprista Héctor Vargas Haya escribió mucho sobre el tema, que llegó a convertir en la obsesión de su vida política. El mismísimo general Artola le confió al periodista Alfonso Bacila que Velasco en persona ordenó desaparecer los archivos de la comisión congresal que investigaba este delito. La pérdida de todas las cajas ele dicha comisión es corroborada por Luis Alberto Sánchez en sus memorias.

Otros factores internos poderosos entre los uniformados eran la indignación nacionalista (al fin y al cabo, los militares siempre son patrioteros) por la conducta arrogante de la intocable International Petroleum Company (sucursal de la gigantesca petrolera estadounidense Exxon) respecto a los campos de crudo que operaba, junto a una refinería, en Talara y el convencimiento mesiánico de les tocaba «salvar» al país, ya que los civiles habían fracasado en el poder para realizar una profunda reforma agraria, que, a su juicio, se requería urgentemente para evitar una victoriosa insurrección comunista, que era un trauma que le había quedado a los militares tras la aparición de las guerrillas de 1965.

Desde la creación del Centro de Altos Estudios del Ejército en 1950 (que pasó a llamarse CAEM en 1954 y finalmente CAEN en 1997) por el general José del Carmen Marín Arista, el pensamiento del Ejército había

virado sigilosamente a la izquierda: un profesorado de esa línea política había lavado el cerebro a muchos oficiales con sus ideas «progres». Los maestros ingresaron por la absurda negativa de Pedro Beltrán de dejar que sus cuadros de derecha fueran profesores en el CAEN.

Tampoco hay que dejar de lado la influencia que las misiones militares francesas dejaron en nuestro Ejército al reestructurarlo. Los militares franceses les transmitieron ideas «dirigir^tas» en lo económico y de «intervencionismo» en lo político, reforzando la «visión» de «tutelar al país» y «salvar a la patria». Y ojo que tres agregados militares en Francia han sido presidentes del Perú (Benavides, Sánchez Cerro y Húmala).

El lema de esta institución «las ideas se exponen, no se imponen» fue motivo de muchas ironías durante el velascato.

No olvidemos tampoco que la composición social del Ejército había variado mucho y ya no era usual encontrar los típicos apellidos de la clase alta y media alta entre sus oficiales. También había calado mucho la vieja acusación de apostas e izquierdistas de que tan solo eran «los guardianes de la oligarquía».

La misma revista *Caretas,* en noviembre de 1962, refería que ya en el Ejército existían oficiales —se hablaba de coroneles— de «ideas izquierdistas bastante radicales», cuya intención era realizar «la gran transformación, la Revolución peruana». Estos oficiales pertenecían al círculo del general Juan Bossio Collas, el ya retirado exministro de la Junta de 1962 (fue apartado por anunciar que ese régimen iba a resolver ya el problema con la IPC, lo que no hubiera sido malo...), inquietante creador del Servicio de Inteligencia del Ejército y posterior colaborador velasquista. Siempre se ha dicho que Bossio Collas fue el mentor intelectual de la camarilla militar roja de Fernández Maldonado, Leónidas Rodríguez, Enrique Gallegos Venero y otros golpistas velasquistas. Terminó su vida política de escudero de Cornejo Chávez en la Democracia Cristiana. Según el periodista Augusto Zimmermann, aquel estrecho lacayo del dictador que no vaciló en traicionar a su mentor Luis Miró Quesada para treparse a la tiranía, la primera conversación de Velasco con los coroneles golpistas Enrique Gallegos Veneros y Leónidas Rodríguez, ambos izquierdistas que trabajaban en la Inteligencia del Ejército (esto último no es un oxímoron), se dio el 21 de abril de 1968. Gallegos sondeó primero a Velasco, quien no mostró su disgusto ante la idea.

Ya por aquel entonces existía un grupo de coroneles peruanos que eran muy similares en pensamiento a los militares nacionalistas, estatista e izquierdistas que acompañaron años atrás a tomar el poder al dictador egipcio Gamal Abdel Nasser. Por eso se tildó inicialmente de «nasserista» al

régimen de Velasco. El núcleo duro de golpistas estaba integrado por Velasco, Gallegos y Leónidas Rodríguez, junto a Edgardo Mercado Jarrín, Ernesto Montagne, Jorge Fernández Maldonado y Rafael Hoyos Rubio. Todo peruano debe recordar estos nombres con reprobación y repulsa, pues hundieron al país por décadas al instaurar la tiranía más demagógica, inepta y confiscatoria que hemos sufrido. Pronto se les unieron otros generales, como Alfredo Arrisueño, y las infames reuniones conspiratorias se centraron en un departamento ubicado en el miraflorino edificio Marsano, donde supuestamente se elaboró un programa golpista llamado «Plan Inca» (muchos afirman que esto fue una invención posterior de Zimmermann).

Al parecer, los golpistas ya habían abandonado la idea de tomar el poder ante el repentino fortalecimiento de Belaunde con la inesperada «Acta de Talara», un documento que fue fruto de una maratónica y tensa negociación durante toda la noche del 13 de agosto y que supuestamente solucionaba definitivamente el diferendo con la IPC: la refinería quedaba retenida por la empresa estadounidense y la gran mayoría de los campos petroleros pasaban al Perú. Ni el Estado indemnizaba a la petrolera por los campos, ni esta pagaba tributos supuestamente adeudados. También la cercanía (escasos ocho meses) de las elecciones generales de 1969 desanimaba a los golpistas.

El golpismo tuvo un nuevo impulso cuando *El Comercio* publicó el 13 de setiembre que 36 generales del Ejército habían «evaluado» el Acta de Talara y que 29 la habían rechazado. ¡Al diario más importante del país le parecía «normal» que las Fuerzas Armadas fuesen deliberantes, algo prohibido constitucionalmente!

Pero finalmente un hecho providencial les otorgó la excusa deseada: la desaparición de la llamada «página 11» (o folio 28160934), ubicada dentro de un contrato entre la IPC y el Estado peruano. El denunciante fue nada menos que Carlos Loret de Mola, el presidente de la petrolera estatal EPF, que el martes 10 de setiembre anunció por TV la desaparición de esa hoja.

Según el denunciante, en esa página se encontraban datos más vitales del contrato, como el precio a pagar por barril refinado (2,30 dólares), el margen neto para la IPC (1,08 dólares) y su firma aceptando el contrato, mientras que sus opositores siempre han afirmado que Loret de Mola actuó así básicamente por resentimientos con Belaunde y que ese último folio había sido arrancado por alguna distraída secretaria al no encontrarse allí más que unas informales anotaciones a mano sobre cálculos del tipo de cambio a aplicar, que no formaban parte del documento y que el precio —en soles, no en dólares, como figuraría en la supuesta página desaparecida— ya estaba de todas formas detallado en las páginas anteriores. El ministro de

Hacienda Manuel Ulloa criticó el 8 de setiembre la renuncia de Ulloa a la presidencia de la EPF. Esto provocó la aparición televisiva de Loret de Mola, pero la situación empeoró aún más cuando el 12 de octubre Ulloa salió en televisión para ofrecer una desatinada réplica.

Se desató así un huracán de grado 10 en la política peruana: acusaciones de traición a la patria en los foros políticos, portadas tremendas en El comercio, una percepción generalizada de alineamiento del oficialismo con la posición de la IPC y el debilitamiento total del ya anémico régimen belaundista.

Otro indicio claro de que se avecinaba un *putsch* fue la reacción de Velasco a unas declaraciones del ministro de Aeronáutica, José Gagliardi, quien enfatizó el respaldo de las Fuerzas Armadas al orden constitucional el 21 de setiembre. En respuesta a eso, un insolente Velasco declaró que el ministro de Aviación no era el vocero autorizado de las Fuerzas Armadas. Belaunde le llamó débilmente la atención al día siguiente en Palacio, cuando lo que correspondía era destituirlo, y solo le exigió que en adelante declarara solamente por escrito.

Asimismo, Armando Villanueva le refirió a amigos cercanos en setiembre de ese año que había conversado con el premier Hercelles sobre un golpe inminente. Lo mismo comentaron otros ministros del régimen con amigos. Incluso, el mismísimo Velasco le ofreció sin ruborizarse al periodista Arturo Salazar el puesto de jefe de informaciones de su próximo régimen durante una recepción en la embajada chilena, como narra el colega Federico Prieto Celi. Salazar le cuenta esto al historiador Jorge Basadre y este confirma el complot con un amigo general. Ambos llaman a Palacio e informan del hecho.

Velasco había dado motivos para pasar a retiro, pero Belaunde siempre fue débil. De hecho, se piensa que se decidió tomar esa medida, aprovechar un viaje del militar a una reunión castrense en Brasil a fines de setiembre, pero a última hora el golpista decidió no ir y envió en su lugar al general Ernesto Montagne.

Según Luis Alberto Sánchez, Belaunde debió optar por un gabinete militar en vez de su último gabinete civil para evitar el golpe, medida que hoy suena inaceptable: los militares no son un partido político ni deben intervenir en política. Tal vez en ese momento la única opción para frenar el golpe sin purgas militares hubiese sido el adelanto de las elecciones generales de junio de 1969 para el verano de ese año.

El mismo Sánchez cuenta en sus memorias que su amigo argentino Gabriel del Mazo, aquel protagonista del movimiento continental de reforma

universitaria de 1918, le advirtió el 25 de setiembre que militares de su país le habían comentado en Buenos Aires que era inminente un golpe militar en Perú, advertencia que Sánchez comunicó a su partido, el APRA. Pero nadie hizo nada...

El 30 de setiembre, desde Panamericana Televisión, el líder aprista Armando Villanueva, la principal cabeza de oposición en el Congreso, exigió un nuevo recambio de gabinete. Fue así como el gabinete presidido por el médico Oswaldo Hercelles llegó a su fin el 1 de octubre, con la estupidez del APRA como cómplice involuntario.

El golpe

Le costó mucho a Belaunde hallar a alguien que quisiese cargar con el muerto del premierato, hasta que el millonario y «socialité» Miguel Mujica Gallo aceptó reemplazar al médico Oswaldo Hercelles, quien moriría deprimido en el destierro durante las Navidades de 1969.

De hecho, cuentan que el mismísimo premier Hercelles reveló en una reunión, dos semanas antes del golpe, que el gobierno sabía de un complot en marcha y que estaban impotentes ante el poder de Velasco. Este gabinete Mujica no llegaría a pasar el día de vida, pues el primer belaundismo sería derrocado en la misma madrugada de su juramentación por Velasco, que en un acto de traición fue ese mismo día a Palacio a saludar al presidente constitucional y los nuevos ministros.

A pesar de todos los indicios de golpe, Fernando Belaunde no adoptó ninguna medida para desactivarlo, y podría decirse que hasta lo favoreció con sus torpezas, como, por ejemplo, con la remoción de *El Machote* Rodríguez Razzeto de la Comandancia del Ejército. Este era un solterón general constitucionalista de mucho ascendiente en su arma, al que Velasco respetaba y hasta temía. Sin su concurso, un golpe era imposible.

La infeliz medida de Belaunde se tomó por un supuesto antiaprismo conspirador de Rodríguez Razzeto y por oposición a que el general Francisco Morales Bermúdez fuera nombrado ministro de Economía belaundista de marzo a mayo de 1968 (esta fue una jugada de Belaunde para intentar asustar al APRA con un militar al frente y así que este partido cediera en su necio obstruccionismo al necesario ajuste tributario:). Fernando Belaunde envió a Rodríguez Razzeto a Estados Unidos en abril de 1968, al

exilio dorado de la Junta Interamericana de Defensa. Ya en la dictadura velasquista, los socios del hipódromo lo elegirían como presidente del Jockey Club y así evitar que Velasco estatizara al club para construir allí un estadio y un «parque popular».

Los pérfidos golpistas lograron con engaños que el coronel Alfredo Belaunde, que comandaba la estratégica división blindada en Lima y era pariente del presidente constitucional, asistiera al teatro esa noche con unos boletos regalados, con lo cual se aseguraron el control de los tanques para tomar Palacio de Gobierno, operación que comandaron los oficiales Rafael Hoyos Rubio y Enrique Gallegos Venero, otros dos militares que deben quedar en la ignominia eterna por traicionar al orden constitucional, junto a sus cómplice oficiales subalternos Gonzalo de la Rocha, Justo Jara, Martín Martínez Garay, Clifford Casas, Alfredo Palacios, Jorge Montesinos y un capitán Ormachea.

Así, a las 2:12 a.m. se capturó a Belaunde y se le deportó horas después a Argentina, donde el derechista dictador local Juan Carlos Onganía no le permitió regresar al Perú en el vuelo Buenos Aires. Lima del 4 de octubre para intentar retomar la presidencia.

Sin embargo, el golpe no contaba con el apoyo de la Armada, comandada por el almirante Mario Castro de Mendoza, que pidió su pase al retiro por su desacuerdo. Los únicos felones golpistas allí fueron los contralmirantes Alfonso Navarro y De las Casas.

Tampoco la Fuerza Aérea, bajo el general Alberto López Causillas, sintonizaba con el *putsch.* Aquí fue determinante la complicidad en la base de Las Palmas de los golpistas coroneles FAP Chamot Biggs y Obradovich. La traición de Jorge Chamot a la Constitución que juró defender le valió ser nombrado el primer ministro de Trabajo de la dictadura. Recién al mediodía del 3 de octubre es que estas dos armas se pliegan totalmente a la ruptura del orden democrático.

El general Roberto Dianderas Chumbiauca, ministro de Guerra, también colaboró con su cuestionable pasividad al ser notificado que se estaba tomando Palacio de Gobierno. Tras el golpe, corrió el runrún de que Velasco había tomado definitivamente esta decisión cuando Belaunde nombró a Dianderas como ministro de Guerra el 31 de mayo de 1968. Por tradición, ese puesto le debería haber correspondido a Velasco por ser el comandante general del Ejército y por estar por pasar al retiro en el verano de 1969. ¿Un humano despecho terminó de decidir la aventura golpista de Velasco? Nunca lo sabremos.

Distinta actitud a Dianderas tuvo el general Alejandro Sánchez Salazar,

que intentó contrarrestar el golpe. En verdad, Sánchez Salazar fue uno de los pocos militares dignos en esa época entre tanto felón.

Otro colaboracionista con el cuartelazo fue el titular de la Policía de Investigaciones del Perú, Hércules Marthans, quien después sería el feroz mastín del ministro del Interior velasquista Armando Artola en sus persecuciones y abusos.

Lo más premonitorio de lo que se nos venía a los peruanos fueron las primeras palabras del pésimo orador que era Velasco tras el juramento de la junta militar, que solo atinó a mascullar a la prensa: «Sudaremos, sudaremos, sudaremos». ¡Vaya que sus barbaridades harían sudar al país por varias décadas!

El belaundismo estaba tan desacreditado que apenas hubo alguna resistencia, básicamente de los universitarios apristas, en las calles. Luis Miró Quesada celebró el golpe en su oprobioso editorial del 4 de octubre, una flor de militarismo. Y Velasco, rápido en reflejos, borró ese mismo día del Estatuto Revolucionario (o sea, el clásico manifiesto de un cuartelazo) las palabras «en situación de actividad» respecto al conductor del régimen militar, pues por edad pasaba al retiro el 31 de enero de 1969.

Esa fue la primera vez que «madrugaría» a su premier, el general Ernesto *La Tortuga* Montagne, en sus aspiraciones presidenciales. Una segunda jugada de este tipo contra el lento Montagne se daría la mañana del 24 de enero de 1969, cuando el apoyo del general FAP Rolando Gilardi —un aviador muy servil a Velasco e impuesto por este como eterno titular de la FAP— impidió que Montagne tuviera unanimidad en la Junta Militar y relevara por votos al pasar al retiro Velasco, quien incluso sacó un arma durante una discusión posterior en el consejo de ministros que hubo por la tarde. Para que Velasco se mantuviera en la presidencia también fue decisiva una editorial de *El Comercio* que lo apoyaba.

Ese mismo 4 de octubre, la dictadura anularía el Acta de Talara. Pero el precario cuartelazo recién se afianzaría con la exageradamente aparatosa «toma» de las instalaciones de la IPC en Talara, el 9 de octubre al mediodía. Hasta se usaron blindados cuando bastaba un juez y un notario. Ese acto motivó una euforia nacionalista que le dio oxígeno político a la naciente dictadura y por eso se ordenó que el 9 de octubre fuera en adelante un feriado llamado el Día de la Dignidad Nacional, que se celebró hasta 1975.

A esta «toma» pronto le seguiría otra similar contra la prensa. El 1 de noviembre fueron clausurados por unos días la revista *Caretas* y el diario *Expreso* (aún de propiedad del político belaundista Ulloa), así como Radio Noticias y Radio Continente (dos emisoras cercanas al APRA) por unos

días.

Desde entonces comenzaría el calvario de cierres y deportaciones que sufriría la prensa libre bajo el velascato, siempre por las instigaciones de Augusto Zimmermann, exjefe de redacción de El comercio y exhombre de confianza de Luis Miró Quesada. Zimmermann pasó a comandar la temida Oficina Central de Informaciones, la fuente de toda la censura velasquista. ¡Caiga la ignominia eterna sobre la cochina memoria de este sujeto que traicionó y maltrató así a su gremio!

Velasco hostigó, deportó entre los aplausos de sus aliados izquierdistas— a acciopopulistas, apristas y a muchos periodistas, como a Enrique Zileri (revista *Caretas),* a su inicial aliado Paco Igartua (revista Oiga), al columnista Luis Rey de Castro, al humorista Sofocleto, Arturo Salazar Larraín y Óscar Díaz Bravo *(La Prensa),* etc. ¡Hasta el cómico Tulio Loza fue exiliado a Venezuela por imitar al dictador en TV!

Talara, jueces y los primeros abusos

El nuevo régimen militar se afianzó con la toma de las instalaciones de la IPC, el 9 de octubre siguiente. Esa acción, como hemos dicho antes, generó un orgasmo nacionalista entre los peruanos que le otorgó cierta legitimidad a la dictadura. La toma originó fricciones con Estados Unidos, que amenazaba con aplicar la «enmienda Hickenlooper» al Perú, disposición creada por el senador republicano Bourke Hickenlooper originalmente contra la Cuba casuista y que aplicaba duras sanciones económicas estadounidenses a los países que expropiaban bienes de firmas yanquis sin compensación.

Mientras el Perú alegaba que no había nada que pagar debido a unos supuestos adeudos tributarios millonarios de la IPC, Washington sostenía que esos adeudos no existían y que Lima debía cancelar la expropiación. Otras expropiaciones velasquistas a intereses estadounidenses que motivaron a Washington amenazar al Perú con esta enmienda fueron el complejo agroindustrial W. R. Grace, la Cerro de Pasco Corporation, la Marcona Mining Company y varios bancos norteamericanos que operaban en Lima.

Después de muchos tiras y aflojas, de muchos golpes al pecho amenazantes y de bravatas antiimperialistas, el Perú firmó el convenio secreto «Mercado Jarrín-Greene» (o «De la Flor-Green», como también se le

conoce) el 9 de agosto de 1973 e indemnizó a la IPC de la siguiente manera: el Perú entregaba 76 millones de dólares a Estados Unidos por reclamos de nacionales de ese país y Washington se encargaba de cancelar todos los reclamos con ese dinero. Así el Perú se olvidaba de cualquier posible adeudo tributario. Debemos remarcar que anteriormente (de octubre de 1968 a eaero de 1969) Velasco permitió que la IPC repatriara 22 millones de dólares.

La prensa estadounidense reveló en 1974 que Velasco hizo además otros pagos, esta vez directos, a otras empresas yanquis por 74 millones de dólares, además de permitir más repatriaciones compensatorias de capitales. Con todos estos pagos entreguistas se desmoronó la coartada del supuesto nacionalismo petrolero que originó el golpe militar. Velasco atacaba a Estados Unidos públicamente, pero les entregaba cheques —cosa que negaba— por lo bajo. ¡El depuesto Belaunde por «entreguista» resultaba todo un nacionalista a su lado! Lo mismo hizo con los accionistas suizos de las empresas eléctricas. En cambio, el trato a los confiscados peruanos fue completamente abusivo: o no se les pagaba o se les daba unos bonos inservibles.

Velasco perpetró otra temprana atrocidad el 24 de diciembre de 1969 al disolver la Corte Suprema del Poder Judicial en pleno. Solo dos vocales traidores, Luis Ponce Mendoza y Manuel Núñez Valdivia, quedaron en sus puestos mientras la dictadura expulsaba a sus colegas Alberto Eguren (presidente), Domingo García Rada, Ernesto Vi vaneo y Alfredo Maguiña. Luego se creó el Consejo Nacional de Justicia como órgano delegado del Ejecutivo para elegir a los nuevos vocales supremos y al resto de jueces, lo que acabó con la independencia de este poder del Estado. Los dos «hombres fuertes» de este ente intervencionista fueron el político democristiano Héctor Cornejo Cha vez y el renegado acciopopulista Alfonso Montesinos y Montesinos. Luego el no menos vergonzante Alberto Ruiz Eldredge integraría el CNJ.

En octubre de 1973 se destituyó arbitrariamente a toda la Sala Penal de la Corte Suprema por un juicio personal de Montesinos y Montesinos. También se desmembró la judicatura al crearse fueros especiales (agrario y de comunidades industriales), además de ampliar otros (laboral y militar).

La Democracia Cristiana manifestó su pleno apoyo al régimen en mayo de 1970 v se convirtió así en la alcahueta de la dictadura. Valentín Paniagua, exjuvenil ministro del belaundismo en representación de la DC, abandonó ese partido tras ese pronunciamiento. En 1977 ingresaría a Acción Popular, donde integraría la facción «alvista» de Javier *Lechuzón* Alva Orlandini.

También el ataque se dirigió a los gremios empresariales: Velasco ordenó la disolución y confiscación de bienes de la Sociedad Nacional

Agraria (SNA) en mayo de 1972, organismo donde predominaban los medianos agricultores, que estaba liderado por el combativo empresario Luis Gamarra Otero. La SNA contaba con nada menos que 30 mil asociados, lo que la convertía en el gremio más poblado.

Tampoco la Sociedad Nacional de Industrias (SNI) escapó a las iras del dictador, que les prohibió que llevaran la palabra *nacional* en su nombre por irritarse la valiente defensa de su presidente Raymundo Duharte frente a la dictadura. Como consecuencia de su «insolencia», Duharte fue impedido en 1973 de regresar al Perú desde Ecuador tras regresar de un viaje de negocios, «castigo» que duró un año.

La izquierda frente a Velasco

El conflicto inicial con Estados Unidos, el lenguaje «progre» del nuevo régimen y una actitud política tan insólita de los militares pronto atrajo la atención de la izquierda local. Además, Velasco tuvo el gesto amistoso de liberar a los criminales subversivos Béjar y Blanco en diciembre de 1970. Se fue dando así un peculiar romance entre militares y un sector izquierdista («los colaboracionistas»), aunque los «ultras» rechazarían siempre al régimen velasquista por «fascista» o «reformista burgués».

Cabe anotar que la posterior Revolución de los Claveles portuguesa en 1974 y el breve interregno marxista en esta hasta noviembre de 1975 reforzó la idea de que la izquierda podía compartir el poder junto a los militares.

Como ya anotamos, dentro de la izquierda se dieron dos posturas frente al fenómeno del velasquismo: los colaboracionistas y los ultras. Concentrémonos antes en los primeros, los que no dudaron en apoyar a una dictadura militar y que entre sus supervivientes encontramos gente que ahora se llena la boca con la palabra democracia. Todo peruano debe conocer el nombre de los civiles y las organizaciones que colaboraron con esta tiranía que dañó tanto a su país.

Estos fueron: el PCP-Unidad Moscovita y su apéndice la CGTP (Jorge del Prado, Gustavo Espinoza, Efraín Ruiz Caro, Genaro Carnero Checa, Humberto Damonte, Isidoro Gamarra, Guillermo Sheen Lazo, etc.), los democristianos liderados por Héctor Cornejo Chávez, los otrora social progresistas como Alberto Ruiz Eldredge y su grupúsculo, los acciopopulistas antibelaundistas de Edgardo Seoane, y exapristas como

Carlos Delgado Olivera, que de secretario de Haya pasó a ser el «cerebro» de Velasco. También destacó en su colaboracionismo el famoso grupo de la «Aplanadora», como se apodaba a los cuadros gestores del Sinamos, la agencia política de la dictadura.

Allí laboraron Carlos Franco (el mismo nefasto que años después le aconsejaría la estatización de la banca a Alan García), Hélan Jaworski (quien llegaría a ocupar la dirección de *El Comercio* militarizado), el dirigente bancario comunista José Luis Delgado, el exterrorista Héctor Béjar, el escritor José Adolph, el intelectual Hugo Neira, el coronel Osear Torres Llosa, el mayor Orlando Marchesi, el sociólogo Luis Pasara, el agrónomo Jaime Llosa Larrabure, los periodistas Juan Vicente Requejo e Ismael Frías (al inicio) y el politòlogo Francisco Guerra García (que ahora asesora a Húmala en la reorganización de la DINI y defiende los rastreos de esa entidad a periodistas y otros).

También literatos y músicos se sometieron al dictador, como Julio Ramón Ribeyro, Abelardo Oquendo, Winston Orrillo, Nicomedes Santa Cruz, *El Carreta* Jorge Pérez y Osear Aviles.

Pero, de lejos, el partido más ganancioso con el colaboracionismo fue el moscovita PCP-Unidad. Por un lado, el reconocimiento masivo de sus sindicatos fortaleció extraordinariamente a su brazo sindical, la CGTP. Y dentro de esta extraña alianza entre comunistas y militares, Velasco les entregó el diario Expreso, medio confiscado tempranamente a su dueño, el acciopopulista Manuel Ulloa. *Expreso* se volvería el más rabioso defensor del régimen, aunque su rudo extremismo y su propensión al insulto más rudo le llevaron a más de un encontronazo político con los mismos miembros del régimen. Así los comunistas destronaron la etema hegemonía aprista entre los sindicatos y pasaron a contar con un moderno periódico a su servicio a cambio de ser los mastines de la revolución, como el mismo Velasco los apodaba. También influyó mucho en el apoyo del rusófilo PCP a Velasco el hecho de que este abriera relaciones con la URSS, recibiera a Fidel Castro aquí en setiembre de 1971 (cuandp,Castro declaró que sería velasquista de ser peruano) y que Moscú se volviera nuestro principal abastecedor de armas.

Pero no todo era armonía y felicidad en el PCP y a finales de la década de 1970 el jerarca máximo local, Jorge del Prado, bloqueó un intento de César Lévano y su grupo ultraestalinista para defenestrarlo de la jefatura. Lévano no tuvo éxito y pasó a integrar un grupúsculo llamado PCP-Mayoría.

Tampoco se puede dejar de mencionar a los uniformados que fueron incondicionales a una dictadura que atropello las libertades y la propiedad, a estos funcionarios núhlirns mn nnifnrmp (11IP iicorAn loe n»-r>-.r,o 1 —

entregó su patrón, el contribuyente, para usurpar el poder y demoler el orden constitucional. Todos estos nombres deberían figurar en una gran y céntrica pared negra como monumento infame para conocimiento de la ciudadanía.

En esa labor siniestra destacan los dóciles premieres Edgardo Mercado Jarrín (EP) y Ernesto Montagne (EP), además de Jorge Fernández Maldonado (EP), Leónidas Rodríguez Figueroa (EP), Enrique Gallegos Venero (EP), Aníbal Meza Cuadra (EP), Rafael Hoyos Rubio (EP), José Graham (EP), Javier Tantaleán Vanini (EP), Raúl Meneses Arata (EP), Armando Artola Azcárate (EP), Miguel Angel de la Flor (EP), Arturo Valdés Palacios (EP), Rolando Gilardi (FAP), Pedro Sala Orozco (FAP), Jorge Chamot (AP), Jorge Dellepiane (AP), Luis Guillermo Faura (AP), Alberto Jiménez de Lucio (AP), José Arce Larco (AP), entre otros.

Quien tiene aquí una mención especial por haber sido ministro de Economía de Velasco durante largos años y, en consecuencia, una de las mayores responsabilidades en la debacle económica que nos dejaron fue el posterior dictador Francisco Morales Bermúdez (EP).

El factor Delgado

Si hay que escoger a un personaje clave del colaboracionismo durante la dictadura velasquista, ese es Carlos Delgado Olivera, el «ideólogo» de la revolución y redactor de los discursos de Velasco. Este sujeto había sido secretario de Víctor Raúl Haya de la Torre de 1945 a 1948. Años después, en 1969, llega al entorno íntimo de Velasco a través del tecnócrata Enrique *Turrón* Estremaydoro, miembro del Instituto Nacional de Planificación.

De este infausto personaje, tan olvidado ahora, salieron esos absurdos conceptos políticos que adornaban las fauces de Velasco, como «democracia social de participación plena», «el binomio pueblo-Fuerza Armada», «el no alineamiento tercermundista», la «segunda independencia», «revolución ni capitalista ni comunista», «el hombre nuevo» y «estatizar la riqueza no es socializarla».

Pero dos serían las ideas de Delgado Olivera que más impactarían en la revolución: la tesis del «no partido» y el Sinamos.

Tras su experiencia en el APRA, el partido más jerarquizado, orgánico y popular en la historia del Perú, Delgado quedó muy desilusionado de los partidos eolíticos. Sintoniza así con la antioolítica de los militares v diseña la

tesis del «no partido» para canalizar las bases populares del régimen, que derrota a los elementos civiles que buscaban institucionalizar la revolución de manera clásica, con un partido político. Este prejuicio de Delgado fue lo que nos libró de que el velasquismo pretendiera perpetuarse en el poder con una agrupación política propia o prestada, como el chavismo, el somocismo, el stroessnerismo o el peronismo.

Delgado pronto percibe que una revolución hecha por militares no va a ser «deliberativa»: ellos no van a aceptar divergencias ni menos arriesgar que las masas rompan filas. Para ellos, el cambio viene por órdenes desde arriba. Se da también cuenta de que Velasco es un pésimo orador, un hombre sin carisma ni temperamento de político: era más bien conocido por ser uno de los militares más «mandones» y poco simpáticos del cuerpo desde que dirigió la Escuela Militar. Que Velasco no era Perón era evidente hasta para sus partidarios más acérrimos.

A pesar de repudiar los partidos, Delgado reconoce que la dictadura necesita de algún tipo de aparato político y convence así a Velasco de crear el Sinamos en junio de 1971 (Decreto Ley 18896), diseñado como un ente manipulador de masas desde arriba y con burocracia dirigente no elegida, con cuadros reclutados entre los «civiles progres», no generados por una dinámica de partido. Este brazo político del velasquismo utilizó una estilizada silueta de Túpac Amaru II como el logo de la dictadura.

Este monstruo de la dictadura contaba con abundantes recursos económicos, cuatro mil funcionarios, 384 sedes nacionales y una ilustrada plana mayor izquierdista, conformada en gran medida por democristianos y liderada por el general Leónidas Rodríguez Figueroa hasta 1974, año en que sería sustituido por el general Rudecindo Zavaleta, militar más cercano al tantaleanismo fascistoide que al rojerío sinamista inicial.

Desde Sinamos se intentó crear una central sindical velasquista (CTRP), un sindicato magisterial velasquista (SERP) y reorganizar la Confederación Nacional de Comunidades Industriales (Conaci), amén de edificarse pequeñas obras públicas. Tiempo después, Velasco cayó en la cuenta de que Sinamos había fracasado como la columna vertebral política del régimen al no háBér generado adhesiones populares ni cuadros medios o por lo menos haber tornado algo popular a la revolución (cuentan que las encuestas secretas de los militares arrojaban mucho más simpatías por los odiados aprismo y belaundismo que por Velasco). Por eso, y ya en vísperas de su derrocamiento, Velasco había aceptado la idea de un partido político y le dio "luz verde", como diría el premier humalista Pedro Cateriano, a la creación de la Organización Política de la Revolución Peruana.

Por otro lado, el general Tavier Tantarán Vcmmí

velasquista, había organizado el Movimiento Laboral Revolucionario (MLR), con gente reclutada de los bajos fondos portuarios, mientras que el ala izquierdista del régimen pedía la formación del Movimiento de la Revolución Peruana (MRP) al inicio de febrero de 1975, pocos días antes de la rebelión policial que facilitó los disturbios y saqueos limeños que presagiaron la caída de Velasco en agosto siguiente.

Factótums del COAP

Otro personaje con mucha influencia intelectual sobre el rústico Velasco fue el abogado y general Arturo Valdés Palacios, secretario del Consejo de Ministros y miembro estelar del Comité de Asesoramiento de la Presidencia (COAP), una suerte de poder legislativo de la dictadura —donde colaboró, por ejemplo, Marcial Rubio, actual rector de la ex-PUCP— y que lideró el general José Graham Hurtado durante casi todo el velascato. Graham Hurtado ostentaba el rango de ministro, participaba en el gabinete y tenía a 13 coroneles a su cargo (todos escogidos por ser de la tendencia izquierdista del Ejército), además de un sinfín de asesores legales (democristianos, rojos y caviares).

Pero quien realmente mandaba allí era el filocastrista Valdés Palacios. Más de un ministro tuvo que bajar la cabeza ante su poder, que intimidaba a la burocracia del régimen. De esa manera, Valdés Palacios fue el responsable principal de redactar la mayor parte de barbaridades legales. Como su jefe Graham y otros, Valdés Palacios murió sin responder jamás por sus excesos. También integró el PSR.

Morales Bermúdez desactivó al todopoderoso COAP y le devolvió autonomía legal a los ministerios y al gabinete.

Los ultras

Hubo otro sector de la izquierda que se enfrentó a Velasco por considerarlo fascista o «reformista». Abarcaba desde el sindicato Sutep

maoísta hasta la gran galaxia de partidos de la Nueva Izquierda.

A menudo, Velaseo los reprimió con exilio (como a Ricardo Letts) y cárcel (dirigentes del. Sutep al penal selvático del Sepa), y en algún caso con armas y balas, como sucedió con la toma de la mina Cobriza (noviembre de 1971) o contra la huelga estudiantil-magisterial de Huanta en contra de la pérdida de la gratuidad de la enseñanza si el alumno era aplazado de año (Decreto 006-69), episodio que dejó 20 muertos en junio de 1969 y de donde se originó el huayno radical «Flor de retama» («por cinco esquinas están / los sinchis entrando están / van a matar estudiantes [...]/ van a matar campesinos peruanos de corazón [...] / la sangre del pueblo tiene rico perfume...»), compuesto por el catedrático izquierdista Ricardo Dolorier, obra que años después el senderismo intentaría apropiarse como uno de sus himnos.

Incluso, en 1969 Velaseo cortó la formación de las Fuerzas Armadas de Liberación, un grupúsculo marxista que estaba por iniciar acciones armadas, bajo las órdenes de un tal *Chingólo* Benavides Caldas.

Los ultras se guiaban por el concepto de «clasismo» o autonomía de clases, lo que les bloqueaba mentalmente respecto a cualquier acuerdo con otros sectores que no fueran «la vanguardia», el proletariado urbano o el campesinado

El romance de la izquierda colaboracionista con los militares finalizó casi completamente con la deposición de Velaseo y la asunción de su premier Francisco Morales Bermúdez al poder, al que ya toda la izquierda —colaboracionista y ultra— le hizo una oposición cerrada.

Como respuesta, Morales Bermúdez deportó o encarceló brevemente a muchos de ellos.

La captura de la hegemonía

Gracias a todo lo que les favoreció Velasco —su prédica propagandística, la ocupación de influyentes puestos públicos, el apoyo sindical, la entrega de medios, etc.—, la izquierda peruana había experimentado un inesperado crecimiento espectacular, dominando los mundos académico, intelectual y sindical.

Esto les permitió controlar la «hegemonía cultural», según las enseñanzas del teórico marxista Antonio Gramsci desde *Cuadernos de la cárcel* para dominar y dirigir moral e intelectualmente a la sociedad. De tal forma que el mundo de las ideas fue monopolizado casi íntegramente por la izquierda y, por ende, sus absurdas ideas económicas fueron tomadas como certezas absolutas, por lo que no se discutía la insensatez del modelo económico velasquista. Manifestarse en esos años de «liberal» o de derechas era una extravagancia total y la universidad peruana estaba tomada por el análisis marxista (como yo mismo lo comprobé en 1982 en la PUCP. Apenas vimos un poquito de Max Weber en Letras como una óptica alternativa).

También floreció por entonces una atrabiliaria e influyente prensa política de izquierdas, como las revista *Marka* (después periódico), *Monos* v *Monadas* (cómica), *Quehacer, Actualidad Económica* o *Socialismo y Participación,*[1] mientras que Deseo y el Instituto de Estudios Peruanos eran los pioneros ONG y *«think tanks»* rojos. En los 80 también aparecería *La República,* del disidente acciopopulista rojo Gustavo Mohme, como destacado vocero periodístico rojo.

Incluso el mismo aprismo —que solo quedó controlando la Universidad Federico Villarreal, pues el último de los tres rectorados (1946-1948,1961-1963 y 1966-1971) en San Marcos de su líder Luis Alberto Sánchez marcó el total declive aprista en este claustro— entró a este juego al izquierdearse notoriamente. Armando Villanueva y el posterior presidente Alan García se jactaban de haber regresado al APRA al mensaje izquierdista auroral del *El antiimperialismo y el APRA.*

En el plano sindical, la CGTP moscovita había fagocitado a la otrora poderosa CTP aprista, mientras que la FEB paralizaba la banca a voluntad y la maoísta Patria Roja afianzaba su larga y perniciosa nefasta sobre el magisterio a través del Sutep. Empero, el poder de la CGTP nunca fue igual por la pérdida de sus más potentes dirigentes medios y bajos, tras una gran ola de despidos masivos de estos, como represalia por el paro de julio de

1979.

Cosa curiosa: una dictadura militar de izquierdas había reforzado a la izquierda más radical al darle una identidad por oposición, generando obreros con mentalidad clasista, campesinos sindicalistoides y profesores radicalizados por mala paga, pérdida de estatus y maoísmo. Si algunos militares nasseristas pensaron que al hacer ellos «la revolución» evitarían el crecimiento de la izquierda, pues se equivocaron absolutamente. ¡Fue al revés!

Zarpazos contra la prensa

Como vimos antes, el primer diario confiscado fue *Expreso* (marzo de 1970), de propiedad del líder acciopopulista y exministro Manuel Ulloa. A continuación, Velasco se lo entregó a los comunistas moscovitas del PCP.

Poco antes (febrero de 1969), deportó al ardiente periodista anti-comunista Eudocio Ravines, quien moriría atropellado en 1979 durante su exilio mexicano, al parecer asesinado por Fidel Castro. Ravines fue despojado de su nacionalidad peruana y tras su expulsión del Perú nunca más pudo regresar a su país.

Como mencioné líneas antes, otros periodistas que fueron procesados o deportados temporalmente fueron Enrique Zileri, Elsa Arana, Manuel D'Ornellas (al que también se despojó de la nacionalidad peruana), Luis Rey de Castro (que vivió una solitaria odisea de 24 horas en un avión que lo llevó, retuvo, trajo, retuvo y regresó desde Lima a Panamá), el humorista Luis Felipe Angelí de Lama Sofocleto, el cómico Tulio Loza, Federico Salazar, Osear Díaz Bravo, Guillermo Hoyos Osores, los hermanos Enrique y Francisco Chirinos Soto, Guido Chirinos Lizares, Federico Prieto Celi, Alfonso Baella Tuesta, Paco Igartua, entre muchos otros mártires de la libertad de expresión cuyos nombres lamento olvidar.

Tampoco los canales de televisión y parte de las radios privadas se salvaron, y a partir del 9 de noviembre de 1971 quedaron controlados por un ente estatal llamado Telecentro. Lamentablemente, esta confiscación en particular no generó mayores protestas de la ciudadanía.

Pero el peor zarpazo de todos se dio el 27 de julio de 1974, cuando el Decreto Ley 20680 dispuso que todos los diarios pasasen al Estado, para

luego ser traspasados a las «comunidades de base» o distintos sectores de la población (campesinos, intelectuales, profesionales, educadores y comunidades laborales), en un esquema que se originó desde un artículo del abogado rojo Luis Pasara en *Expreso.*

Muy poco antes (31 de mayo), Velasco y el titular de la Marina Luis Vargas Caballero habían discutido. El almirante Vargas Caballero no gozaba de las simpatías del dictador por haber impedido anteriormente la Reforma de la Vivienda, que consistía en expropiaciones masivas y en que los alquileres pasasen a ser considerados pagos a cuenta para la adquisición futura y forzosa del predio.

Vargas Caballero había defendido por aquellos días la libertad de prensa, lo que fue desautorizado por Velasco. Este entredicho generó una crisis Marina-Ejército y la renuncia de este almirante, motivada en gran parte porque el almirante Guillermo Faura Doig, al mando de la escuadra, decidió desaparecer en un momento que era particularmente clave para presionar a Velasco, dejando inerme a su arma. Sin Vargas Caballero como único defensor, la suerte de la prensa peruana ya estaba echada.

Es que el tan susceptible dictador Velasco siempre aborreció las críticas periodísticas. Aparte de deportaciones y clausuras, utilizó otros métodos alternos, como hostigar a *El Comercio* fomentando huelgas de hasta cinco días, ayudado por sindicalistas comunistas infiltrados. Asimismo, con una ley hecha con nombre propio despojó de la dirección de *La Prensa* a don Pedro Beltrán Espantoso (enero de 1972), con el pretexto de que había estado más de seis meses fuera del país.

Para este horrendo acto de usurpar los diarios prestó su colaboración el líder democristiano Héctor Cornejo Chávez, quien siguió en su cargo en el Consejo Nacional de Justicia ahogando al Poder Judicial al mismo tiempo que ejercía la dirección de *El Comercio* y la abogacía. Para vergüenza de la ex-PUCP, este personaje fue catedrático de Derecho de Familia por años hasta su retiro. Distinta fue la actitud de la Universidad de Lima, cuya facultad de Derecho vetó su ingreso como profesor a mediados de la década de 1980, a pesar de las protestas de los rojos. Otros personajes que usurparon la dirección de *El Comercio* fueron el sociólogo sinamista Hélan Jaworski, el periodista Alfonso Tealdo y el historiador Juan José Vega, quienes así ensuciaron sus nombres.

El usurpador en *La Prensa* fue el educador y exembajador belaundista en Alemania Walter Peñaloza Ramella. Al ingresar con la Policía en ese diario, fue increpado formidablemente por el colega Óscar Díaz Bravo con su recordado: «Tengo vergüenza de usted, que fue mi profesor». A ese Peñaloza le secniirían Gilhprtr» PecMib»-<> i c: ...

ocupación aberrante.

En los otros medios figuraron el inefable Alberto Ruiz Eldredge y Efraín Ruiz Caro *(Expreso),* Hugo Neira *(Correo),* el exaprista y extrotskista Ismael Frías y Francisco Guerra García *(Ultima Hora),* Augusto Rázuri *(Ojo)* y Guillermo Thorndike y Luis Gonzales Posada (en *La Crónica,* donde el primero compartió labores con Mirko Lauer y Abelardo Oquendo).

Muchos falsos demócratas que pontifican hoy en día colaboraron activamente con Velasco, como Rafael Roncagliolo (diario *Expresó),* Mirko Lauer (en el confiscado diario *La Crónica,* donde atacaba a los «enemigos de la revolución» con el seudónimo «Pedro Rojas» y en la oficina de la Reforma Agraria, donde era «afectador» de fundos), César Hildebrandt (funcionario de Propiedad Social y director del suplemento *Variedades* de *La Crónica* velasquista) y Marcial Rubio (Comité de Asesores de la Presidencia). Da hasta pena recordar que queridos colegas como Raúl Vargas, Guido Lombardi y José María Salcedo también fueron partícipes menores de esta atrocidad.

Dos personajes de la prensa escrita y televisiva destacaron sobremanera en aquella época por una adulonería ya estrafalaria: el analista Víctor Riveros y el emotivo locutor argentino Humberto Vílchez Vera. ¡Eran inolvidables sus defensas y loas hiperbólicas al dictador o a sus políticas, ya sea en noticieros o en actos públicos!

Cabe acotar que tanto *La Crónica,* por la quiebra del Imperio Prado en junio de 1970, como *Expreso,* confiscado a Ulloa en marzo de ese mismo año, ya eran órganos de la dictadura antes del zarpazo de julio de 1974. Según el poco confiable Zimmermann, Mario Vargas Liosa aceptó dirigir *Ojo* (tabloide popular que por befa fue designado el diario de los intelectuales), pero que aquello se frustró porque Velasco lo vetó por un supuesto antimilitarismo en *La ciudad y los perros.*

Como ya habíamos mencionado, el mismísimo Velasco calificó como «mastines de la revolución» a todos esos civiles colaboracionistas que se prestaron a servirlo en la prensa que confiscó en 1974. También estos usurpadores fueron conocidos como los «parametrados» desde que Cornejo Chávez redactó los dos infames «Estatutos de la libertad de prensa» (Decretos Ley 18075 y 20680), para establecer los «parámetros» de esta, como este lamentable censor definió a su obra legal. El ente estatal a cargo de la censura final fue la Oficina Central de Informaciones, siempre a cargo de un militar. ¡La OCI hasta censuraba a los periodistas parametrados!

Sin embargo, este *zarpazo* no vino acompañado de esa increíble pasividad ciudadana que en general hubo durante todo el velascato frente a

sus abusos contra las libertades públicas. Por lo menos hubo tres días de protestas en Miraflores contra la toma de los diarios, manifestaciones callejeras cívicas a las que Velasco atribuyó a los pitucos, la oligarquía, la. CÍA y al APRA, que eran sus «bestias negras favoritas» de siempre. Hoy existe un monumento erigido en la esquina de las céntricas avenidas Larco y Ricardo Palma por el alcalde Manuel Masías para recordar esta gallarda protesta.

También hubo un conato de rebelión en la Marina, que apoyó la .posición a favor de la libertad de prensa del almirante Luis Vargas Caballero. Este perdió el pulso y Velasco colocó al mando de la Armada a dos incondicionales colaboracionistas, como los tristemente célebres almirantes José Arce Larco y Guillermo Faura. El dictador tuvo que pasar por encima de varios marinos para nombrarlos, lo que aumentó el malestar hacia ellos.

Faura fue relevado por un motín en su contra en la escuadra. Su salida y la de Gilardi de los mandos de la Armada y la FAP, el 25 de junio de 1975, favoreció el relevo de Velasco en agosto de ese año, al perder a estos dos alfiles suyos en esos puestos claves. Tanto Arce Larco como Faura Doig sufrieron sendos atentados (bombazos y disparos), fueron deportados por Morales Bermúdez y militaron después en el velasquistoide Partido Socialista Revolucionario (PSR, conocido satíricamente como Para Seguir Robando).

Las salvajadas económicas

De entre todas las barrabasadas que hizo Velasco, la reforma agraria (promulgada por el Decreto Legislativo 17716 del 24 de junio de 1969, día que pasó a llamarse del Día del Indio al Día del Campesino) fue la que causó más daño con diferencia, pues arrasó por décadas a este sector y nos dejó como herencia un campo absurdamente atomizado en minifundios, donde el 90% de predios tiene menos de diez hectáreas.

Para este fin, Velasco tuvo que pasar al retiro al cuerdo general José Benavides (hijo del mariscal y expresidente Osear R. Benavides), el titular de la cartera de Agricultura, que se oponía a una reforma tan radical.

Los generales Jorge Barandiarán Pagador, Enrique Valdez Ángulo, Rafael Hoyos Rubio y Enrique Gallegos Venero lo sucedieron en el cargo y fueron quienes finalmente implementaron la reforma con celo

revolucionario, aunque Barandiarán fue sorpresivamente relevado en 1971 por un choque personal con Velasco.

Fue la reforma agraria más radical de América tras la cubana, y trajo como consecuencia un retroceso astronómico en el agro por las caídas en la producción (el sector solo creció 1,3% de 1968 a 1980; de 1974 a ese año final solo se expandió un minúsculo 0,4% en promedio), por la fuga masiva de profesionales, por la ya reseñada minifundización en el 90% del campo, por las importaciones de alimentos, por la generación de parasitismo y por las mafias cooperativistas en el mundo azucarero.

La reforma trajo consigo migraciones masivas a las ciudades, expansión de plagas, retroceso en las exportaciones agrarias, la disolución prepotente de la Sociedad Nacional Agraria (que ya era controlada por los medianos empresarios, como reconoció el mismo Héctor Béjar en 1983), la desaparición por años del agro como fuente tributaria, el empobrecimiento de las provincias, la pérdida de sus élites dirigentes que migraron a Lima, el desplome en la producción vacuna y ovina, etc.

Al final de la revolución en 1980, el agro representaba el 6% del PBI, mientras que el primer belaundismo lo había dejado en el 8% en 1968: esos dos puntos de caída indican su brutal retracción.

Todo lo anterior estuvo basado en el robo más escandaloso de la historia del Perú: una expropiación estatal de tierras que hasta ahora no se ha pagado.

Aquí es justo recordar que Belaunde sembró el atropello de los impagos al cambiar el artículo 29 de la C-33, que obligaba a indemnizar antes al afectado previamente a la expropiación. El belaundismo modificó este artículo para permitir el pago diferido y en dinero a plazos o en bonos de aceptación forzosa.

Así comenzó el robo. Además, Belaunde promulgó la Ley 15037 de Reforma Agraria, que sujetaba a todos los predios rústicos del país cuando solo debió circunscribirse a la sierra. Sin embargo, bajo el belaundismo se podía acudir al Poder Judicial para discutir la indemnización. Con Velasco eso fue imposible y se recibía «funny money» en forma de bonos.

No había ninguna necesidad de realizar una reforma agraria en el moderno y productivo agro costeño, donde no existía la servidumbre como en la sierra. Al contrario, los jómales azucareros eran elevados para el campo, y la productividad en algunos cultivos (azúcar, algodón, naranjas) estaba entre las mejores del mundo.

La perversa intencionalidad política basada en el revanchismo de Velasco se desnuda en su decisión inicial de acabar con las tan competitivas

18 empresas azucareras para insertar allí el fracasado modelo cooperativista, que no solo desplomó la producción, sino que creó inmensas mafias de ladrones y parásitos que explotaban a los «golondrinos» (campesinos migrantes temporales), plagas de las que aún no terminamos de salir del todo en algunas azucareras actuales. Solamente Arequipa se libró de la reforma agraria por la combatividad de sus medianos y pequeños agricultores.

En la sierra sí que urgía acabar con el feudalismo infame y la muy baja productividad. Posiblemente un exigente sistema impositivo hubiese obligado a la fragmentación y a elevar la productividad. O ensayar una parcelación rápida basada en los aparceros vigentes. En todo caso, allí si era necesario tomar medidas redistributivas para llevar a ese agro al siglo XX.

Lo más irónico de todo, tras la liberalización del mercado de tierras en 1991, es que^froy hemos vuelto al latifundio y en extensiones muchísimos más amplias de las que gozaban los «barones del azúcar» costeños o los terratenientes serranos con la entrada de grandes empresas al negocio agrario tras el fin de la reforma agraria con Fujimori (una de las mejores cosas que este polémico gobernante hizo): el Grupo Gloria hoy posee en total unas 52 mil hectáreas contras las 30 mil hectáreas de la familia Gildemeister en Casa Grande, los latifundistas azucareros más grandes de la época, las 23 mil hectáreas del estadounidense Grupo Grace (Cartavio y Paramonga) y las 21 mil hectáreas de la familia Yzaga (Pucalá). O el Grupo Wong, que actualmente agrupa cerca de 18 mil hectáreas contras las 16 mil de la familia De la Piedra (Pomalca), las 11 mil hectáreas de la familia Pardo (Turnan) o las 7 mil hectáreas de la familia Aspíllaga (Cayaltí).

Es que la misma lógica económica del cultivo extensivo del azúcar te lleva inexorablemente al latifundio. No es una aglomeración por maldad o codicia, sino que no tienes otra manera de ser competitivo que sembrar caña a escala gigante y luego procesarla masivamente a azúcar en tu mismo ingenio para el mercado interno y la exportación. La satanización de los otrora «barones del azúcar» fue la típica estupidez de los izquierdistas, que no entendían algo tan sencillo. Y esos «barones» pagaban sus impuestos y sus jómales como cualquiera agroexportadora de nuestros días: allí no existían «siervos» o gamonales. Volver cooperativas a las azucareras solo generó caída de producción, rezago tecnológico y mafias de dirigentes que les robaban a los demás cooperativistas, mientras estos a su vez ya no trabajaban y explotaban al «golondrino», el trabajador por temporada que no era cooperativista. Los militares les robaron sus tierras a estas familias propietarias, pues se las quitaron sin pagarles nunca.

Hoy todos reconocen el fracaso económico de la reforma agraria peruana y del sistema de Sociedades Agrarias de Interés Social (SAIS) y

Cooperativas Agrarias de Producción (CAP), con las que se trató de reemplazar a la propiedad privada. Tampoco funcionaron las tesis mariateguistas de que este era el principal problema del país para «redimir» al indio (como ciudadano, lo que lo redimió fueron las migraciones a las ciudades costeñas y la extensión del voto, que hasta alcanzó a los analfabetos) y que las formas socialistas de producción tendrían éxito en el agro, dada la proclividad del indio a estas por los sistemas comunitarios andinos que provenían desde el incanato.

Estos espejismos románticos probaron ser absolutamente falsos, unas monumentales pajas mentales, como dirían groseramente los españoles. En definitiva, el romántico intelectual urbano de escritorio José Carlos Mariátegui conocía del agro y antropología lo que el lector de este texto de astrofísica y oceanografía. Finalmente, lo que ocurrió fue una atomización extrema de la propiedad, una minifundización masiva en pequeños e improductivos propietarios, que no acceden al crédito ni son casi lucrativos por su mismo ínfimo tamaño. Hemos vuelto jardineros a nuestros agricultores, pues alrededor del 90% de la propiedad agraria tiene menos de diez hectáreas. La reforma agraria velasquista «minifündizó» el agro, no impidió que posteriormente regrese el latifundio (particularmente en el azúcar, así como en la agroexportación en general y en la palma aceitera) y tampoco logró insertar formas socialistas de producción agraria. Un fiasco por donde se le vea.

El culposo blablablá

Las excusas a las que apelan la izquierda para defender esta hecatombe son:

- La reforma agraria liberó al indio de la servidumbre de los gamonales serranos: ayudó mucho ciertamente, pero fueron la migración, la apertura de caminos y la extensión de la educación pública los factores que llevaron a gran parte del mundo indígena al siglo XX. Y, repito, la reforma agraria no era necesaria en la costa.
- Sendero Luminoso hubiese triunfado de no haberse dado la reforma agraria: se trata de una mera especulación contrafáctica, una opinión sin mayor rigor científico.

Es más, posiblemente el derrumbe del viejo orden serrano dejó al campesinado desorientado, sin un paternalismo al cual acudir y sin un nuevo orden preciso que reemplazase al que estaban acostumbrados por siglos. Esto más bien pudo haber ayudado mucho a Sendero Luminoso. El mismo intelectual rojazo Alberto Flores Galindo afirmó, en un conversatorio con otros comunistas en 1983, que ese vacío generado por la reforma agraria de algún modo fue «terreno de fondo» para el desarrollo de Sendero Luminoso.

En todo caso, Sendero Luminoso apareció en Ayacucho no por los malvados gamonales o los indios socialistoides o la eternamente culpable de todo: la conquista española. Apareció allí solo porque se permitió que en una universidad pública, pagada con nuestros impuestos, trabajasen mediocres y extremistas marxistas catedráticos (algo que aún sucede en nuestras provincias. Ese disparate de la «autonomía universitaria» permite que todavía tengamos gente así enquistada). Esos «maestros» no estaban para enseñar, sino para envenenar las mentes de los estudiantes con su ideología y para poner en marcha sus planes mesiánicos.

De la marginal Universidad de San Cristóbal de Huamanga, que aún tiene un nivel académico ínfimo, fue que nació ese monstruo. No del campesinado, sino de un demente profesor costeño y de una banda de lunáticos cegados por una peregrina doctrina china, que tuvieron la suerte de insurgir en 1980, justo cuando un hombre tan timorato y blando como Belaunde regresaba al poder.

El demagógico eslogan de esta reforma fue la frase: «Campesino, el patrón ya no comerá de tu pobreza», atribuida al rebelde indígena Túpac Amaru II. Parafraseándola, el resultado fue: «Campesino, el militar le robó a

tu patrón y el dirigente se tiró la riqueza».

Cabe finalmente recordar que los civiles que más pesaron en esta reforma ftieron el director de reforma agraria Benjamín Samanez Concha — junto a sus funcionarios Lorenzo Tolentino y Manuel García Rosell— y los vocales agrarios Guillermo Figallo Adrianzén y Guillermo García Montúfar, radicales que extendieron todo lo que pudieron el proceso. Y que el coleguita Mirko Lauer trabajó como «afectador» de fundos. Más nombres «ilustres» para el recuerdo...

Estatizaciones masivas

El velascato estatizó gran parte del sistema financiero (banca y seguros), sea asumiendo entidades quebradas por una pésima gestión (como el Banco Popular y la aseguradora Popular y Porvenir, ambas integrantes del Imperio Prado), como expropiando activos pertenecientes a la banca extranjera (como el Banco Continental, propiedad del Chase Manhattan Bank, y el Banco Internacional, del Chemical Bank de New York y el Grupo Grace).

También se estatizó o «nacionalizó» todo el sector pesquero en mayo de 1973, mucho del minero (Cerro de Pasco Copper Corporation, Marcona Mining Company), así como compañías petroleras (extranjeras como la IPC en Talara y Ganso Azul-Atlantic Richfield Co. en Pucallpa o nacionales, como El Oriente-Maquía en Contamana, de la familia Gildemeister) y de Telefonía.

Hablemos un poco más de este último sector: a la ya deficiente y criticada Compañía Peruana de Teléfonos, propiedad de la estadounidense ITT, le sucedió una CPT estatal aún peor a partir de octubre de 1969. La CPT estatal fue, por lejos, el summum de la ineficiencia, corrupción y lentitud en el Perú. La acompañaba la también terrible Entel en provincias.

En descargo de la ITT, su servicio limeño fue muy malo hasta 1967, en que el Estado la autorizó a cobrar tarifas realistas —el servicio era artificialmente barato— a cambio de duplicar el número de líneas. Sin embargo, llegó una sorpresiva expropiación justo cuando el servicio se había expandido y mejorado radicalmente.

ITT y el velasquismo acordaron valorar la empresa en 14 millones de dólares, de los cuales cuatro millones de dólares fueron oaeados en dólares

en efectivo y el resto con el terreno de la penitenciaría del Panóptico y en soles, a Condición de que se edificara un hotel de la cadena Sheraton allí, lo que efectivamente ocurrió.

Esta orgía estatista también llegó a los puertos (la estatal Enapu también fue un monumental desastre, donde un trabajador o «punto» le «vendía» su puesto a otro estibador o «repunto», y este a veces hasta a un tercero), a la comercialización de minerales (Mineroperú), pesca, arroz e insumos (Epchap, Ecasa y ENCI, colosales cuevas de ladrones) y al sector eléctrico (pocáS'cosas han funcionado mejor en el Perú que la electricidad limeña en manos de los operadores suizos. ¡Ni hoy en día se ha igualado su eficiencia! Muchos limeños de aquellas épocas ahorraban en los sólidos valores que emitía esa compañía y que pagaban constantes y abundantes retornos).

De esta manera, el Estado llegó a controlar un tercio del sector empresarial, tres cuartos de las exportaciones, la mitad de las importaciones, dos tercios del crédito bancario, además de un tercio del empleo formal. ¡Petroperú llegó a tener 11 mil empleados cuando no necesitaba más de dos mil!

Estas estatizaciones generaron descomunales déficits al fisco, dado que su administración se basó en términos políticos y no económicos, a la pésima gestión (porque se nombraba en gerencias y directorios a militares y personas cercanas a Velasco, no a gente capaz) y a la superpoblación de empleados (porque se creyó que una manera de generar empleo formal masivo era sobrecargando de personal a estas empresas). Se ha estimado que las pérdidas acumuladas de las empresas públicas durante toda la dictadura militar fueron de casi 19 mil millones de dólares (valor actualizado al 2006).

Todo esto se reflejó en una profunda retracción de la inversión privada, que pasó del casi 11% promedio del PBI durante el primer belaundismo hasta el 7% bajo Velasco, mientras que la inversión extranjera cayó en picada: del 21% al 8%. En cambio, la inversión pública llegó al 9% y el sector publicó poco más que se duplicó, hasta llegar al 21% del PBI del 10% que dejó Belaunde.

Un dato relevante: el gasto público en 1974 se disparó en un astronómico 57% en 1974, lo que expandió fuertemente el déficit fiscal y sentó las bases para una sostenida caída del PBI desde 1976 hasta 1979. Por otro lado, los déficits de cuenta corriente estuvieron en alrededor del 9% en promedio en los dos años finales del velascato, falta de dólares que se tapó con más deuda externa.

Es por ese afán estatista que el tristemente célebre Instituto Nacional de Planificación (1NP), fundado en 1962 por la junta militar, creció

exponencialmente durante el velascato. Su titular durante la mayor parte de ese periodo fue el ultraestatista general Guillermo Marcó del Pont. También el número de ministerios se disparó de 11 a 17. La planilla estatal aumentó 83% del final del primer belaundismo al estertor del velascato y los empleados públicos pasaron de 197 mil a 359 mil contratados.

Los déficits generados por las empresas públicas fueron uno de los principales causantes de las eternas altas inflaciones que asolaron nuestra economía desde 1974 hasta bien entrada la década de 1990, cuando se instauró un eficaz sistema de privatizaciones que transfirió a la mayor parte de estas empresas al sector privado. A todo esto se unió una política de mantener los precios por debajo de sus costos, utilizando los subsidios indiscriminados para mantener la popularidad del gobierno.

La comunidad industrial (o de cómo robarte tu propiedad con tus propias ganancias)

Otro dislate izquierdista que parió el velascato fue la inesperada Comunidad Industrial (Decreto Ley 18384), impulsada por el almirante Jorge *El Negro* Dellepiane Ocampo (cuentan los memoriosos que Velasco lo eligió como ministro solo por ser físicamente el más moreno de los candidatos que le presentó la Marina).

Consistía en que el 15% de las utilidades anuales netas de las firmas industriales (con ingresos brutos anuales superiores al millón de soles de entonces) debían ser entregadas a la Comunidad Laboral (una asociación de los trabajadores de cada empresa), para que con este dinero esta fuera adquiriendo acciones de la empresa hasta llegar al 50%) del accionariado total. Así, la Comunidad Industrial se convertiría —gratis para ellos— en copropietaria y cogestora de la empresa al controlar la mitad del directorio, pues contaría con un representante inicial cuando menos en este órgano y también en la junta general de accionistas.

¡O sea, a uno le compraban forzosamente su empresa hasta la mitad y le clavaban a los trabajadores de socios forzosos con el mismo dinero que generaba SU misma empresa, repartiendo el 25% de lo generado a esos «socios» forzados, sin contar ese otro eterno socio al 30% que es el Estado al pagar impuesto a la renta a la entonces Dirección General de Contribuciones (la. Sunat de ahora)!

La única manera de posponer esa entrega de utilidades a la Comunidad Laboral era mediante la adquisición de activos o generando gastos para evitar tener ganancias netas. Así se desalentó el uso intensivo de la mano de obra por maquinaria o se gastó en activos innecesarios. En febrero de 1973 se constituyó la Conaci como órgano rector de estos engendros.

El creador de esta barbaridad fue el economista sanmarquino marxista Virgilio Roel, asesor del atrabiliario ministro Dellepiane. Lamentablemente, su sucesor el almirante Alberto Jiménez de Lucio era más educado pero aún más radical. En mi investigación encontré que tal vez el origen ideológico de este absurdo se originó en una iniciativa de ley de la Democracia Cristiana en 1968, que buscaba «comunitarizar» las empresas. Posiblemente Roel y Dellepiane hayan encontrado ahí «su inspiración».

La estabilidad laboral y la hipersindicalización cegetepista

El general FAP Pedro Sala Orozco fue el peor ministro de Trabajo en la historia del Perú, de lejos, a pesar de la cantidad de candidato de peso que tenemos (como el democristiano Carlos Blancas). Su asesor principal fue el marxista abogado laboralista Jorge Rendón Vásquez, que sigue escribiendo las mismas tonterías rojas de siempre.

Además de darle una fuerza descomunal en el mundo laboral a la comunista CGTP, al reconocer sistemáticamente cualquier solicitud de nuevo sindicato afiliado a esta central comunista (esto en gran parte con el propósito de debilitar a la CTP aprista), Sala Orozco recogió las nefastas sugerencias de Rendón y así nació el Decreto Ley 18471, promulgado en noviembre de 1970, mediante el cual se introduce la estabilidad laboral absoluta y rígida con una serie de causas taxativas para despedir y la reposición en el puesto de trabajo si estas causas no eran probadas.

Antes de ese decreto, el despido era libre y flexible, pues no había que alegar causa alguna. Solo bastaba comunicarlo con 90 días de anticipación o, en su defecto, entregar una indemnización equivalente a tres sueldos mensuales.

El trabajador accedía a esta nueva estabilidad laboral absoluta a los tres meses de laborar en la empresa. Tras ese periodo era muy difícil despedir a

alguien. Lo que se generó fue una rotación de trabajadores cada dos meses o la explosión del trabajo informal para evitar ingresos de trabajadores indeseados a la estabilidad laboral. Así, la estabilidad laboral absoluta ahogó la creación de empleo formal y fomentó el «maqumismo» hasta su flexibilización en la década de 1990.

Otro fenómeno nocivo creado por el velasquismo en el área laboral fue la «hipersindicalización»: de 2.280 sindicatos reconocidos antes del golpe velasquista, se pasaron a unos 4.300, casi todos en la órbita de la CGTP, que experimentó así su apogeo. Las huelgas y las intimidaciones en las empresas desde los sindicatos rojos se multiplicaron y se estaba perdiendo aceleradamente toda disciplina laboral, mientras la CGTP ya se abocaba a preparar «soviets» (consejos obreros comunistas) para controlarlas a futuro.

Felizmente, el Decreto Supremo 010-77-TR del 21 de julio de 1977 —promulgado como necesaria medicina a los dos días de acaecido el «martes rojo», como el periodista Alfonso Baella apodó a la huelga nacional más acatada y violenta que ha tenido el país— permitió purgar a la gran mayoría de estos gérmenes de soviets comunistas insertados en las empresas al permitir el despido de cinco mil obreros radicalizados por la CGTP.

El asediado dictador Morales Bermúdez tuvo que soportar de la izquierda más de tres mil huelgas y varios paros nacionales, especialmente potentes, en julio de 1977 y en febrero, mayo y junio de 1978. Esta última movilización significó un paro magisterial del Sutep que duró más de tres meses (a estos nunca les interesó que los escolares perdieran clases).

Otra espada de Damocles: la propiedad social

La propiedad social fue una idea importada de la Yugoslavia del autócrata comunista Josip Broz Tito. Se trataba de una supuesta nueva forma de empresa, similar al cooperativismo, según la cual todos los trabajadores eran dueños de ella, con una conducción «autogestionaria» común: la asamblea general de accionistas elegía a la dirección.

El gran impulsor de esta absurda idea fue el asesor marxista Angel de las Casas Grieve, junto al general Arturo Valdez Palacios, Luis Guiulfo Zender y Jaime Llosa Larrabure. De las Casas tuvo rango de ministro desde el denominado Sistema Nacional de Apoyo a las Empresas de Propiedad Social (Sinadeps) que lideraba.

Un preaviso de lo que se venía en este sentido se dejó adivinar en un discurso del entonces premier Montagne en diciembre de 1968, cuando crípticamente adelantó que el régimen planeaba reformar la empresa privada a favor de los trabajadores. Poco antes, y aún bajo el belaundismo (febrero de 1968), el dirigente democristiano Rafael Cubas Vinatea había lanzado en el Congreso la idea de una «empresa comunitaria».

Todo este proceso fue asesorado por el economista checo Jaroslav Vanek, el teórico de este intento disparatado de propiedad, que no sé cómo tiene un PhD en Economía del prestigioso Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT, por sus siglas en inglés). (Bueno, Carlos Delgado Olivera pasó por Comen; Alejandro Toledo, por Stanford; y Jorge González Izquierdo, por la Universidad de Chicago). Otro asesor extranjero fue el economista yugoslavo (después croata) Branko Horvat, ya fallecido.

Vanek y Horvat, ambos los supuestamente mayores expertos mundiales en este teórico experimento de «democratizar las relaciones productivas en la empresa», estuvieron varias veces en nuestro país desde agosto de 1971 hasta febrero de 1972. Curiosamente, ambos recibieron en Lima el apoyo de César Peñaranda, el ahora ortodoxo economista de la Cámara de Comercio de Lima. Otro colaborador entusiasta de la propiedad social fue el colega César Hildebrandt, que laboró allí, además, como mencioné antes, de dirigir el suplemento cultural *Variedades* del confiscado diario *La Crónica.* Al parecer, a este actual pontificador no le incomodó trabajar y recibir un sueldo de una dictadura militar.

La idea velasquista era que a futuro la propiedad social sería el sector predominante de la economía. Una advertencia que se repetía constantemente señalaba que la propiedad privada quedaría incluso atrás del sector empresarial público. Un primer paso para ello era la implementación de la comunidad laboral, que cortaba la propiedad del inversionista privado por la mitad y con su propio dinero. Ya se imaginarán cómo esa perspectiva futura, junto a la comunidad laboral, el sindicalismo a ultranza y la estabilidad laboral absoluta, desalentó la inversión privada completamente. Por eso, el sector manufacturero solo creció un anémico 3,8% de 1968 a 1980.

Curiosamente, el posterior canciller fujimorista Femando de Trazegnies estuvo por aquel tiempo muy interesado en la Propiedad Social y enseñaba sobre esta materia en la facultad de Derecho de la PUCP. El es autor del estudio *Existe la propiedad social* (1973).

Despilfarras, desorganización y corrupción

El MEV, tal como el chavismo actual, optó por un manejo izquierdista de la economía, una gestión irreal basada en un bienestar insostenible. Se adoptó a rajatabla durante esos siete años de velasquismo —aunque la versión ligeramente atenuada MEV duró hasta 1992— una política de control de precios, de proteccionismo (no se podía importar nada que no figurase en un Registro Nacional de Manufacturas), de cuotas de importaciones de insumos y de subsidios indiscriminados a los alimentos y combustibles (incluso se bajó el precio de las gasolinas) y desde 1970 se controló rígidamente el precio del dólar con un tipo de cambio fijo irreal: el FMÍ estimaba que el valor real del dólar era de 100 soles, mientras que el cambio oficial promedio más usado (existían los «giros» y «certificados») era de 38,70 soles por dólar.

Además, la tenencia de dólares estaba penada con siete años de prisión y una multa de diez veces la cantidad incautada. ¡Como si fueran cocaína! El resultado fue que casi no quedaban reservas internacionales netas en 1975 (cayeron de 600 millones de dólares en 1974 a 100 millones de dólares ese año), año final del desgobierno de Velasco.

Este dólar «aguantado» y la falta de respaldo en dólares del sol generó que al dictador sucesor Morales Bermúdez no le quedara más remedio que devaluar sostenidamente (45 soles por dólar en 1975, 56 soles por dólar en 1976, 84 soles por dólar en 1977, 157 soles por dólar en 1978 y 230 soles por dólar en 1979).

Desde 1974 se dispararon los déficits comerciales, presionando aún más sobre el valor del dólar frente al sol. El 1974 se tuvieron 1.504 millones de dólares de exportaciones contra 2.029 millones de dólares de importaciones. Al año siguiente, el final de Velasco, fueron 1.290 millones de dólares de exportaciones contra 2.585 millones de dólares en importaciones, brecha ya insostenible.

También se recurrió a la emisión inorgánica de billetes (Velasco más que cuadruplicó el circulante que heredó), desde un BCR domesticado, para tapar los «huecos» fiscales que estas absurdas políticas generaban, aunque por aquellos tiempos el crédito internacional desde los bancos fue asequible, por lo que la dictadura recurrió al endeudamiento extemo para mantener este esquema de fantasía.

Fsn nrioinn míe nuestra deuda externa se trinlirase de ROO millones de

dólares (en 1968) a 3.066 de dólares (al final del velascato en 1975). Como consecuencia, el 15% de las exportaciones y el 15% del presupuesto nacional se convirtieron en el 37% de las exportaciones y el 26% del presupuesto nacional. Así, el servicio de la deuda extema pasó a consumir la cuarta parte de los gastos del Estado y se volvió una eterna fuente de problemas con los circuitos financieros internacionales por retrasos e impagos.

El principal problema de la deuda extema peruana era que en gran parte (49%) estaba tomada con la implacable banca privada (solo el gobierno de Japón los igualaba en dureza para cobrar) y a tasas de interés variables internacionales (que se fueron después a las nubes).

El gran aumento de la deuda extema peruana se dio por tres hechos: la política de subsidios, un colosal y carísimo programa de rearme (blindados y artillería rusos, reactores rusos y franceses, submarinos alemanes) para atacar a Chile, esa locura de Velasco que finalmente precipitó su caída, y la excesivamente costosa construcción de un oleoducto petrolero desde la selva peruana.

Otra decisión que desnuda la irresponsabilidad económica velasquista fue la de mantener artificialmente congelados los precios de las gasolinas tras la abrupta subida al triple del precio del barril del petróleo en 1973. Esta alza internacional sucedió como consecuencia de un boicot árabe a Occidente en castigo a su apoyo a Israel en la Guerra del Yom Kippur. Así, un galón de gasolina en 1975 tenía un costo menor que en 1968.

Como medida desesperada, se ordenó un sistema de usos de autos de acuerdo con calcomanías redondas de colores (azul: no podían circular martes y jueves, roja: no podían circular lunes ni miércoles, blanca: no podía circular los fines de semana), que llevaban la leyenda «Ahorro es progreso». ¡Por supuesto que la medida no sirvió para nada!

Todo esto significó que el déficit fiscal alcanzase una cifra descomunal de casi el 10% del PBI en 1975, año final del velascato (¡se pasó de 382 millones de soles en rojo en 1969 a los también deficitarios 30.591 millones de soles en 1975!). El aumento ineludible de los precios de los fertilizantes al subir tanto el barril de petróleo debió trasladarse a los productos agrícolas, lo que se impidió a través de subsidios masivos. Postergar el impacto económico en el Perú del inmenso *shock* del petróleo de 1973 incrementó significativamente el desequilibrio fiscal y cambiarlo.

El espejismo petrolero de Bischoff

Al parecer, mucha de la irresponsabilidad fiscal de los militares se debió al convencimiento de que todas las cuentas estatales estarían sobradamente cubiertas con el chorro de petróleo que saldría de la selva.

Esta creencia se originó porque el consultor alemán y catedrático de la Universidad de Colonia Gerhard Bischoff (1925-2001) les había asegurado que en nuestra Amazonia había tanto petróleo como en Venezuela o, por lo menos, como en Ecuador. Este charlatán teutón les aseguró a los militares que Perú estaría produciendo un millón de barriles diarios de crudo en 1985 y aconsejó que Japón era nuestro mercado natural de exportación de petróleo.

En 1973 empezó la construcción del costoso oleoducto con financiamiento japonés, alentado por los descubrimientos iniciales en Trompeteros (1971), Pavayacu y Capirona (1972), pozos que milagrosamente dieron petróleo a la primera perforación. Por desconfiar de un supuesto prochilenismo de Brasil, que nos podría bloquear la salida al Atlántico por el río Amazonas, Velasco prefirió la aventura de edificar este complicado ducto —que atravesaba la sierra desde la selva hacia el mar— a seguir sacando el crudo peruano al Atlántico a través de barcazas, una solución mucho más económica.

Esta obra le significó al Perú el nacimiento de una monumental deuda con el Japón (consorcio Japeco). Incluso se firmó un lesivo contrato para el país, según el cual Velasco aceptó someterse a los tribunales ordinarios nipones, violando nuestra soberanía jurídica. Precisamente, por criticar este acuerdo fueron deportados varios juristas (Vicente Ugarte del Pino, Carlos Balarezo y Gonzalo Ortiz de Zevallos), así como los periodistas *Paco* Igartua, Juan Zegarra Russo, Guido Chirinos, Mario Castro Arenas, Arturo Salazar Larraín, Enrique Chirinos, Óscar Díaz Bravo, César Martín Barreda y Federico Prieto Celi.

Lamentablemente, toda esta ilusión petrolera fue nada más que un espejismo y ni siquiera pudimos nunca alcanzar a Ecuador en producción. Por otro lado, el precio del cobre, la más importante exportación peruana, tuvo un inusitado *«rally»* alcista a mediados de los 70. Los militares esperaron que esos excelentes precios se mantuvieran por años y que además coincidieran con la apertura del yacimiento de Cuajone a fines de la década. Sin embargo, más bien el precio del metal rojo se desplomó en los mercados internacionales por varios años, lo que afectó mucho a nuestra balanza comercial F.S nilp el sprtnr minpm fiií» rlfc^uiHorlr» »r lo milltorao

gobiernos siguientes que mantuvieron el MEV. Salvo la firma en 1969 con la Southern Perú para el desarrollo del yacimiento cuprífero de Cuajone, hasta mediados de la década de 1990 no se desarrollaron grandes minas nuevas en el Perú.

Hablando de comercio exterior, otro craso error del MEV fue la profundización del modelo de Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISIS), ideado por el economista argentino de izquierdas Raúl Prebisch y fomentado por la Comisión Económica para América Latina (Cepal). Es cierto que el primer belaundismo empezó a implementar este modelo ISIS en el Perú, pero fue Velasco quien lo adoptó a fondo y se mantuvo casi intacto hasta 1992.

A grandes rasgos, se afirmaba que la periferia (los países subdesarroliados) solo producía materias primas, que cada vez eran más baratas, para abastecer con ellas al «centro» (los países desarrollados), y con las ganancias comprarles bienes industriales, cada vez más caros, a estos últimos.

Entonces, los términos de intercambio cada vez eran menos beneficiosos para la «periferia», así que esta tenía que industrializarse. Para ello, debía apelarse al más alto proteccionismo, al control del precio del dólar y a los subsidios (tanto a las industrias como desde el campo a la ciudad) para fomentar una manufactura nacional que abasteciera el mercado interno. Era como la búsqueda de una autarquía industrial, complementada por una mano de obra cara y protegida del despido. El problema es que este esquema creaba una industria local artificial por rentista y nada competitiva, que vendía productos caros y deficientes a la población. No había innovación y se demandaban muchos dólares para suministrar insumos a esta industria local, divisas que el esquema no generaba por haber descuidado las exportaciones.

Eso a menudo provocaba crisis periódicas de balanza de pagos y comercial, las que se saldaban con abruptas devaluaciones inflacionistas, al menos que se recurriese al endeudamiento extemo (como Velasco y toda Latinoamérica lo hicieron) para mantener este tan artificial modelo.

Los caros juguetitos letales

El armamentismo también fue otro factor decisivo en la generación de la deuda externa: llegó a representar la cuarta parte de ella. Dado su revanchismo antichileno y su alejamiento de Estados Unidos como proveedor bélico (distanciamiento que venía desde el primer belaundismo, cuando Estados Unidos absurdamente se negó a vender los irrelevantesyete F-5 al Perú en 1967), Velasco compró al crédito costosos tanques T-55 y artillería rusa, submarinos alemanes y cazabombarderos Mirage (Francia) y MIG (Rusia), entre otros onerosos juguetes letales. Por eso, el Perú quintuplicaba en artillería, cuadruplicaba en tanques, triplicaba en camiones militares y duplicaba *en jets* a Chile en 1974. Solo había cierta paridad o una ligera ventaja mapochina en la Marina de superficie (tres cruceros en ambos lados, seis destructores sureños versus cuatro peruanos), mientras que el Perú cuadruplicaba a Chile en submarinos operativos (cuatro contra uno).

Uno de los motivos fundamentales para esta carrera armamentista fue la paranoia del régimen velasquista frente al entorno internacional, que lo había aislado a nivel americano, tanto de las democracias (México, Colombia, Venezuela, Canadá, Costa Rica) como de las dictaduras de derechas (Argentina, Bolivia banzerista, Chile, Paraguay, Uruguay, Brasil) y más aún de Estados Unidos. Velasco solo tenía cercanía a la Cuba de Fidel Castro y al Panamá del populista-nacionalista Ornar Torrijos, pues otros gobernantes de izquierda, como el chileno Allende y el boliviano Torres, habían sido derrocados.

Entre el régimen de Velasco y la España franquista, la Inglaterra del conservador Heath, la Alemania de Willy Brandt y todo el norte europeo no hubo ningún vínculo. Las relaciones con Francia, salvo para la venta de Mirages, fueron tensas por mucho tiempo, debido a las pruebas nucleares galas en el atolón Mururoa del Pacífico, lo que motivó incluso que Lima rompiese brevemente relaciones con París.

Solamente la URSS, sus países satélites del Pacto de Varsovia y la Yugoslavia de Tito veían al Perú con buenos ojos, además de varios irrelevantes países asiáticos y africanos. En resumen, el Perú estuvo muy aislado diplomáticamente en aquellos años, hecho profundizado por una hiperproteccionista política comercial y una desafortunada apuesta por un Pacto Andino, aquel ente político-comercial que posteriormente se redefinió como Comunidad Andina de Naciones y que nunca funcionó.

Según trascendió desde fuentes militares, Velasco tenía pensado atacar

al Chile pinochetista (Operación Negro-1) el sábado 6 de setiembre de 1975, al acercarse el centenario de la Guerra del Pacífico (1879). Su idea habría sido recuperar Arica en una guerra relámpago y luego, ya como un victorioso mariscal, entregarle el poder a Tantaleán el 3 de octubre siguiente, duodécimo aniversario del golpe. El impedir tanto esta incierta locura bélica como la llegada de Tantaleán a la presidencia, habría forzado una alianza entre los militares «rojos» (Fernández Maldonado, Leónidas Rodríguez, etc.) e «instirucionalistas» (el grupo de Morales Bermúdez, que no eran ni chicha ni limonada).

La inmolación de Bobbio

La muerte política de la izquierda durante el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas sucedió con la insurrección del derechista general EP Carlos Bobbio Centurión en la Escuela Militar de Chorrillos el viernes 9 de julio de 1976, tras unos disturbios callejeros ocurridos a principios de mes por un «paquete de medidas económicas» (este sería el primero de los bautizados como «paquetazos» por el ingenio popular). Según documentos desclasificados de la embajada estadounidense, Bobbio andaba descontento con el rumbo izquierdista que aún mantenía el gobierno y había tenido varios serios roces con el castrista premier Fernández Maldonado.

También los norteamericanos especulaban que Fernández Maldonado había intentado pasar al retiro a Bobbio y eso había provocado su acuartelamiento en Chorrillos. La cosa pudo haber pasado a mayores, pues sospechaban de simpatías hacia Bobbio en la región militar de Arequipa. Bobbio aceptó deponer su rebelión y pasar al retiro (que le tocaba recién en 1981) con la condición de que toda la camarilla militar de izquierda (Jorge Fernández Maldonado del premierato, Miguel Ángel de la Flor de Torre Tagle, Enrique Gallegos Venero de Agricultura, etc.) también dejara el servicio activo. Fue así que por Bobbio se frenó por fin la aparentemente imparable marcha política del país hacia el castrismo. Un tiempo después, el siempre dubitativo y tibio Morales Bermúdez anunciaría que el término *socialismo* desaparecía del vocabulario de la revolución.

Bobbio había escrito en 1970 la obra *El Ejército, el oficial y la política,* donde preconizaba que los uniformados permanecieran al margen de las manipulaciones de los políticos, lo que constituía una crítica velada a los

asesores marxistas de Velasco. Años después, postuló, sin éxito, por el PPC, para una curul en la Asamblea Constituyente. El almirante Luis Giampietri ha dicho sobre Bobbio que era «un oficial extraordinario, a quien nadie en el Perú le ha reconocido que impidió que el país se volviera comunista». Desde estas páginas contamos la historia y le damos ese reconocimiento.

Fue por aquellos días que se formó un grupo marxista-velasquista en el Ejército llamado la «ORGA» y vinculado al PSR por Rafael Roncagliolo. Habían programado un golpe de Estado para el 20 de julio de 1976, que fue felizmente abortado y que significó una limpieza final de los oficiales velasquistas de menor rango en el Ejército. Se podría decir, entonces, que el régimen político velasquista murió el 16 de julio de 1976 por toda esta salida de los militares rojos, salvo Rafael Hoyos Rubio. Este último fallecería como jefe supremo del Ejército en un extraño accidente de aviación durante las escaramuzas con Ecuador en 1981, durante el conflicto conocido como el Falso Paquisha.

El velasquismo sufrió otro golpe irreparable con la muerte del dictador por septicemia, el 24 de diciembre de 1977, a las 8:10 a.m. Muchos de sus enemigos la consideran, con mucho humor negro, como «un regalo de Navidad».

Morales Bermúdez o un Hamlet militar en el poder

Los rojos no dejan de repetir la necedad de que el gobierno de Morales Bermúdez fue «contrarrevolucionario», básicamente porque se vio obligado a tomar medidas económicas de ajuste, dada la crisis económica estructural que el modelo económico velasquista —que él ayudó tanto a insertar desde su puesto de ministro de Economía— suscitó.

Dada la difícil crisis económica, Morales Bermúdez puso al primer ministro civil del régimen militar en su primer gabinete: Luis Barúa Castañeda en el MEF. El segundo civil en llegar sería el correcto diplomático José de la Puente Rabdill, quien reemplazó al militar velasquista De la Flor en Torre Tagle. Pero Barúa no solucionó nada a pesar de que los «gasolinazos» abundaron y el dólar pasó de 38 soles a 65 soles el 16 de mayo de 1977. Su ajuste, que prometía «una canasta básica donde alcanzaba nara dos eervecitas» fue insuficiente, núes lo aue se debía hacer eran

al Chile pinochetista (Operación Negro-1) el sábado 6 de setiembre de 1975, al acercarse el centenario de la Guerra del Pacífico (1879). Su idea habría sido recuperar Arica en una guerra relámpago y luego, ya como un victorioso mariscal, entregarle el poder a Tantaleán el 3 de octubre siguiente, duodécimo aniversario del golpe. El impedir tanto esta incierta locura bélica como la llegada de Tantaleán a la presidencia, habría forzado una alianza entre los militares «rojos» (Fernández Maldonado, Leónidas Rodríguez, etc.) e «instirucionalistas» (el grupo de Morales Bermúdez, que no eran ni chicha ni limonada).

La inmolación de Bobbio

La muerte política de la izquierda durante el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas sucedió con la insurrección del derechista general EP Carlos Bobbio Centurión en la Escuela Militar de Chorrillos el viernes 9 de julio de 1976, tras unos disturbios callejeros ocurridos a principios de mes por un «paquete de medidas económicas» (este sería el primero de los bautizados como «paquetazos» por el ingenio popular). Según documentos desclasificados de la embajada estadounidense, Bobbio andaba descontento con el rumbo izquierdista que aún mantenía el gobierno y había tenido varios serios roces con el castrista premier Fernández Maldonado.

También los norteamericanos especulaban que Fernández Maldonado había intentado pasar al retiro a Bobbio y eso había provocado su acuartelamiento en Chorrillos. La cosa pudo haber pasado a mayores, pues sospechaban de simpatías hacia Bobbio en la región militar de Arequipa. Bobbio aceptó deponer su rebelión y pasar al retiro (que le tocaba recién en 1981) con la condición de que toda la camarilla militar de izquierda (Jorge Fernández Maldonado del premierato, Miguel Ángel de la Flor de Torre Tagle, Enrique Gallegos Venero de Agricultura, etc.) también dejara el servicio activo. Fue así que por Bobbio se frenó por fin la aparentemente imparable marcha política del país hacia el castrismo. Un tiempo después, el siempre dubitativo y tibio Morales Bermúdez anunciaría que el término *socialismo* desaparecía del vocabulario de la revolución.

Bobbio había escrito en 1970 la obra *El Ejército, el oficial y la política,* donde preconizaba que los uniformados permanecieran al margen de las manipulaciones de los políticos, lo que constituía una crítica velada a los

asesores marxistas de Velasco. Años después, postuló, sin éxito, por el PPC, para una curul en la Asamblea Constituyente. El almirante Luis Giampietri ha dicho sobre Bobbio que era «un oficial extraordinario, a quien nadie en el Perú le ha reconocido que impidió que el país se volviera comunista». Desde estas páginas contamos la historia y le damos ese reconocimiento.

Fue por aquellos días que se formó un grupo marxista-velasquista en el Ejército llamado la «ORGA» y vinculado al PSR por Rafael Roncagliolo. Habían programado un golpe de Estado para el 20 de julio de 1976, que fue felizmente abortado y que significó una limpieza final de los oficiales velasquistas de menor rango en el Ejército. Se podría decir, entonces, que el régimen político velasquista murió el 16 de julio de 1976 por toda esta salida de los militares rojos, salvo Rafael Hoyos Rubio. Este último fallecería como jefe supremo del Ejército en un extraño accidente de aviación durante las escaramuzas con Ecuador en 1981, durante el conflicto conocido como el Falso Paquisha.

El velasquismo sufrió otro golpe irreparable con la muerte del dictador por septicemia, el 24 de diciembre de 1977, a las 8:10 a.m. Muchos de sus enemigos la consideran, con mucho humor negro, como «un regalo de Navidad».

Morales Bermúdez o un Hamlet militar en el poder

Los rojos no dejan de repetir la necedad de que el gobierno de Morales Bermúdez fue «contrarrevolucionario», básicamente porque se vio obligado a tomar medidas económicas de ajuste, dada la crisis económica estructural que el modelo económico velasquista —que él ayudó tanto a insertar desde su puesto de ministro de Economía— suscitó.

Dada la difícil crisis económica, Morales Bermúdez puso al primer ministro civil del régimen militar en su primer gabinete: Luis Barúa Castañeda en el MEF. El segundo civil en llegar sería el correcto diplomático José de la Puente Rabdill, quien reemplazó al militar velasquista De la Flor en Torre Tagle. Pero Barúa no solucionó nada a pesar de que los «gasolinazos» abundaron y el dólar pasó de 38 soles a 65 soles el 16 de mayo de 1977. Su ajuste, que prometía «una canasta básica donde alcanzaba oara dos cervecitas». fue insuficiente, oues lo aue se debía hacer eran

cambios económicos estructurales, a los que los militares se resistían.

Barúa fue reemplazado el 16 de mayo de 1977 por Walter. Piazza Tangüis, un hábil empresario constructor que sí planteó desmontar el modelo económico velasquista para sanear estructuralmente a la economía. Proponer eso duramente en una franca exposición televisiva, así como el sinceramiento total de los precios de la gasolina (50% de aumento) y su veto a una carísima compra *de jets* por la FAP (posiblemente las «coimas» pactadas pesaron mucho...), determinó que fuera «renunciado» el 6 de julio de ese año, sin llegar a los dos meses de gestión.

Le sucedió el desastroso general Alcibíades Sáenz Barsallo, quien llevó la economía peruana a sus mínimos. Su sucesor fue Javier Silva Ruete (15 mayo de 1978), quien la estabilizó, acompañado del capaz Manuel Moreyra Loredo en el BCR y de una fuerte subida en los precios de los metales, especialmente de la plata, que se disparó a 50 dólares por el fallido intento monopolístico de los especuladores hermanos Hunt. Silva Ruete permaneció en el .MEF hasta el relevo del gobierno militar por el segundo belaundismo y fungió durante ese lapso como un virtual premier en la sombra.

Si algo se va a recordar de la mediocre presidencia de Morales Bermúdez serán los «piquetazos» de ajuste económico que inauguró, esas brutales alzas periódicas de precios (e impuestos a veces) que se volvieron costumbre en el Perú hasta el ñrjimorismo. Pero algo bueno hizo. Por ejemplo, una medida positiva, considerada «contrarrevolucionaria» para la izquierda, fue alargar de tres meses a tres años el plazo, para acceder a la estabilidad laboral absoluta.

También Morales Bermúdez apartó a los elementos civiles más rojos de la administración pública y de los diarios, además de enterrar al Sinamos, la CTRP (central obrera velasquista), al SERP (sindicato magisterial velasquista), la CNA (central agraria velasquista) y la propiedad social.

Asimismo, al eliminarse las metas de la cogestión y la copropiedad, las comunidades laborales fueron atenuadas, mientras que las acciones laborales quedaron como acciones de inversión, sin derecho a voto y a dividendos (estas son aquellas que Javier Diez Canseco quiso volver acciones comunes en un súbito interés de este extremista por el mundo bursátil).

Pero el golpe más duro que le infringió a la izquierda —y la razón por la que lo odian tanto— fue su decisión de permitir un gigantesco despido masivo de sindicalistas rojos con el Decreto Ley 10-77/Trabajo del 21 de julio siguiente al tremendo paro nacional del 19 de julio de 1977 (huelga general que motivó que los militares anuncien su retirada del poder, con una Asamblea Constituyente en 1978, a la que le seguirían elecciones generales

en 1980). Esos despidos significaron la desarticulación de todo el poder laboral que la CGTP y los comunistas habían conseguido gracias al general velasquista FAP Pedro Sala Orozco, ministro de Trabajo durante la mayor parte de ese régimen (1970-1974; también llegó a liderar Sinamos en 1975).

Morales Bermúdez también reprimió a los demenciales ultras maoístas del Sutep, por lo que su régimen resistió infinidad de huelgas y marchas obreras, estudiantiles y magisteriales. Sin embargo, no tomó medidas contra Sendero Luminoso al final de su gobierno, pese a las advertencias de sus servicios de Inteligencia.

Asimismo, depuró al ala derechista del Ejército. Primero, al pasar al retiro al general Bobbio Centurión y, luego, al relevar al poderoso general Luis *El Gaucho* Cisneros del Ministerio del Interior y enviarlo a Francia al exilio dorado diplomático. Este inesperado cambio se dio durante una tensa jornada el 12 de mayo de 1978, día en que se rumoró que los generales Cisneros y Pedro Richter Prada habían derrocado a Morales Bermúdez.

También queda en la historia de la gestión de Morales Bermúdez haber desactivado en la Universidad de San Marcos al germen de la organización guerrillera Ejército Popular Peruano (EPP), deteniendo en 1977 a la radical francesa Jacqueline Elau (viuda del mirista Lobatón), a Alberto Ruiz Eldredge (hijo del político velasquista) y al posterior cuadro senderista Raimundo Sanabria.

Cabe aquí recordar que también hubo varios episodios de violencia terrorista sin resolver durante el velasquismo, como el ametrallamiento del vehículo donde viajaba el ministro de Pesquería Tantaleán y el alto mando militar Arbulú Galliani, o el intento de asesinato del alcalde limeño Lizardo Alzamora, frustrado porque el explosivo lanzado a su casa cayó en la piscina y no estalló.

Aparte del desmanejo económico, tomó algunas medidas velasquistoides muy nocivas, como rebajar aún más el límite para la expropiación de tierras bajo la reforma agraria y una socialistoide Ley del Inquilinato que sumergió al sector de construcción para alquilar en el marasmo, al congelar las rentas en pleno proceso inflacionario. Además, tal como se sabe, los abuelos confiaban sus ahorros para la vejez en la compra de predios para vivir de los alquileres, pues no existían esquemas provisionales adecuados. Belaunde arruinó así a miles de ancianos.

Esta ley la promocionó el almirante Gerónimo Caiferata Marazzi, asesinado años después por Sendero Luminoso. El asesor ministerial que diseñó este disparate fue el arquitecto Carlos De Martis, un exacciopopulista que en 1968 no llegó a jurar como ministro de Fomento be-

laundista a minutos de hacerlo, por ponerse inesperadamente a discutir con el presidente Belaunde.

Y sobre esa idea beatificante de que Morales Bermúdez «nos devolvió a la democracia» como un gran mérito personal, hay que puntualizar que lo hizo porque no le quedaba más remedio ante la crisis económica y la tremenda impopularidad de la dictadura militar a esas alturas. ¡De haber creído algo en la democracia, habría procedido a la devolución de la prensa expropiada, otro de sus peores errores!

Es más, este señor presionó exitosamente a la Asamblea Constituyente para que inserte al modelo económico velasquista en la rojimia Constitución del 79, la peor que hemos tenido en este desventurado país y que fue fundamental para mantener por décadas a este nefasto esquema (lo mejor que le pudo al país fue el reemplazo con la Constitución de 1993).

Pero dejemos ya a los militares y regresemos a la izquierda.

¡La izquierda se vuelve Godzilla!

Para nadie pasaba desapercibido el poder sindical e intelectual izquierdista. Sin embargo, lo que realmente reveló el gran músculo de esta tendencia política fueron las elecciones para la Asamblea Constituyente de 1978, donde alcanzaron un inesperado 30% de los votos, a pesar de tener candidatos detenidos o perseguidos.

El mayor partido ganador de la izquierda en esta contienda fue el trotskista Focep, que, bajo el liderazgo de Hugo Blanco, llegó al 12% de los votos, mientras que los decepcionados herederos del velasquis-mo, agrupados en el Partido Socialista Revolucionario, quedaron muy atrás.

El Focep obtuvo 12 representantes contra seis de los comunistas moscovitas, seis velasquistas del PSR y cuatro ultras de la UDP (VR, PCR y MIR IV-Etapa). A ellos se unían dos democristianos y cuatro del puneño Frenatraca como «compañeros de viaje». ¡Ni la misma izquierda se creyó al comienzo tal éxito! Cabe recordar que incluso el escritor Manuel Scorza renunció al Focep en vísperas de los comicios, pues no creía que este partido fuese a tener una representadvidad electoral importante.

El gran ausente fue la agrupación maoísta Patria Roja, que perdió una gran oportunidad política por su dogmático repudio a «la democracia

formal». Tampoco el belaundismo se presentò, porque Belaunde decidió que esa Asamblea solo traería desgaste político y que lo más sabio políticamente era colocarse en la oposición más antimilitarista. Fue decisivo para barrer en las elecciones presidenciales siguientes.

La actuación de la izquierda en la Asamblea Constituyente fue lamentable. Se limitó a utilizar este foro como una «caja de resonancia» para protestar y demostrar su rechazo a la «democracia formal burguesa». ¡Hubo incluso quienes, como Javier Diez Canseco, se negaron a firmar la Constitución del 78 y, paradójicamente, años después reclamaron que esta Carta Magna reemplazara a la de 1993 !

La izquierda, en cambio, tuvo una pésima performance en las siguientes elecciones generales de 1980 por las siguientes razones: a) un infantil desempeño en la Constituyente, b) la decisión «realpolitika» de muchos izquierdistas de votar por Belaunde como el mal menor que podría frenar al APRA (aún no se aplicaba la segunda vuelta presidencial), y c) la división política y por culpa casi exclusiva de Hugo Blanco—, acaecida el 27 febrero de 1980, de la Alianza Revolucionaria de Izquierda (ARI o sí en quechua), paraguas político que unificaba a toda la izquierda. Eso significó que se presentara atomizada a dichos comicios.

Así, Hugo Blanco y su PRT apenas llegaron al 4%, seguido por el maoista Horacio Zevallos de UNIR con 3%, el militar velasquista del PSR Leónidas Rodríguez con 3%, el casuista Carlos Malpica con 2%, el folclòrico focepista Genaro Ledesma con 1,5%, el también velasquista Gustavo Mohme con 03%, el también militar velasquista Javier Tantaleán con 0,4%). Es decir, pasaron del 30% de 1977 a un 14% aproximadamente (sin contar al «telúrico» partido puneño Frenatraca).

El caudillismo, el sectarismo, las «capillas» (minipartidos o grupúsculos), el «cuoteo» (repartir sitios en las listas electorales por negociaciones y no por «un militante, un voto»), el «purismo» ideológico, el protagonismo y el afán hegemonista de algunos son los males que siempre han aquejado a nuestra Izquierda.

En cuanto al nacimiento de la violencia terrorista en nuestro país, la responsabilidad de la izquierda en este fenómeno está muy bien representada por Horacio Zevallos, el candidato de UNIR (el nombre electoral de Patria Roja) y cabecilla del Sutep, quien alocadamente terminaba sus manifestaciones agitando un fusil de madera para glorificar la toma violenta del poder.

El 18 de mayo de 1980, día de las elecciones generales, Sendero Luminoso quemó las ánforas electorales en el pueblo ayacuchano de

Chuschi, iniciando así la agresión terrorista al Perú.

El tumor alcanza su esplendor

Tras el descalabro electoral de 1980, varios partidos de la izquierda (Focep, PCP, PSR, Patria Roja, APS, PCR, MIR, UNIR, Frenatraca y UDP) se aglutinaron el 11 de setiembre de 1980 bajo el membrete de Izquierda Unida y de una bandera con las siglas IU como logo.

El Frenatraca, del puneño clan Cáceres —apodados genialmente «los Kennedy del Altiplano» por Enrique Chirinos Soto—, se retiró a tan solo dos semanas de haberse formado esta coalición y se dedicó a la vida política por su cuenta, con cierta implantación en Arequipa y especialmente en Puno. Era un partido de un seudoizquierdismo apoyado en una demagogia indigenista, liderado por su oportunista caudillo Roger Cáceres Velásquez, democristiano en su juventud. De 1956 al año 2000 fue casi ininterrumpidamente congresista y tres veces candidato presidencial (1980, 1985 y 1990). Si me preguntan a qué político actual me recuerda, respondería que a Yonhy Lescano.

A pesar de este revés, en las casi inmediatas elecciones municipales de noviembre de 1980, la izquierda ocupó sorpresivamente el segundo lugar en Lima con Alfonso Barrantes (28%), después del candidato oficialista Eduardo Orrego (35%). IU ganó la mayor parte de distritos pobres ubicados en los conos de Lima y obtuvo sorpresivamente las alcaldías de Arequipa, Tacna, Huaraz y Ayacucho, amén de numerosas plazas importantes en provincias, demostrando que el fiasco de 1980 había sido un espejismo para quienes la creían en vías de extinción. Con casi el 24% de votos a nivel nacional, la izquierda se situó en el segundo lugar tras Acción Popular (36%) y superó al APRA (22%). No obtiene el impresionante 30%> de los votos nacionales de 1978 en la Constituyente, pero supera por bastante al magro 14% de las elecciones generales de 1980.

Por aquellos años, la izquierda estaba muy marcada por dos fenómenos en su actitud frente a «la violencia revolucionaria»:

1. El derrocamiento de Salvador Allende en Chile por el golpe oinochetista (1973). aue convenció a muchos de que las urnas no

eran el camino de la revolución socialista. La anterior derrota electoral del militar comunista Líber Seregni en Uruguay (1971), a pesar de ser el gran favorito, también había profundizado esas dudas.

2. El triunfo militar del sandinismo en Nicaragua sobre la dictadura de Anastasio Somoza II y la cercanía al triunfo de la guerrilla marxista salvadoreña Farabundo Martí (FMNL) convencieron a muchos de que la lucha armada era el único camino al poder.

Pero lo más importante que la izquierda encontró en estas elecciones fue a un candidato estrella (ojo, que no a un caudillo): el abogado Alfonso Barrantes Lingán, cuyo carisma se reflejaba en su cariñoso apodo: Frejolito. La dulzura, la cortesía, su astucia, la parsimonia y el ingenio de Barrantes escondían muy bien a un comunista estalinista clásico, muy cercano a La Habana (en su primera juventud fue aprista y reafirmó su estalinismo en una entrevista en la revista Oiga en 1984).

Salvo el fugaz protagonismo de Hugo Blanco en 1978, la izquierda jamás había tenido a un personaje tan carismàtico al frente.

Solamente con Barrantes el tren de la izquierda hallaría una racha ganadora: la alcaldía de Lima en 1983, con 36% de los votos en la capital y 29% a nivel nacional; un meritorio segundo lugar (25%) en las elecciones generales de 1985; y ese máximo histórico del 36% del voto nacional en las siguientes elecciones edil es de 1986, donde Barrantes quedó segundo (35%) en Lima en unas elecciones muy polémicas y cuestionadas, que las ganó apretadamente el candidato aprista Jorge del Castillo (38%).

Del Castillo estuvo ayudado irregularmente por un prohibido «balconazo» presidencial del entonces muy popular presidente Alan García la noche anterior y también por la escandalosa difusión de un vedado sondeo electoral al mediodía del día electoral. Los resultados a favor del APRA, fueron dados a conocer un largo e insólito mes después por Luz Aurea Sáenz, la titular del Jurado Electoral de Lima, que juego fue inesperadamente nombrada como contralora general.

Antes de su desplome en las elecciones ediles de 1989 y generales de 1990, las encuestas le daban el primer lugar (34%) en intención de voto a Barrantes e TU en enero de 1988, liderazgo que se amplió al 36% en marzo de 1989, con un cómodo primer puesto de 38% en Lima.

¿Por qué en tan poco tiempo la izquierda retrocedería abruptamente al

13% en las elecciones ediles limeñas de noviembre de 1989 (11% de Henry Pease con IU y 2% de Enrique Bemales con Acuerdo Socialista)? ¿Por qué en las presidenciales de 1990 obtuvo un resultado similar (8% de Henry Pease con IU y 5% de Barrantes con Izquierda Socialista), una votación aún menor a la del 14% de 1980? ¿Por qué el 2% de IU y su candidato Agustín Haya en 1995? ¿Por qué el 0,6% de Susana Villarán, el 0,5% de Javier Diez Canseco y el 0,3% de Patria Roja en las elecciones presidenciales del 2006? ¿Por qué la izquierda peruana casi se extinguiría por años, hasta parecer resucitar de la mano de un candidato ajeno como Ollanta Húmala y de una afortunada Susana Villarán en el siglo XXI?

¿Qué sucedió? Varias cosas, como:

1. La caída del Muro de Berlín: la abrupta desaparición del Imperio soviético y del «socialismo real» (comunismo) a finales de 1989 deshizo un mito que ya venía languideciendo desde hacía años. Observar a masas celebrando la caída de regímenes comunistas que supuestamente las beneficiaban demolió toda la legitimidad intelectual y el atractivo político de la izquierda mundial. Esa onda llegó al Perú coincidiendo con las elecciones generales de 1990, lo que pulverizó a sus candidatos Barrantes y al nada carismàtico Henry Pease.
2. El divisionismo: IU nunca fue un partido basado en el principio democrático de «un militante, un voto», sino una confederación de pequeños vehículos electorales que negociaban cada espacio al «cuoteo» y que se trataban con el mayor cainismo para lo extemo y con la dictadura del sistema leninista del «centralismo democrático» para las decisiones internas. Usando la estupenda definición que le aplicó el político Andrés Townsend a Acción Popular en la década de 1960, IU era «una Federación de Independientes».
3. La confusión con el APRA: la gran cercanía personal entre Barrantes y Alan García, que generaba que el primero fuese muy pasivo en sus críticas al «Aprocalipsis», motivó que la población terminase pensando que las posiciones del. APRA y la izquierda eran muy similares y que conducirían a los mismos resultados catastróficos. Que la izquierda haya apoyado el impopular intento de estatización de la Banca ahondó esta percepción. Finalmente, fue muy exitosa la campaña del diario *Expreso* sobre las similitudes entre el programa económico de la izquierda y el que

Alan Garría hühío o ^ I o í —?

inflación, miseria, desempleo y escasez. Sin embargo, la izquierda alega que el Plan Amaru de su economista Osear Dancourt para detener la inflación era muy distinto al esquema aprista. Igual, esa asociación los marcó durante toda la década de 1990.

La irrupción del fujimorismo: ese movimiento populista de derechas que es el fujimorismo capturó desde los 90 los votos de los otrora bastiones izquierdistas tal como ahora el lepenismo francés y el ukipismo inglés obtienen sus mejores resultados en barrios que fueron comunistas y laboristas, respectivamente. El pragmatismo fujimorista se engulló al tradicional elector marginal de izquierda, al entender mejor al individualista «emprendedor» informal, aquel que busca propiedad y riqueza y no las reivindicaciones típicas de la clase obrera clásica. Por eso Máximo San Román fue el compañero de fórmula perfecto para Fujimori en 1990. La izquierda menospreció al «emprendedor emergente», migrante y urbano, frente a su idealizado obrero proletario clásico, y no se dio cuenta de que su votante en los 80 había provenido de este sector aún entonces en fermentación.

Mucho general, pocos soldados: un problema estructural de la izquierda peruana fue que ninguno de sus partidos hizo el camino de «partido de cuadros» a «partido de masas», lo que pudo haber ocurrido a partir del Congreso de Huampaní si todos los minipartidos izquierdistas se unían. Salvo Patria Roja y su bolsón electoral de profesores provincianos, todos los demás partidos rojos no pasaban de ser más que clubes de intelectualoides, profesionales y politiqueros limeños. Sin masas fieles, se quedaron sin votos repentinamente. Dentro de esta tónica, tampoco superaron los viejos vicios peruanos de la «argolla» y el caudillismo. Desprestigiado Barrantes, los izquierdistas no pudieron encontrar otro candidato de su mismo carisma para reemplazarlo, como sí sucedió con Haya de la Torre y Alan García.

Desgaste por «políticos tradicionales»: la década de 1980 corroyó a toda la llamada clase política tradicional y la izquierda no se pudo sustraer a ese fenómeno, que en la virtual desaparición del otrora poderoso Acción Popular se vio en su máxima expresión. La izquierda pasó a ser vista como parte de la «clase política tradicional» y eso fue fatal.

7. «Onegeinización»: el bolsillo siempre aprieta al ser humano y la izquierda descubrió que las ONG le permitían un modo de vida muy superior a la política tradicional por los fondos percibidos, con el agregado desque permitían hacer política desde otro ángulo. Un dato curioso es que Deseo, una de las primeras ONG, fue fundada por elementos del PPC, que la perderían a manos de los de Pease y sus rojos. Así, muchos de sus cuadros mesocráticos prefirieron retirarse a las cómodas oficinas de una ONG de derechos humanos o de investigación antes que seguir trepando cerros o seguir perdidos en sus desclasamientos sociales con los más pobres. ¡Chamba es chamba!

¡Chin PUM!

Las pugnas internas comenzaron a agudizarse con la fundación del Partido Unificado Mariateguista (PUM) en octubre de 1984, formado por lo que quedaba de Vanguardia Revolucionaria, PCR y el MIR. Su líder natural fue Javier Diez Canseco, acompañado de los dirigentes menores Carlos Tapia, Santiago Pedraglio y Agustín Haya. El PUM fue un partido castrista bastante radical, que tuvo una división interna entre una vertiente moderada, los «zorros», apodada así por integrar la revista El *Zorro de Arriba y el Zorro de Abajo* (1985), y otra radical, los «libios», cuyo nombre provenía de la influencia del dictador norafricano Gadafi. Circulaba el rumor de que Gadafi había donado cerca de medio millón de dólares para iniciar la lucha armada y que ese capital desapareció misteriosamente en el bolsillo de algún vivaz camarada.

Entre los primeros estaban Rolando Ames, Sinesio López, Jorge Nieto, Santiago Pedraglio, Carlos Iván Degregori, Alberto Adrianzén, Michel Azcueta, Agustín Haya, Julio Castro Gómez y Nicolás Lynch.

Los «libios» era básicamente el grupo de Javier Diez Canseco, Nelson Manrique, Gonzalo Portocarrero, Raúl Wiener y Alberto Flores Galindo.

Ricardo Letts era aún más radical que los «libios», aunque posiblemente no hubo mayor apologista de la violencia revolucionaria en el PUM que Nelson Manrique desde la revista *Márgenes.* Este sector «libio» no descartaba ir a la lucha armada, y durante un Congreso en 1988 planteó

iniciar la insurrección en marzo de 1990. Esta iniciativa motivó el alejamiento de Carlos Tapia. Al parecer, la insurrección iba a estallar por Puno. La idea era imitar al triunfante sandinismo nicaragüense y al poderoso Farabundo Martí salvadoreño, que tan cerca estuvo de acceder al poder por la lucha armada. Al final no se atrevieron a dar el paso. Sin embargo, insistieron en su teoría de la «autodefensa de masas», un vago término para justificar «estar preparados para todas las formas de lucha».

De allí se pasaba a la «autodefensa popular» o «núcleo central para el armamento popular en la defensa y conquista del poder popular». Es que dentro de IU había quienes, como Ricardo Letts, creían en la «teoría de la trenza de tres hebras o trenzas»: una parlamentaria, otra sindical y otra de lucha armada. Pero se cuenta que una charla de un guerrillero enfrió los ánimos violentistas de muchos: les advirtió que debían estar conscientes de que más de la mitad de los asistentes estarían muertos antes de seis meses si iban a la lucha armada, pues la cuota de sangre y sacrificio era muy elevada en una insurrección guerrillera.

Como es bien sabido, Barrantes y Diez Canseco apenas se toleraban. No solo por rivalidades de protagonismos políticos y choques personales por mentalidades y orígenes distintos, sino porque el segundo de ellos era aún muchísimo más radical e inmediatista que el cazurro estalinista cajamarquino, a quienes muchos izquierdistas veían demasiado cautivado por el entonces presidente Alan García y de ser «hamletiano» (dubitativo). No era que el resto de jerarcas rojos se amaran, pero esta era la pugna más encarnizada, que se tradujo en dos corrientes claramente diferenciadas.

Ya tras los comicios generales de 1985 comenzaron los pleitos entre Barran tes y el PUM (que contaba con 13 diputados y senadores propios). El PUM andaba impregnado de «voluntarismo revolucionario», del proyecto de un Frente Revolucionario de Masas (muy similar al sandinismo y al Farabundo Martí) y comenzaba a hablar de «autodefensa» o tercer frente armado frente al terrorismo y al Ejército, mientras que para los barrantistas era más realista apuntar básicamente a las luchas electorales y sindicales.

Además, el barrantismo era muchísimo menos tibio en condenar al terrorismo de Sendero Luminoso (con el MRTA no pasaba igual. TODA la izquierda legal era muy permisiva con el guevarista MRTA. Incluso el moscovita Jorge del Prado sostuvo que «el MRTA no era una organización enemiga [...] Su línea política no puede catalogarse como contraria a la nuestra y a la de IU») que el PUM y sus aliados radicales, que más bien se dedicaban a incordiar exclusivamente a las Fuerzas Armadas por sus excesos. Por ese radicalismo es que dirigentes como Edmundo Murrugarra,

Carlos Tapia y Agustín Haya se alejaron del PUM entre 1987 y 1988.

Otro retoño del PUM y los radicales fue la Asamblea Nacional Popular (ANP) en 1987, un intento desde Villa El Salvador (donde la izquierda formó el Cuaves o la Comunidad Urbana Autogestionaria de Villa El Salvador, ente con un atrabiliario escudo en donde figuraba una lampa cruzada con un fusil y que suplantaba al municipio) de constituir a partir del «poder popular» un gigantesco soviet que le disputase la legitimidad y el poder al Congreso constitucional, desde sindicatos y frentes de defensa. Felizmente la ANP no prosperó, por su propia ineficiencia y por los recelos de Barrantes y el PCP. Este último no quería ni que la CGTP se les fuera de las manos ni que el poder de esta se diluyera en la ANP. Hubo en la ANP hasta elementos filoemerretistas, como Yehude Simón.

Las tensiones prosiguieron y Barrantes renunció a la presidencia de IU en junio de 1987, una jugada basada en la confianza de considerarse la locomotora imprescindible, al encabezar con 36% las encuestas presidenciales, hasta incluso en marzo de 1989, pues su continuo desplome en los sondeos recién comenzaría a darse desde agosto de ese año, cuando cayó al 18%). Barrantes contaba entonces con el PSR, el PCR y los disidentes pumistas como aliados.

Todas estas discrepancias y antipatías se acumularon, hasta estallar en el Congreso de Huampaní de enero de 1989, convocado para darle forma orgánica estructural a los 130 mil militantes cametizados de izquierda. Si bien allí se derrotó la tesis pumista de ir a la lucha armada, el reemplazo del voto secreto por la mano alzada para la toma de decisiones fue el pretexto que Barrantes encontró para forzar su salida de IU. Esto significó que la izquierda acudiera dividida en dos candidatos (el «iuista» Henry Pease y el barrantista Enrique Bemales) a las elecciones ediles de fines de ese año y a las presidenciales de 1990, con resultados catastróficos (sacaron 13% juntos) en estas últimas.

Números aciagos de los cuales no se repondrían por años: en las elecciones de 1995 IU solo obtuvo el 1% en las elecciones de 1995 con Agustín Haya de candidato presidencial. Y la izquierda en el 2006 no llegó ni al 2% en las presidenciales, ni siquiera juntando a sus tres candidatos (Javier Diez Canseco, Villarán y Alberto Moreno de Patria Roja). Sin embargo, la izquierda pareció resucitar en el 2010, con el inesperado éxito de Susana Villarán para la alcaldía limeña, y en el 2011, donde su aparente candidato Ollanta Húmala llegó a la Casa de Pizarro en un segundo intento, aupado por la oficialista izquierda brasileña.

Pero Villarán resultó un fiasco y desperdició una oportunidad de oro

para reflotar a la zurda, mientras que Húmala purgó a casi toda la izquierda de su gobierno desde la salida de Salomón Lemer del premierato en noviembre del 2011. Por algunos años más solo sobrevivieron los rojos Humberto Campodónico en Petroperú y *Mocha* García Naranjo en la embajada peruana en Uruguay.

Hoy en día la izquierda nuevamente experimenta una profunda división entre los radicales antimineros de Tierra y Libertad (que usan el nombre Frente Amplio) contra el más moderado Partido Humanista de ese gran oportunista camaleónico llamado Yehude Simón y los restos del villaranismo y de la izquierda marxista limeña dependiente del expremier humalista Salomón Sioini Lemer, que ahora se hace llamar "Únete por otra Democracia" o "Únete" a secas. Tanto Tierra y Libertad/Frente Amplio como el Partido Humanista poseen la valiosa ventaja de contar con la inscripción electoral en el JNE.

Patria Roja, el partido más organizado de la izquierda y que usa electoralmente el membrete de Movimiento al Socialismo (MAS), parece estar más cercano al segundo grupo mencionado. Por otro lado, el congresista Sergio Tejada ha formado una alianza entre su fantasmagórico Bloque Nacional Popular y el siomismo con el también inscrito Partido Fonavista para salvarse del naufragio.

El Frente Amplio realizó elecciones internas en octubre del 2015 y eligió a la franco-peruana Verónika Mendoza como su candidato presidencial.

El largo invierno rojo de la década de 1990

La izquierda entró completamente desconcertada a la década de 1990. Alberto Fujimori, un ambiguo y exótico advenedizo al que tuvieron que apoyar contra su «bestia negra» Vargas Llosa, había llegado a la presidencia y no sabían bien cómo reaccionar frente a él. No les fue una buena señal que desde el inicio descartarse a un equipo económico izquierdista (Oscar Ugarteche, Santiago Roca) por uno más tradicional (Juan Carlos Hurtado Miller), mientras que prestaban tres ministros al gabinete (Gloria Elelfer, Femando Sánchez Albavera y Carlos Amat y León). Pero esta colaboración del sector izquierdista barrantista duró poco: Amat se marchó de la cartera de

Agricultura en octubre de 1990, la más roja Helfer en diciembre de ese año y el más tecnócrata y menos politizado Sánchez Albavera duró hasta febrero de 1992.

La izquierda tuvo un comportamiento incoherente respecto al fujimorismo antes del golpe del 5 de abril de 1992, al no fomentar una rebelión contra el *shock* económico que Fujimori aplicó al comienzo de su gobierno, como sí lo hubieran hecho con M&rio Vargas Llosa (como gran anécdota queda que Fujimori firmó un comunicado de apoyo a Mario Vargas Llosa en enero de 1975 ante unos ataques del velasquismo al escritor desde la prensa parametrada).

Hubo incluso cierto apoyo parlamentario de la izquierda al oficialismo, pero por aquel tiempo le hizo un escaso bien a la imagen de la izquierda el posterior descubrimiento de que el legislador Manuel Dammert coordinaba directamente en secreto con el ADRA para exculpar al acusado expresidente Alan García.

En 1991 queda prácticamente desmantelado el PSR con la renuncia masiva de sus dirigentes históricos al convencerse finalmente de que la herencia política velasquista era casi nula. También el ya desmoralizado PUM se disolvió en 1996.

La izquierda desapareció durante el fujimorato tanto a nivel político como sindical. No obtuvieron resultados electorales relevantes y el Sutep quedó hecho trizas tras una larga huelga a comienzos de los 90, mientras que los paros de la CGTP fueron neutralizados con la liberalización del transporte: la atomización en combis impidió que los otrora todopoderosos microbuseros, aliados eternos de la CGTP, paralizasen la movilidad de personas, lo que siempre había sido clave para el éxito de los paros comunistas.

Tampoco le hizo mucho bien a la CGTP que su dirigente Mario Huamán Rivera haya matado con su revólver a su cuñado José Kobashigawa en un incidente confuso ocurrido en setiembre de 1993, donde el dirigente registró restos de alcohol y cocaína en el posterior examen toxicológico de ley.

El Poder Judicial sospechosamente fue muy benevolente con Huamán y tan solo lo condenó a un año de prisión condicional suspendida por homicidio culposo y al pago de 500 soles de reparación civil en agosto de 1995, como si tan solo hubiera matado a una mascota doméstica y no a un ser humano. Curiosamente, la Fiscalía no apeló tan magnánimo fallo.

Otro sindicato poderoso que desapareció por aquellos años fue la

Federación de Empleados Bancarios. Solo Construcción Civil quedó como el adalid sindical de la izquierda y tuvo presencia callejera.

Pero la izquierda pronto encontró un nuevo y atractivo filón que repotenció en la década de 1990, que no solo le garantizaba presencia política sino también un cómodo modo de vida: las organizaciones no gubernamentales (ONG). Este término, nacido en 1945, describe a un ente subsidiado por unos terceros donantes para concentrarse en determinadas causas o agendas o simplemente funcionar como *think tanks.* Pueden dedicarse a la caridad, los derechos humanos, la salud, la asesoría legal, la ecología...

En nuestro país están regulados —laxamente— por la Agencia Peruana de Cooperación Internacional, y los donantes pueden ser gobiernos extranjeros (como Usaid o la Cooperación Española), fundaciones (como Oxfam o la Fundación Ford), Iglesias de diversas confesiones u otras ONG.

De las más antiguas tenemos a Deseo (desde 1965 y financiada inicialmente por curas europeos) o el Instituto de Estudios Peruanos (desde 1964). Aparte de estas dos viejas ONG caviares, tenemos otras de izquierda muy activas, como la Comisión Andina de Juristas, el Instituto de Defensa Legal, Aprodeh, Grufide, Red Muqui, Cepes, Conacami, etc.

Los grandes animadores de la filosofía ONG de izquierda en el Perú han sido Diego García-Sayán y Mariano Valderrama León. De este último cuentan incluso que fue el pionero en el *expertise* de gerencia y de armar los contactos de financiamiento.

Las ONG de izquierda y todo el *establishment* caviar que las integra tomaron un gran protagonismo político tras la salida de Fujimori del poder. Su novedosa irrupción —con un lenguaje mezclado de tecnocracia con moralina, el controvertido control de la PUCP por parte de elementos afines caviares y el apoyo del grupo *El Comercio* de aquel entonces, donde contaban con decididos aliados en Augusto Alvarez Rodrich (director de *Perú 21* Osear Malea (director de la revista gratuita *Somosj* y Laura Puertas (directora periodística de América Televisión, Canal 4), además de las muchas simpatías del entonces director Alejandro Miró Quesada y del directivo familiar Bernardo Roca Rey— les permitió marcar exitosamente la agenda política.

Además, García-Sayán —posiblemente el máximo animador del movimiento caviar peruano— tuvo un gran ascendiente sobre el presidente provisorio Paniagua, un político incauto al que le vendió la idea de ia Comisión de la Verdad y Reconciliación siendo su ministro de Justicia.

Diego García Sayán ejerció una gran influencia sobre su sucesor Toledo desde el cargo de canciller que desempeñó. El politólogo marxista Alberto *Beto* Adrianzén también sostuvo mucha injerencia en las decisiones de Paniagua. Fue quien fungió como el principal asesor presidencial de este presidente durante su mandato provisorio.

Otros datos para el recuerdo: Alan García, ya como mandatario peruano, postuló exitosamente a García Sayán para que siguiera como juez en la Corte Interamericana de Derechos Humanos (CIDH). Como se recordará, años atrás el entonces ministro de Justicia García-Sayán gestionó —basado en una resolución de la caviar CIDH del 19 de octubre del 2000)— ante la Corte Suprema que se levantara la contumacia y el impedimento de retomo (Caso 11888, Leyes 26641 y 27163) al entonces prófugo por delitos de corrupción Alan García el 9 de enero del 2001. Ello permitió a García regresar el 27 de enero de ese año al Perú.

Incluso el segundo gobierno de Alan García fue bastante contemplativo con la caviarada y permitió que esta le impusiera la edificación de un Museo de la Memoria en Miraflores, campaña que la izquierda hizo junto a Mario Vargas Llosa, posiblemente deseoso de «desderechizarse» en Europa para ganar el Premio Nobel y también de perjudicar a su odiado fújimorismo.

Este museo era el corolario del más ambicioso proyecto gramsciano de la izquierda peruana para reescribir la historia nacional: la Comisión de la Verdad y Reconciliación. Creada por Valentín Paniagua, allí se formó una nutrida empleocracia de caviares y rojos, que, a un costo de 19 millones de dólares, pretendió insertamos su visión de lo que sucedió bajo el ataque del terrorismo (periodo al que irritantemente denominaron el *conflicto armado interno)* y de lo que deberíamos pensar y recordar.

La idea misma de una Comisión de la Verdad y Reconciliación fue equivocada por cuatro motivos:

1. La lucha antisubversiva la llevaron a cabo gobiernos democráticos y no dictaduras como las de Videla en Argentina o Pinochet en Chile.
2. Jamás hubo una doctrina sistemática y deliberada de exterminio y tortura como en el Cono Sur o Centroamérica.
3. La composición de la Comisión fue un 99% caviar, totalmente parcializada hacia la izquierda.
4. Este tipo de trabajos se hacen muchos años después, cuando las pasiones han baiado v la **obietividad nrima**

Pero retrocedamos de nuevo a la política electoral de la década de 1990. El sector radical formado por Javier Diez Canseco y compañía no quiso presentarse a las elecciones para el. Congreso Constituyente Democrático. Al parecer, quisieron repetir la genial jugada de Fernando Belaunde Terry cuando se abstuvo de participar para la Constituyente de 1978, lo que le permitió «barrer» en las elecciones generales de 1980.

Fue así como la izquierda radical quedó aislada del juego político, mientras que aquellos que postularon con el Movimiento Democrático de Izquierda consiguieron el 6% de los votos y colocaron a cuatro diputados (Henry Pease, Gloria Helfer, el médico ultra Julio Castro Gómez y el casi anónimo Julio Díaz Palacios). De ellos, quien destacó más fue Henry Pease por sus denuncias contra el Grupo Colina.

No le fue mucho mejor a la izquierda en las elecciones de 1995, donde el candidato presidencial de ILT Agustín Haya solo obtuvo el 1% de los votos y solo logró hacer ingresar a Diez Canseco y Rolando Breña como congresistas, al sacar IU un 2% (míseros 80 mil votos) a nivel parlamentario. ¡Este debe haber sido el peor resultado zurdo desde el FLN en 1960Í

Siempre desorientada, la izquierda se aupó en las siguientes elecciones del 2000 a ese extraño bus político en que se ha convertido la Unión por el Perú, llevando a Helfer, Daniel Estrada y Pease a ese fugaz Congreso con el 3% de los votos. UPP volvió a ser el vehículo de la débil izquierda para las elecciones del 2001, llegando al 4% de los votos para el Legislativo. De esta forma, rojos beligerantes como Javier Diez Canseco y Daniel Estrada, justo aquellos que juntos hicieron tanto para frustrar al proyecto Camisea en el año 1988, ingresaron a este Congreso.

Javier Diez Canseco se dedicó básicamente a perseguir —justificada e injustificadamente— a sus enemigos fujimoristas y militares, a desprestigiar las privatizaciones y cualquier reforma económica de los 90, y a iniciativas para discapacitados y bursátiles, abriéndose un espacio mediático amplio con su jacobinismo. Estrada, en cambio, no pudo destacar tanto debido a un cáncer que pronto acabaría con su vida (2003).

La izquierda no llegó ni al 5% de votos en tres elecciones generales consecutivas (1995,2000 y 2001), aunque cabe anotar que el partido toledista Perú Posible llevó al Congreso a legisladores hiperdemagogos que cubrieron esa cuota, además que el ADRA de aquel entonces también jugaba a la retórica izquierdista. Sin embargo, la izquierda peruana pensó que las elecciones del 2006 serían su gran oportunidad y se presentaron con tres

candidatos: Javier Diez Canseco, Susana Villarán y Alberto Moreno (Patria Roja). Tal como se reseñó anteriormente, sus resultados no pudieron ser peores: Villarán obtuvo 0,6%, seguida de Javier Diez Canseco con 0,5 % (por eso fue apodado «Javier 0,5% Canseco») y Moreno con un patético 0.3%. Es decir, los tres juntos no llegaban al 1,5% de la votación. Solo el 1% de Agustín Haya en 1995 fue peor...

Es que, aparte de su esquema obsoleto, esa ameba llamada izquierda peruana fue fagocitada en esa elección por un aventurero militar llamado Ollanta Húmala, que al mezclar un mensaje nacionalista con la ideología chavista, entonces en su apogeo, estuvo a punto de ascender al poder.

Húmala llevó al Congreso a una serie de provincianos personajes estrafalarios, antisistema y demagógicos que ocuparon el lugar de la vieja izquierda criolla y provinciana, amenazándola con su extinción. - Sin embargo, por un golpe de suerte es que la izquierda clásica limeña tuvo una oportunidad de oro para resucitar: la inesperada victoria de la roj ¡caviar Susana Villarán en las elecciones del 2010 para la alcaldía limeña.

Hasta poco antes de un mes de los comicios —¡qué tenían que haberse dado en una fecha ominosa como el 3 de octubre!—, nadie daba un centavo por Villarán. La lucha estaba enfrascada entre Lourdes Flores (PPC) y el neofujimorista presidente regional chalaco Álex Kouri (Cambio Radical). Pero una controversial y hasta prepotente decisión del JNE dejó fuera de carrera a Kouri por una discutible interpretación sobre su domicilio, lo que dejó abierta la posibilidad de que apareciera otro candidato alterno a este entre quienes no deseaban votar por Lourdes Flores.

Si la ciencia de la lógica fuese de nacionalidad peruana o no tuviésemos tanto «electarado» en todos los sectores sociales, el nuevo burgomaestre limeño habría sido el exalcalde miraflorino Fernando Andrade, un moderado con vasta experiencia edil. O los conocidos políticos centristas Luis Ibérico, Humberto Lay o Fernán Altuve. Pero no, el «electarado» tenía que votar por una radical izquierdista sin ninguna destacada experiencia administrativa o profesional previa, salvo un breve paso por el Ministerio de la Mujer con Paniagua. Así, Villarán fue elegida gracias a los propios errores de Lourdes Flores (que confirmó que debe ser una de las peores candidatas del planeta), una guerra sucia contra ella (el famoso «potoaudio»), el importante e incomprensible apoyo del influyente showman Jaime Bayly y las proverbiales decisiones del «electarado» (¡una marxista como Villarán obtuvo un gran apoyo en el sector A!).

Villarán obtuvo 38,39 % contra 37,55% de Flores, o sea, con nada más que 38 mil votos de diferencia. Si el increíblemente egoísta Lay se hubiera

retirado y apoyado a Lourdes Flores —algo totalmente lógico, dado que su agenda religiosa es completamente opuesta al villaranismo—, Flores habría triunfado con ese 8% de votos evangelistas (400 mil electores).

Pero la miopía ambiciosa de Lay pudo más que su sentido cívico, nos condenó a tener una pésima administración edil y reavivó el riesgo de que la izquierda resucitara en nuestro país, cosa que finalmente no ocurrió gracias a la monumental ineptitud de Villarán. Años después, Lay se portaría muy mal con su candidato sanisidrino Antonio Meier (2014), al que abandonó en el tramo final de la campaña.

El resto es historia conocida: Villarán sobrevivió a muy duras penas un proceso de revocatoria y fue castigada con tan solo un 10,5% de votos en su intento reeleccionista. Ese fue el canto del cisne de la llamada *nueva izquierda,* de los ahora veteranos surgidos de la generación del 68.

Salvo Cajamarca y esa increíble tozudez local (digna de un masivo examen neurològico) con la que se reeligió al patriarrojero Gregorio Santos, que no solamente fue ya un inepto administrador regional sino que además está preso por corrupción, y de algunos alcaldes de los rojos antimineros aranistas de Tierra y Libertad, la izquierda no obtuvo para nada unos buenos resultados en las elecciones regionales y municipales del 2014, así que decidieron hacerle caso a los consejos de Salomón Lerner y sus amigos brasileños del Partido de los Trabajadores. Así, todos los rojos peruanos le entregaron su alma a Ollanta Húmala, quien los usó sin asco para llegar al poder, puso a Lerner de premier y algunos de ellos en ministerios y luego los expectoró a menos de seis meses de asumir la presidencia.

A Ollanta Húmala no le importó que el ala izquierda de su bancada congresal se alejase, como tampoco dudó en apoyar la justa suspensión congresal al tótem rojo Javier Diez Canseco por un muy evidente conflicto de interés, en mi opinión, al presentar un proyecto de ley de conversión de acciones de inversión en acciones comunes siendo él mismo apoderado de un paquete familiar de estas.

Así, Húmala no solo los traicionó sino que hasta limpió sus botas con ellos. Sin embargo, hubo rojos como *Mocha* García Naranjo y Humberto Campodónico que permanecieron en sus suculentos puestos (embajadora en Uruguay y presidente de Petroperú) hasta bien avanzado en régimen. «Consecuencia y lealtad», que le dicen...

Cierre de feria

Me gustaría cerrar este libro pronosticando la extinción definitiva de la izquierda peruana en las próximas elecciones del 2016. No tienen ni candidato carismàtico (propio o prestado) ni los escasos recursos que hace mucho les mandaban la URSS, China Popular y Norcorea, ni los muchos que recientemente les regalaron la Venezuela chavista y el Brasil lulista. Pero como hasta el Pato Donald podría ser elegido en este país de fábula (le bastaría ofrecer una promesa como el balón de gas a 12 soles, como hicieron Húmala y el congresista Manuel Dammert), donde tanto la necedad ignorante como el resentimiento social campean, posiblemente tengamos que vivir con este cáncer pernicioso que es la izquierda peruana por muchos años más.

Lo más lamentable es observar como toda esta gente joven que ha ingresado a la izquierda asume las taras y los frenos mentales de los mayores, muchos "quemados" por su pasado villaranismo (Marisa Glave, Augusto Rey) y humalismo-nadinismo (Sergio Tejada, Verónika Mendoza). ¿Cómo Glave y Mendoza prometen «renovación» mientras salen en un spot con Hugo Blanco o son cómplices pasivos de la dictadura venezolana? ¿Cómo Sergio Tejada y Julio Arbizu idolatran a un castrista fosilizado como Javier Diez Canseco? Estos jóvenes, como a Drácula, tendrían que clavarle una estaca en el corazón a toda la generación anterior para desaparecerla y renacer entre sus cenizas, pero no se les ve la lucidez ni el coraje para hacerlo.

La izquierda local es un cóccix extra large, un vestigio inmenso de ese rabo que tuvimos los humanos cuando fuimos simios, un atavismo arcaico que tan solo nos ha traído desgracias. Una tragedia y una maldición.

Gracias (periodísticas) totales

Quiero dedicar este libro a la izquierda, con el amor que especialmente me suscitan Juan Velasco Alvarado, Abimael Guzmán y ese feroz resumen de la zurda política que fue Javier Diez Canseco. Cada uno, a su manera, hizo todo lo posible porque mi vida y la de muchos peruanos fueran miserables y traumáticas en varios momentos. ¡Muy inspiracionales por cierto!

A *Ernie* de la Jara, Diego García-Sayán y toda esa vieja muchachada oenegenera, quienes tantas veces me han indigestado y hecho escribir en reacción a sus dosis masivas de caviar.

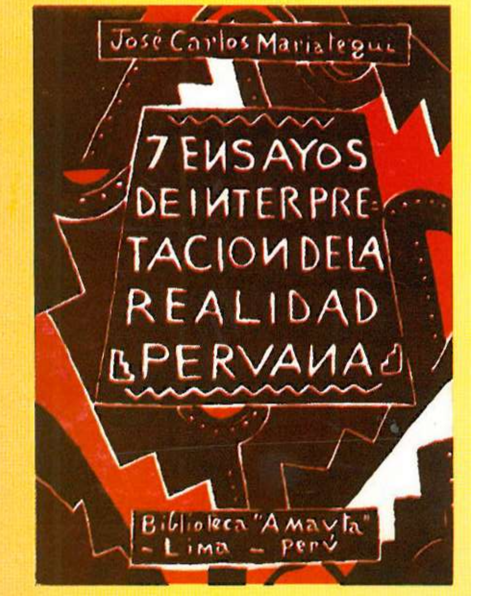
A Mirko Lauer, quien involuntariamente me hizo regresar al mundo del periodismo escrito, en su modalidad política esta vez, cuando respondí con una columna unos despropósitos que, para variar, este veterano izquierdista había publicado.

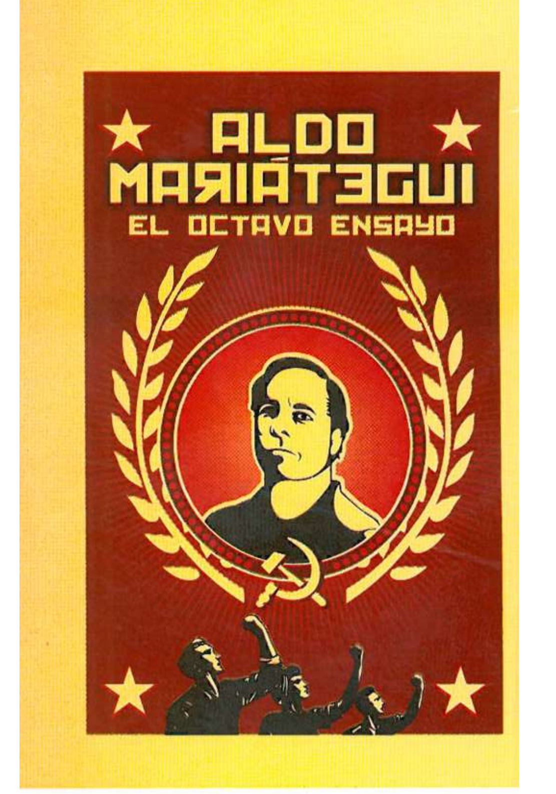
A Juan Carlos Tafur, zahori colega que se entusiasmó con la respuesta a Lauer y me convenció para que escribiera semanalmente una columna.

A Eduardo Carbajal Arenas (EC) y Luis Agois Banchero (EPENSA), que me despidieron, sin motivo aparente o relevante, de trabajos muy queridos en periódicos.

A Carmelo X (no recuerdo su apellido), un editor del diario económico español *Expansión,* quien luego de una entrevista en diciembre de 1991 aseguró a un ilusionado y joven recién graduado que todo estaba OK para ese puesto de redactor y que lo llamarían esa semana...

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres gráficos de Metrocolor S.A.,
Los Gorriones 350, Lima 9, Perú,
en el mes de noviembre de 2015.


José Carlos Mariategui
7 ENSAYOS DE INTERPRETACION DE LA REALIDAD PERUANA
Biblioteca "Amauta" - Lima - Perú


ALDO MARIÁTEGUI
EL OCTAVO ENSAYO